

COLECCION TEXTOS

SUTILEZAS DE LA
MEMORIA
(Ensayos históricos)

Boris Berenzon Gorn



Sutilezas de la memoria

(Ensayos históricos)

Colección Textos

• Número 24 •

COLECCIÓN
TEXTOS

Sutilezas de la memoria

(Ensayos históricos)

Boris Berenzon Gorn

Universidad Pedagógica Nacional
Dirección de Difusión y Extensión Universitaria
Fomento Editorial
MÉXICO • 2001

Boris Berenzon Gorn
Sutilezas de la memoria
(Ensayos históricos)

Colección **Textos**. Número 24

Marcela Santillán Nieto

Rectora

Tenoch E. Cedillo Ávalos

Secretario Académico

Arturo García Guerra

Secretario Administrativo

Abraham Sánchez Contreras

Director de Planeación

Juan Acuña Guzmán

Director de Servicios Jurídicos

Elsa Mendiola Sanz

Directora de Docencia

Aurora Elizondo Huerta

Directora de Investigación

Valentina Cantón Arjona

Directora de Difusión y Extensión Universitaria

Fernando Velázquez Merlo

Director de Biblioteca y Apoyo Académico

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña

Director de Unidades UPN

Anastasia Rodríguez Castro

Subdirectora de Fomento Editorial

Revisión: Ernesto Silva Aceves

Diseño de colección: Margarita Morales Sánchez

Formación: María Eugenia Hernández y Elena Sierra

1a. edición: 2001

© Derechos reservados por el autor Boris Berenzon Gorn

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional

Carretera al Ajusco núm. 24, Col. Héroes de Padierna

Delegación Tlalpan, C.P. 14200. México, D.F.

www.upn.mx

ISBN 970-702-027-X

F1208	Berenzon Gorn, Boris
B4.7	Sutilezas de la memoria: Ensayos históricos /
	Boris Berenzon Gorn -- México: UPN, 2001.
	139 p. -- (Colección textos; núm. 24)
	ISBN 970-702-027-X

1. MÉXICO - HISTORIA - FUENTES - BIBLIOGRAFÍA.
I.t. II Serie

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Impreso y hecho en México

A
Jeannette Gorn
Ignacio Osorio
y Tobías Berenzon

PRESENTACIÓN

La interpretación histórica es un paso adelante de la denegación del pasado, consciencia que motivó el quehacer intelectual de los ensayos que forman *Las sutilezas de la memoria* que al reunirse nos muestran cómo la historia es lo que demarca al ser dentro del tiempo, tal vez puedo decir que la historia llega por sorpresa, de un saber en exceso, autorizando al sujeto a impulsar, por su propia cuenta, las consecuencias de sus divisiones epistemológicas, ontológicas y hermenéuticas, entre el devenir y el historiador. En este libro se reúnen algunos ensayos que reflexionan en torno a la historia y la educación, la vigencia de la filosofía de la historia, la historia y el psicoanálisis, y el futuro de la historia.

Una historia fuera de foco es una propuesta lo bastante inconsciente para quedar fascinado ante ella, idea que se buscó a lo largo de los ensayos señalados y que nos impulsa a tratar de poner los saberes en lugar de la verdad.

Agradezco a la Universidad Pedagógica Nacional, a su rectora la doctora Sylvia Ortega, a la maestra Valentina Cantón, directora de Fomento Editorial y a la licenciada Anastasia Rodríguez, así como a Ivonne Charles, por su apoyo, y a todo el personal de Fomento Editorial.

El autor

Tlalpan, 2000

LA DIFUSIÓN DE LA HISTORIA EN MÉXICO: LA IDENTIDAD IMAGINARIA

El título de este trabajo pareciera confundir los propósitos del mismo cuando está justamente centrado en el análisis del proceso de construcción de la divulgación histórica en México. Como todas las cosas, tal decisión tiene más de una motivación. Por un lado, responde a que dicho enunciado ha aparecido reiteradamente en distintas prácticas discursivas registradas bajo situaciones diversas, sin que, como se verá, deba presuponerse que está encuadrada necesariamente en la negación total de la historia. Por otro lado, nos introduce cabalmente en el complejo campo conceptual de la identidad, el cual, lejos de ser excluyentemente pensable, como el del discurso de la semejanza o como el discurso de la diferencia con América Latina, es un campo donde mismidad y otredad se conjugan, donde se manifiesta como tensión la desagregación de los agregados. Así, la frase elegida ejemplifica una de las maneras en que se encara dicha tensión, pues el tema de estudio presenta a una sociedad nacional cuya agregación pone de manifiesto a los actores mismos: los historiadores.

La realidad histórica mexicana es parte de la latinoamericana y ambas se incorporan en un mismo discurso histórico. El presente trabajo aborda el proceso de construcción de la difusión histórica en México, a partir del análisis de la forma en la que se ha insertado en la tarea cotidiana del historiador.

Empecemos por lo que parecen ser realidades objetivas para luego fundamentar la elección de nuestra perspectiva analítica. Parece una verdad de Perogrullo, y tal vez lo sea, decir que el conocimiento histórico se construye esencialmente para ser difundido. Empero, la afirmación, aunque enteramente cierta, merece ser revisada a la luz de un acercamiento que vaya desde la propia enunciación y clarificación de los conceptos utilizados, hasta la revisión de los porqués y cómo de la difusión de la historia. A eso está dedicado este trabajo, el cual consideramos apenas una primera aproximación.

La difusión de la historia carece de una posición teórica que defina al concepto por completo. Por tal razón, hemos decidido partir de una amplia definición de lo que entenderemos por difusión de la

historia. Así, iremos de una propuesta general que incluya ambos términos –difusión e historia–, a una particular que se ajuste a este trabajo.

La definición de historia que hace H. I. Marrou en su libro *El conocimiento histórico*, subraya lo siguiente: “La historia es el conocimiento del pasado humano”.¹ Así pues, a continuación trataremos de explicar la anterior definición para después aplicarla al concepto que utilizaremos como la difusión del conocimiento histórico del pasado.²

El conocimiento del pasado humano debe entenderse como la acción o efecto de conocer el pasado, en donde lo que resulta verdaderamente trascendental de la investigación o estudio de la historia es el resultado conseguido: la explicación del historiador. El problema con que se tropieza el historiador es el de establecer de qué se está hablando, pues ya no sólo está obligado a explicar el documento sino a entenderlo, transcribirlo y mostrarlo –entendemos por documento principal o fuente al instrumento y otros elementos o datos como los que utiliza la llamada historia oral, las obras de arte, las fotografías, el cine, etcétera, y nos referimos a todas ellas como documento–. En este proceso el historiador no es un agente extraño al propio hecho que está presentando, se trate de un acontecimiento que presenció o de uno alejado en el tiempo. Arthur Danto desterró la distinción entre crónica e interpretación, puesto que suponía a la primera como una tarea más humilde; él afirma que la historia es sólo una “en el sentido de que no existe nada que uno pueda denominar una descripción pura, contrastándola con algo diferente que se denomine interpretación”,³ queda claro, entonces, que la pretensión de concebir a la historia como la imitación o duplicación del pasado resulta un ideal imposible, cuando no cándido.

Siguiendo el pensamiento de Danto, encontramos que el problema de la acción del historiador sobre la representación del hecho estudiado rebasa su propia intencionalidad. Es decir, el historiador puede genuinamente apartarse del hecho que esté refiriendo y presentarlo

¹ H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*, p. 27.

² Marrou hace un recuento del significado que se le puede dar al conocimiento histórico como principal referencia del oficio del historiador. También puede verse esta idea en el libro *Iniciación...* de Pierre Vilar.

³ C. Arthur Danto, *Historia y narración*, p. 58.

limpio de su influencia; sin embargo, el quehacer histórico no es una tarea que se sustraiga del hecho en sí. El historiador no elabora reflexiones impersonales, pues su tarea es subjetiva. El historiador está inmerso en un marco en el cual se autorepresenta y, en tanto, se determina de acuerdo a qué documento muestra, cómo lo hace, para qué, para quién y cuándo; no es espectador del proceso de construcción del conocimiento del pasado sino un participante activo.

En este sentido, la aproximación al pasado en la que se empeña el estudioso deberá motivarse en la averiguación, mediante fuentes, de la naturaleza, cualidades y relaciones de los hechos pasados. De tal suerte que, con esta visión, el conocimiento adquiera un carácter dinámico al insertarse como generador de verdades parciales, antes que como supuesto convalidador de una Verdad única e inmutable. En palabras de Juan Ortega y Medina, lo anterior se expresa así: “La Verdad (con mayúscula) es la cristalización de verdades particulares surgidas de la experiencia humana a través de la historia... Las verdades... existen en un momento histórico determinado”. El propio Ortega y Medina, al destacar esta cualidad de la historia, refiere más adelante: “Verdadera no será aquella doctrina que las generaciones futuras repitan al pie de la letra, sino aquella otra que no podrán dejar de tomar en cuenta para descubrir nuevas verdades. En suma, la verdad tendrá que ir integrándose a lo largo de la historia, porque la realidad que ella contempla está en constante desarrollo y expansión. Ninguna doctrina particular puede ser definitiva porque no es definitivo ninguno de los momentos del proceso de desenvolvimiento de la realidad total”.⁴ Carecería de sentido, pues, plantear al quehacer histórico como articulador de una Verdad total y definitiva. Es, en cambio, altamente enriquecedor pensar la historia como una tarea siempre inacabada y, por lo tanto, a la espera de ser realizada. Sería falsear la naturaleza de la investigación histórica sugerir esencias inmutables, cuando lo que le da sentido es su capacidad para desarrollarse dentro de un campo en constante ensanchamiento. Esto no quiere decir, por supuesto, que pretendamos negar la existencia de verdades históricas. Más bien, lo que sugiere es que éstas son cambiantes y están en íntima relación con dos variables que se modifican según el espacio y

⁴Juan Ortega y Medina, “La verdad y las verdades en la Historia”, en *El historiador...* pp. 40-41.

tiempo social en el que se presentan: la utilización de las fuentes y la interpretación que el investigador, en tanto actor social, hace de ellas.

Desde esta perspectiva, la historia debe ser el resultado del esfuerzo más riguroso y sistemático del estudio del pasado; pero, al mismo tiempo, como se puede observar, hemos elegido una concepción de la historia que rehuye ser una definición estrecha y que, por el contrario, nos permite plantearla dentro de los cánones que fueron abiertos a la sazón de un reflujo de la teoría de la historia después de las pugnas que promovieron el historicismo, el marxismo y el positivismo, y que derivaron en útiles experiencias de enriquecimiento al trabajo del historiador. En este sentido es que Marrou⁵ permite, con su propuesta, liberar a la historia de varias camisas de fuerza que han limitado, en muchos casos, su desarrollo y el surgimiento de nuevas formas para estructurar el estudio del pasado.

Ahora bien, de ninguna manera se pretende aquí insinuar siquiera que haya que plantear al conocimiento histórico como el entendimiento vulgar de la experiencia cotidiana; por el contrario, se trata de un conocimiento elaborado en función de un método sistemático y riguroso, mismo que se ha revelado como representante óptimo de cierta verdad histórica.

Respecto a lo que debemos entender por pasado humano, es necesario precisar que, aun cuando se trate de la historia enteramente contemporánea, definimos el quehacer histórico como aquel que se basa en hechos del pasado, incluyendo el comportamiento susceptible de comprensión directa, de captación interior, acciones, pensamientos, sentimientos, así como todas las obras del hombre, las creaciones materiales o espirituales de sus sociedades y civilizaciones; efectos a través de los cuales podemos llegar hasta su realizador. En una palabra, se trata de una aproximación al pasado del hombre.⁶ La utilidad práctica de esta definición es la de resumir en una breve fórmula el aporte de las discusiones del concepto de lo histórico como tal, con el ánimo de plantear una base sencilla que nos lleve a la difusión de la historia, a la vez que nos resguarde del riesgo de perdernos en sinuosos laberintos etimológicos.

⁵ Marrou, *op. cit.*, p. 67.

⁶ *Ibid.*, p. 29.

Por lo que toca a la definición de difundir, su origen se encuentra en la raíz latina *fundere* y significa propagar o esparcir.⁷ Difusión es, entonces, en un sentido moderno, la forma o acción didáctica de transmitir el conocimiento, visto como el proceso de instruir o adquirir conocimientos bajo un sistema y un método establecido que da instrucción o educación.

Si unimos ambas definiciones –historia y difusión–, llegamos al objeto de esta parte del trabajo. La difusión de la historia es el proceso del conocimiento del pasado que se somete primero a las reglas de toda investigación histórica, es decir, que ha sido elaborada desde una o varias posiciones teóricas y que concluye en una interpretación del pasado; la otra característica es que cumple con un procedimiento sistemático para transmitir lo que podríamos llamar la misión social del historiador, es decir, el proceso de transmisión del conocimiento histórico; aunque no siempre la transmisión del conocimiento sea difusión porque no propone elementos didácticos suficientes para explicar la historia.

La difusión de la historia y la experiencia formativa

La difusión de la historia se alimenta, principalmente, de los nutrientes de la práctica docente. Es ésta el vehículo natural para la transmisión del conocimiento sobre el pasado humano. Huelga decir que el docente, al colocar la historia al acceso del estudiante, es susceptible de reelaborar ese conocimiento de acuerdo a los métodos didácticos empleados o bien de acuerdo al énfasis sobre algún aspecto del hecho estudiado en menoscabo de la importancia de otros. La educación formal, es decir, la que se recibe en las aulas, y especialmente la que se imparte a nivel elemental, se vuelve así un espacio en donde se imbrican dos procesos simultáneos: por una parte se reproduce una particular representación de un hecho histórico, y por otra el educando, al entrar en contacto con el conocimiento, podrá, hipotéticamente al menos, otorgarle un sentido particular, individual y socialmente

⁷Juan Corominas, *Breve diccionario etimológico...*, p. 285.

determinado. En medio, como articulador de este proceso, se encuentra la práctica docente.

Mas no sólo debe destacarse el papel jugado por los maestros. Habrá que tomar en cuenta un instrumento que enriquece con su intervención, al tiempo que tiende a limitar la posibilidad de que el maestro cargue la trasmisión de la historia con demasiadas observaciones personales. Por supuesto que nos referimos al libro de texto gratuito y obligatorio que edita y distribuye el Estado.

No es asunto de este trabajo profundizar sobre la historia, proyección y análisis de los libros de texto. Apuntaremos solamente algunas consideraciones que surgen en el marco general de este ensayo. En 1960, el presidente de la República instruye a su secretario de educación pública para que presente lo que será conocido como el "Plan de Once Años", el cual contemplaba la utilización de libros de texto editados y distribuidos por el Estado para todos los niños que cursaban la primaria en el país. Desde entonces, la SEP se encarga no sólo de elaborar los programas de estudio del nivel primario sino que además aporta el instrumento fundamental del docente. Estos libros han servido de marco a una serie de disputas entre distintos sectores de la sociedad y el gobierno.⁸

Los libros de texto gratuitos han sido, sin duda, un instrumento fundamental para determinar tanto la forma de difundir la historia, como la visión que de la historia misma se forja de generación en generación. Son mucho más que materiales didácticos cualesquiera, la dimensión de su influencia se refiere a la vez tanto a su forma como a su contenido. Son, a un solo compás, ejemplo de una manera de propagar el conocimiento del pasado, y muestra de lo que el Estado recupera y privilegia de ese pasado humano. Sin embargo, queda un espacio fértil en donde podemos encontrar que aun bajo esta circunstancia, los libros de texto gratuitos, en las condiciones en que han sido elaborados, suponen el programa más amplio y de mayor dimensión cualitativa que existe en nuestro país para difundir el pasado.

⁸ El más reciente de ellos tuvo lugar en 1992 a propósito de unos nuevos libros de texto de historia para cuarto, quinto y sexto de primaria. Esta polémica tuvo una característica particular por el hecho de que por primera vez las imputaciones a los textos no provinieron de los sectores más conservadores de la sociedad.

Es de destacar el trabajo de Josefina Zoraida Vázquez, Eduardo Blanquel y Jorge Alberto Manrique, entre otros, en este sentido. Es de igual modo sensato apartarse de las diatribas conservadoras y proeclesiásticas que quisieran ver desaparecer los textos gratuitos. Dicho lo anterior, apelemos al juicio de Roger Chartier aplicándolo al asunto que nos ocupa; dice el autor francés: “Las obras... no tienen un sentido estable, universal, fijo. Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el reencuentro entre una proposición y una recepción, entre las formas y los motivos que les da su estructura y las competencias y expectativas del público que se adueña de ellas. Ciertamente, los creadores, o las autoridades, los ‘clérigos’, aspiran siempre a fijar el sentido y articular la interpretación correcta... Pero siempre, también, la recepción inventa, desplaza, distorsiona”.⁹

Lorenza Villalever señala la idea que se tiene en estos libros, por ejemplo, de la patria: “la representación que se hace de la patria es la que se hace de una mujer o mejor dicho, la de una madre generosa, dulce, protectora, la prodigalidad de la patria exige a cambio el cumplimiento del deber, el sacrificio del trabajo... la patria se halla extremadamente vinculada con los sentimientos, con la emotividad, donde no hay lugar para el razonamiento lógico y la crítica... Así, mediante el tema de la patria los libros nos ofrecen la representación de una perspectiva funcionalista”.

Villalever también señala: “Esto es muy importante, pues contribuyen a explicar la no representación del conflicto social: la definición de la sociedad como si fuera una máquina; permite hablar de problemas aislados que no cuestionan las estructuras sociales. De ese modo, en el mejor de los casos, se hace referencia a los pequeños conflictos, que pueden ser resueltos fácilmente a través de la individualización de los problemas”.¹⁰

Si aceptamos el análisis de Villalever, antes citado, observamos un modelo didáctico adecuado, donde el concepto carece de toda movilidad histórica. Se presenta a la patria como una Verdad (con mayúscula) inmutable e imperecedera, y no como un elemento que puede estimular el estudio del pasado mexicano. En otras palabras, la idea de patria

⁹ Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. XI.

¹⁰ Lorenza Villalever, *Los libros de texto gratuitos*, p. 25. Chartier, *op. cit.*, p. XII.

que se divulga está desvinculada del proceso histórico mexicano. Se borran de un plumazo los desgarres que implicaron, para no ir más atrás, los tres siglos de la Colonia, la Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana, y se exhibe una visión trasquilada esencialista y facciosa, bajo la cual el mexicano aparece como si su idea de patria estuviese, por toda la eternidad, suspendida en el tiempo.

El desafío respecto a los libros de texto está, por un lado, en encontrar los caminos que posibiliten elaborar un conocimiento que estimule la imaginación y la formulación de nuevas verdades. Parafraseando a Chartier, diremos que “no se trata pues de atribuir a estos textos el estatuto de documentos, supuestos reflejos adecuados de las realidades de su tiempo, sino de comprender cómo su potencia y su inteligibilidad mismas dependen de la manera en que ellos manejan, transforman, desplazan...(las) inquietudes de la sociedad donde surgieron”.¹¹ Y, por otro lado, en que entre la proposición y la recepción se pueda generar una dinámica en la que, al calor de la incidencia de la sociedad civil, las comunidades incorporen el conocimiento histórico como un elemento vivo de la cultura propia. En buena medida, si esto se lograra, sería revertida la tendencia que plantea a la historia como un conocimiento accesorio que, en la imaginaria popular, sirve únicamente o “para morir de hambre trabajando en una universidad o para ganar jugando trivia”. Sin duda alguna, si las comunidades pudieran hacer de la asimilación y difusión de su pasado un elemento actuante en su presente, estaríamos presenciando la revaloración de la utilidad social del conocimiento histórico.

Hasta aquí hemos establecido que la primera relación entre difusión e historia se da en la educación básica. Eslabón natural de la cadena del conocimiento histórico son las instituciones de educación superior quienes tendrán la tarea, no en exclusiva pero sí con marcada responsabilidad, de crear los esqueletos teóricos y analíticos que sostengan la plataforma educativa y cultural para enseñar la historia a un público amplio. Es decir, una teoría de la difusión de la historia. Andrea Sánchez Quintanar dedica su tesis de maestría a este tema. La catedrática de la UNAM señala la urgente necesidad de elaborar una sólida base teórica que permita divulgar la historia de manera que la función del

¹¹ Chartier, *op.cit.*, p. XII.

historiador no se limite, no pueda limitarse, a la búsqueda del dato, la percepción de los fenómenos, la interpretación de los hechos, o la explicación de los procesos, según la posición teórica y metodológica que tenga cada quien. Lo cual supondría que la labor del historiador no es sólo la de investigación. El propósito que da sustento a toda investigación científica es el de entregarla a la sociedad para su aprovechamiento; es éste su punto de partida, una de sus bases y, por lo tanto, fundamento de su desarrollo.

A partir de que surjan nuevas teorías para transmitir el conocimiento del pasado, se podrán abrir las alternativas didácticas que cubran con nuevos métodos y criterios la enseñanza de la historia, para que se investigue a la luz de la divulgación, los textos referentes a procesos y ensayos difíciles. Éstas son las verificaciones preliminares. Las teorías de la historia o bien miran con recelo y hasta desprecio a la difusión dándola por supuesta, o bien la ponen fuera de su camino con rudeza sin preocuparse mayormente por los escollos didácticos.

La profesionalización de la investigación y la docencia de la historia abarca, como época fundadora, la década de 1940 a 1950. Estos años vieron nacer importantes instituciones académicas que además de ampliar el número de historiadores formados ya bajo el rubro de la historia y no del derecho o la filosofía, acrecentaron el rigor de sus estudios. Así lo narra Enrique Florescano: "... en el Instituto de Antropología e Historia Alfonso Caso diseñó y llevó a la práctica un programa ambicioso para formar arqueólogos, antropólogos e historiadores; con esas primeras generaciones realizó un registro amplio de las principales zonas arqueológicas y se precisaron las características de las diversas culturas mesoamericanas. En el Colegio de México, Silvio Zavala fundó el Centro de Estudios Históricos y sentó las bases para una revaloración de la historia colonial... [Su] manera de concebir y practicar la tarea del historiador creó un nuevo nivel de rigor y exactitud en la investigación histórica Mexicana e hispanoamericana".¹²

No obstante la importancia creciente de distintos centros de investigación y docencia en el país, la Universidad Nacional conserva, a nuestro modo de ver, un lugar prominente. No sólo por la tradición que representa, sino por el número de historiadores que ha formado

¹² Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en *El historiador...* p. 8.

y forma, así como por la nutrida lista de espléndidos maestros que ha trabajado en ella, y por su propio carácter de universidad pública y nacional; la responsabilidad social de la UNAM es de primer orden. De ahí que hayamos elegido hacer una revisión de las condiciones bajo las cuales se forman hoy día los futuros historiadores en la UNAM.

El Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras fue, hasta las décadas pasadas, el principal centro para la formación de historiadores y la creación de los conceptos históricos; de ahí surgieron las respuestas a los apasionados cuestionamientos que sobre su ser hace la sociedad al quehacer histórico.

Así, los planes de estudios de la carrera de licenciatura en historia han sido semillero mexicano de historiadores dedicados a la investigación, la docencia y, en escasos momentos, a su difusión. Sin embargo, el más reciente de ellos, el plan de estudios de 1974, fue rebasado por nuestro tiempo incierto en la aguda crisis que hoy viven las humanidades y las ciencias sociales al ser consideradas disciplinas obsoletas de poco rendimiento económico, en un mundo que se debate entre los postulados de eficiencia productiva y pragmatismo económico, dentro del marco de una guerra tecnológica y de mercados sin precedente.

En ese marco vale preguntarnos ¿qué alternativas laborales presenta la carrera de historia al egresado? Las respuestas suelen ser aterradoras. Para quien, a pesar de las paupérrimas remuneraciones económicas, decide emprender el camino de la investigación, éste tiene más la apariencia de apostolado que de alternativa de vida decorosa. La crisis financiera de las universidades públicas sitúa a sus trabajadores manuales o intelectuales en la nada grata obligación de tener por lo menos dos vías de ingreso. Por si esto no fuese poco, quien logra esquivar la tentación del *chambismo* tendrá que ir sorteando los obstáculos, desgaste y noviciado que le serán impuestos. Como si se tratara de una prueba de vocación, el *iniciado* deberá aprender a conocer los *intrínfulis* de su centro de investigación y a, literalmente, escurrirse por entre los filtros que investigadores con mayor antigüedad interponen. Eso sí, una vez adentro él mismo, tiempo después, habrá de aplicar las mismas *pruebas de fe* a algún otro novel aspirante a investigador.

Por lo que tóca a la docencia, los espacios ciertamente son más amplios, pues hay la opción de acudir a la enseñanza media y media

superior. Sin embargo, constantemente los egresados pauperizan su formación por la falta de un diálogo profundo en los niveles de enseñanza básica y la ausencia de una sólida educación continua. En la educación superior se sufren limitantes similares a los que se señalaban para la investigación.

El primer paso necesario es entender que se debe crear un programa de estudios que atienda urgentemente las anteriores necesidades, en donde se aborden nuevos campos laborales desde posiciones dignas y de igual valía académica. Tal es el caso de la divulgación de la historia; un campo poco explorado y vasto que permitiría, entre otras cosas, que la historia llegara a casi todas las capas sociales a través del periodismo, las revistas de difusión accesibles al gran público, las visitas guiadas, la museografía, la literatura o el cine, y los medios masivos de comunicación.

Quizás una de las salidas, entonces, se encuentre en dinamizar el mundo de la historia, vitalizar su enseñanza, formar cuadros de investigadores que estén dispuestos a reinterpretar el pasado mexicano desde ópticas propias que se salgan de líneas y caminos establecidos, historiadores que desafíen la interpretación prejujuada, nuevas generaciones que comprendan que ser historiador no es solamente reconstruir fuentes primarias, es buscar los caminos de nuevos quehaceres históricos. Es, en suma, la aspiración de encontrar respuestas parciales y cambiantes a eso que Lefebvre llamó esa continua pregunta: la vida.

La enseñanza de la historia debe dejar de vivir exclusivamente de los datos para incorporarse al mundo social, económico y político del tiempo que se narra. El historiador ha de ser contestatario, dudar de la interpretación de los historiadores pasados. Es a él a quien corresponde dar la fisonomía de la dinámica histórica de los hechos que estudia.

El campo de la difusión de la historia es hoy una experiencia aislada. La carrera debería proponerse recoger y sistematizar la vivencia informal de los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras en donde, más que en el salón de clases, se vinculan e interactúan la filosofía, las letras, la geografía, la pedagogía, la bibliotecología y el teatro. Hoy nos encontramos con la paradoja de que la escasa formación interdisciplinaria con que egresan los estudiantes, y que después será fundamental para divulgar su materia, la historia, se desarrolla fuera del

aula. No es raro, pues, que a partir de la circunstancia anterior muchos de los experimentos culturales contemporáneos hayan surgido del contacto cotidiano de las diversas disciplinas. En la actualidad, muchos egresados del colegio de historia se dedican al mundo de la edición, al cine, al teatro, a la museografía, al periodismo o a la política, a partir del conocimiento informal que obtuvieron caminando entre un salón y otro, o aterrizando en el aeropuerto de su facultad. Por lo anterior, se propone una nueva área en la enseñanza del pasado que atienda la difusión de la historia enriqueciendo materias como didáctica de la historia con conocimientos de cine, redacción, guión, periodismo y literatura, que complemente la formación del estudioso de la historia.

La tarea no aparece como sencilla, el historiador estará obligado a hacer un esfuerzo doble: por un lado, usar la imaginación para emprender caminos propios que sobrepasen las trancas del purismo academicista y, por otro, justamente porque engendrará en ese purismo a un feroz enemigo, deberá ser sumamente riguroso. De lograrlo, el novel historiador estará en oportunidad de romper con falsos cánones que limitan sus posibilidades de creación, así como echar por la borda ritos, pautas y esquemas que lejos de enriquecer la formación de más profesionales los someten a la repetición tediosa del conocimiento dado.

Esto no podrá darse si los futuros historiadores no cuentan con una sólida formación historiográfica. La alternativa debe darse en el sentido de equilibrar ambos conocimientos –la divulgación y la historia– sin favorecer o encajonar los resultados de los jóvenes historiadores.

El plan de estudios de la carrera de historia debe inclinarse a dar las herramientas clásicas de trabajo, sin perder de vista el poder exaltar la creatividad de los jóvenes historiadores que podrán abrir nuevas puertas teóricas y didácticas a la disciplina histórica al final del siglo XX.

Esta encomienda surge en momentos en que el trabajo histórico atraviesa circunstancias que son un reto a la creatividad. La velocidad con que se desenvuelven los acontecimientos en el mundo de hoy, aparejada a una sensación generalizada de confusión, imponen el replanteamiento de paradigmas, métodos y conclusiones que hasta hace poco se creían sólidos.

Muy probablemente la riqueza de las décadas pasadas, en que el Colegio de Historia de la UNAM llevaba la pauta, se debió a la combinación de dos elementos: creación y duda; como ejemplo baste señalar la obra de Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, que limita la manipulación ideológica del descubrimiento de América.

De la misma manera que O'Gorman revitalizó el conocimiento histórico o los marxistas pusieron en polémica su teoría, hoy los jóvenes historiadores deben entender que toda comprensión es interpretación activa. Asimismo, la difusión de la historia está llamada a reforzar los criterios de selección de la conciencia crítica e impedir que se acepte algo por la insistencia de la consigna propuesta. Esta tarea debe partir, fundamentalmente, de las instituciones de cultura y de las universidades, que son las más propicias para generar la relación entre la investigación histórica y su divulgación.

Un elemento adicional a tomar en cuenta es la tarea de la difusión como alternativa para extender la historia crítica y romper con ello el círculo cerrado de los trabajos especializados. Aquellos escritos de historiadores para historiadores solamente. No porque no deba de haberlos, el problema se da cuando se convierten en casi la única forma de la producción valorada académicamente. Así, pensamos, la historia estará en mejores condiciones para coadyuvar a la concientización de la problemática de la sociedad. Dicho de otro modo, para lograr que la historia actúe como vínculo didáctico que estimule la participación crítica y activa de la sociedad civil ante la problemática social, económica, política y cultural de su tiempo.

La difusión de la historia sólo puede entenderse si se estudia dentro del amplio marco de la difusión cultural.¹³ La historia no es una expresión aislada de la acción humana sino parte de un todo social. Si ligamos primeramente la difusión de la historia a la práctica docente y la investigación, y más adelante la definimos como una forma sistemática y organizada de extender el pensamiento y la producción intelectual de los historiadores; es decir, como la suma de los elementos que proponen la didáctica y la historia, éstos encontrarán su expresión en el marco de lo que se conoce como difusión cultural. La difusión de la historia se inserta dentro del amplio marco de la divulgación cultural

¹³ Véase Néstor García Canclini, *Políticas culturales en América Latina*.

tanto por su carácter de producto socialmente determinado, como porque las oficinas culturales gubernamentales han sido las responsables, desde el lado de las políticas oficiales, de sistematizar y proyectar los programas de difusión del pasado mexicano.

Pero antes de continuar desarrollando este segundo aspecto, es importante advertir que consideramos cultura al espacio social en el que el hombre se encuentra a sí mismo. Como un elemento a través del cual el hombre se reconoce y se identifica como hombre concreto y responsable de una realidad, sea ésta la que sea, de tal manera que la cultura no es entendida como una función de grupos, sino del hombre como tal. Siguiendo la idea anterior, podemos llegar a la siguiente definición de difusión de la cultura: "El hombre cultivado da sentido a la propia cultura, participa en ella la enriquece y abre mayores posibilidades a otros hombres, es una cadena de permanentes creaciones y reacciones".¹⁴

Así tenemos que en el papel de la difusión de la historia como reflejo inmediato de la producción cultural¹⁵ adquiere por sí sola su definición como la toma de conciencia del pasado del hombre en sociedad. Esta acción deberá encontrar en la crítica el mecanismo mediante el cual lo recibido pueda ser cultivado y encuadrado en la totalidad social. La difusión de la historia sirve como un espejo para reflejar a la colectividad. La comunicación vital entre el pasado y el presente de las culturas puede hallar en la divulgación de la historia un vehículo apropiado. Al referirse al panorama editorial de su especialidad, Enrique Florescano ha, quizá sin habérselo propuesto conscientemente, arrojado luz sobre el asunto que nos ocupa. La difusión de la historia en el marco del quehacer cultural es el "punto de contacto entre el ejercicio del pasado de la historia y las prácticas del presente".¹⁶ Para encontrar espejos de lo que sucede en nuestro país, recurrimos al ensayo de Leopoldo Zea sobre la difusión cultural en América Latina.¹⁷ Las condiciones al sur del Bravo, aun cuando reconocen particularidades de país en país, contienen elementos en

¹⁴ Leopoldo Zea presenta una propuesta que engloba el concepto anterior en su libro, *El sentido de la difusión cultural latinoamericana*.

¹⁵ Como ya hemos señalado, la historia es parte de la producción cultural del hombre.

¹⁶ Enrique Florescano, *op. cit.* p. 24.

¹⁷ Leopoldo Zea, *op. cit.*

común que permiten, bajo la guía del análisis general, explorar la circunstancia nacional. En sociedades como las nuestras, la cultura recibida ha sido puesta al servicio de sus creadores. La cultura impuesta no alienta vocaciones, simplemente busca troquelar el tipo de servidor que el sistema necesita para que funcione mejor en beneficio de sus creadores. En América Latina la capacidad recreativa de la cultura, en el sentido de la reinención, es de extraordinaria importancia, porque de ella se ha de derivar el cambio de circunstancias impuestas a sociedades como la mexicana.

En los últimos años, ante la mirada atónita de unos, esperanzada de otros y despavorida de algunos más, América Latina ha registrado lo que podría calificarse como el parto de su sociedad civil. Grupos indígenas, amas de casa, ecologistas, maestros, feministas, etcétera, han rebasado con imaginación los marcos de la participación tradicional y han abierto senderos de democratización mediante prácticas novedosas.¹⁸ Este fenómeno nos sirve para observar en la práctica del universo social de qué manera las expresiones culturales de resistencia y autoorganización se relacionan con la recuperación del pasado como un ejercicio vivo. La creciente penetración de los movimientos sociales latinoamericanos de los últimos años encuentra, por un lado, fundamento en el resarcimiento de la memoria histórica y, por otro, una guía de acción en las formas culturales que le son propias.

La cuestión cultural adquiere así un trascendental relieve si se quiere entender el vigor de los movimientos sociales en Latinoamérica. La base para una cultura democrática en esta región es la continuidad cultural. Así se va creando la dimensión cultural, a pesar de los inmensos obstáculos históricos que significan las tradiciones autocráticas. "... La Iglesia, el ejército y el Estado imperial español son nuestras instituciones más antiguas. La sociedad civil es nuestra realidad más reciente",¹⁹ nos dice Carlos Fuentes. En este proceso de continuidad y resistencia cultural, la permanencia de la lengua, el sentido de pertenencia a una etnia determinada, el arraigo a la tierra, el mantenimiento de festividades y rituales ancestrales, la producción artística, etcétera,

¹⁸ Baste citar el caso del mexicano Superbarrio como representante de la sociedad civil, en este caso, de la ciudad de México.

¹⁹ Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, p. 7.

serían sólo algunos de los elementos de identidad cultural que a la vez que se muestran como elementos integradores de una identidad histórica propia, resisten el embate de una política neoliberal que, en su prisa, pareciera sólo mirar hacia adelante. La sociedad capitalista no resuelve el problema de la cuestión nacional. A la diversidad cultural impone, mediante el autoritarismo, la uniformidad.²⁰

En este intento por uniformar y mutilar la capacidad creativa de las nuevas formas culturales de participación social, destaca la noción de la cultura como un proceso de enseñanza para iniciados o elegidos, que normalmente se rompe cuando los medios masivos y las instituciones son golpeados por una realidad que se expresa en múltiples formas, incluyendo aquellas que no tienen un carácter académico. La elitización de la cultura es, sin duda, el problema más frecuente con que se topa la difusión cultural. A este obstáculo habrá que agregar la vulgarización de la cultura y la marginalidad de ésta. La primera tiende a devaluar a la cultura presentándola como un producto mercantil o de poca valía intelectual; mientras en la segunda la sociedad vive al margen de ella.²¹

Las políticas culturales entendidas como prácticas funcionales que planean y replantean la temática de circular en la calle, entrar a los hogares y penetrar a la sociedad, tienen que cambiar su limitada propuesta de la difusión de la historia como parte de la divulgación cultural para hacerla críticamente racional, es decir, como un elemento que parta de una intención estatal, pero que logre ser interpretada libremente por la sociedad.²²

Y no se trata de vociferar demagógicamente a favor de una supesta masificación de la difusión de la historia, pues está claro que esta masificación *per se* no garantiza que el ejercicio del pasado sirva como elemento de reflexión. La alienación en un Estado autoritario puede provenir justamente de una divulgación masiva de una determinada interpretación de la historia. Luis Alberto de la Garza dice al respecto que esto es posible cuando existe o se promueve la previa anulación de las individualidades comprendidas en la idea de masifi-

²⁰ Véase Pablo González Casanova (coordinador), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*.

²¹ Entendemos por marginada la escasa relación que hay entre los planificadores de la política o difusores, y ciertos sectores que viven al margen.

²² Este tema lo ha desarrollado con amplitud Néstor García Canclini en varios de sus trabajos.

cación, lo que hace que estos múltiples individuos no se identifiquen entre sí por un criterio racional, sino por la insistencia en hacerles aceptar la verdad de un proyecto social o una particular consigna política, económica o cultural. De la Garza determina a este tipo de historia como historia mecánica, misma a la que define como: “un subproducto de la investigación histórica cuya finalidad es la satisfacción consumista del público”. A partir de ella se ha escrito una gran cantidad de textos de pretendida vulgarización, pero cuyo resultado real es la trivialización en la que se pueden encontrar todo tipo de hechos presentados como historia.²³ Esta forma de transmitir la historia tiene gran éxito, entre otras razones porque permite transmitir con facilidad un marco ideológico, al tiempo que sus propuestas históricas se vuelven productos de fácil comercialización.

El periodo que comprende al México prehispánico, por ejemplo, ha sido utilizado por esta forma de difundir la historia con gran éxito, convirtiendo problemas profundos como la religión mesoamericana en simples esquemas bipolares que presentan una sociedad bárbara y cruel, y donde la historia pierde su esencia al ser marginada por la pobre divulgación; baste citar novelas como *Tlacaélel*, *Azteca* o *El Corazón de piedra Verde* o, más recientemente, *Regina*.

En estos casos, a pesar de tratarse de novelas que gozan de la libertad de la literatura, hablamos de un proceso en donde la divulgación cumple un cometido desvirtuado, distorsiona la historia porque presenta una visión amañada del pasado, en muchos casos romántica y estereotipada, en donde se entrecruzan la necesidad de hacer un trabajo eficiente comercialmente, pero ineficaz como alternativa para transmitir el conocimiento histórico.

Sirva el último de los ejemplos que hemos dado para alertar sobre los riesgos que entraña una difusión de la historia asumida como negocio lucrativo, al margen de cualquier sentido de responsabilidad académica y social. Hemos establecido que la Verdad (con mayúsculas) en historia no existe, al menos como entidad absoluta, pero también nos parece que ha quedado claro que si alguna pretensión válida el trabajo del estudioso de la historia es la aspiración de acercarse, lo más posible, a lo que sucedió. La antidifusión de la historia se apropia

²³ Luis de la Garza, *El historiador, los hechos y la información*, p. 10.

de algunas herramientas elementales tanto de la literatura como de la historia para ofrecer un producto de baja calidad y que no ayuda en nada a aproximarse a esa verdad parcial de la que hemos hablado.

El caso de la novela *Regina* es particularmente ilustrativo sobre lo anterior. El autor, Antonio Velasco Piña, presenta una historia en donde la matanza del 2 de octubre de 1968 es el resultado de la conjunción de fuerzas cósmicas. La novela, desde el punto de vista de la teoría novelística,²⁴ carece de un hilo narrativo sólido y su construcción gramatical es sumamente elemental. Aunada a su pobreza literaria, la novela retorna un suceso aún doloroso y no suficientemente esclarecido para tergiversar el hecho y presentar una versión dolosa. De la lectura se desprende que la historia no es más que la materialización de fuerzas inasibles y superiores.

Lo que hemos llamado la antidifusión de la historia es un camino de altas ganancias económicas. Pero además, y quizá sea eso lo más grave, al lector se le muestran representaciones intencionalmente tranquiladas con el fin de distraer su atención presentándole, respecto a los hechos sociales y a la historia, versiones que omiten causas, consecuencias y características, esparciendo humor sobre cualquier aproximación a la verdad e inventando figuraciones cósmicas. Sin embargo, este caso ejemplificante da muestras de que el combate por transformar a los medios masivos escritos o audiovisuales en aliados de una historia que sea liberadora, en el sentido de acercarnos a la verdad, será aún largo. Por lo pronto, en este contexto nos parece oportuno llamar la atención sobre un elemento fundamental de la difusión de la historia, hasta ahora no abordado en este trabajo: el contenido ético.

Asimismo sirve, como si se tratase de un juego de espejos en el cual la figura real es la inversa, para llamar a cuestionarnos un par de asuntos, al margen de dilucidar sobre las particulares intenciones políticas de Velasco Piña para presentar un relato en donde, por ejemplo, el ex presidente Echeverría aparece en algunos momentos dispensado de su responsabilidad. Primero, ¿por qué una novela tan elemental alcanza los niveles de venta y penetración que ésta ha logrado? Las respuestas pueden ir en dos sentidos. O bien la población es ingenua y por lo tanto lee literatura *idem*, o bien eso es lo que a este trabajo interesa,

²⁴ Véase Roland Bourneuf y Réal Ouellet, *La novela*.

existe un vacío de información histórica que propicia y posibilita esta clase de fenómenos editoriales.

Queda claro que hay un interés creciente de los individuos por la historia. Esta demanda está siendo cubierta por los peores materiales y explicaciones respecto al pasado. Todo indica que al hacer crisis la idea de futuro, es decir, al entrar en cuestionamiento una serie de certezas que se tenía sobre el desarrollo de la humanidad, el hombre vuelve sus ojos al pasado. Lo puede hacer desde el replanteamiento de los paradigmas de las disciplinas sociales. Mas es posible, también, que esta búsqueda de explicaciones en un tiempo de incertidumbre tome otros caminos más ligados a la propia experiencia de los individuos. Entre estos otros caminos, es necesario diferenciar entre la práctica seria del yoga, por ejemplo, y la charlatanería. La necesidad de encontrar explicaciones trascendentes ha llevado a un número cada vez mayor de individuos a ligarse a cultos, sectas y ritos esotéricos cuyo accionar está basado en la alienación. En ese sentido, *Regina* le ha servido a su autor para instaurar un grupo de seguidores de la Reina de México. Lo que identifica al grupo de Velasco con otras sectas y actitudes sociales muy en boga en nuestros días es la asunción del pasado desde una postura esencialista. Es decir, se apela a la emoción antes que al racionamiento, a la fe antes que al documento o la evidencia; es, en palabras de Luis González de Alba, "la urgencia de creer". Pero, ¿es simplemente un equivalente en la tabla de creencias, creer ayer en la revolución mundial y hoy en una supuesta reencarnación en Tlaltelolco de Cuauhtémoc muerto? Por supuesto que no. No nos encontramos frente a un *canje de creencias*. Y no lo es porque los actuales movimientos esencialistas elaboran su discurso a partir de la afirmación de una supuesta pureza de raza, lo que supone una transcendencia atemporal de ésta. Velasco Piña, en el caso que nos ocupa, vuelve una y otra vez al calificativo clave en su estructura, no narrativa, sino de concepción histórica: lo verdadero. Así, hay mexicanos verdaderos, conocimientos verdaderos, percepciones verdaderas... y, por supuesto, esta verdad pertenece a un grupo de elegidos. Eso, aquí y donde sea, recubierto con la máscara de la reivindicación que sea, tiene la forma de cualquiera de los movimientos racistas.

El uso de la historia bajo esta perspectiva contiene elementos de alienación y racismo sobre los que es necesario estar alerta. Mas no

basta con denostar obras como la anterior, es necesario abrirle caminos a una difusión de la historia en el sentido opuesto, como una forma para contrarrestar efectivamente la distorsión histórica. Poco antes hacíamos ya referencia al contenido ético. Éste es fundamental, sin embargo nos parece que ya en la práctica sería muy difícil, jurídica y factualmente, prohibir a alguien escribir su versión personal sobre un hecho histórico. Lo que sí puede hacerse es exigir a las editoriales y empresas ligadas a la distribución y comercialización editorial un mayor sentido de responsabilidad social.

La difusión de la historia en el marco de la divulgación cultural deberá, además, reconocerse como un proceso complejo en donde la rigurosidad metodológica no tiene porqué estar reñida con el alcance masivo de los trabajos. El proceso al que nos referimos es entendido como el desdoblamiento del conocimiento histórico, es decir, pretende presentar de una manera directa, dinámica y didáctica,²⁵ el conocimiento histórico empleando los varios canales que existen para promover la historia.

Como ejemplo de lo anterior señalaremos el trabajo que dirigió en los años ochenta Eduardo Blanquel: *Tiempo de México*.²⁶ Un grupo de historiadores dirigidos por Blanquel mostró el acontecer mexicano, mediante la prensa, buscando transmitir la historia de México de una forma dinámica, desde la invasión napoleónica a España hasta el periodo de López Mateos. El trabajo de investigación se basó en una recopilación biblio-hemerográfica que dio cuenta de problemas particulares. Después de realizar esta actividad, se elaboraban pequeñas notas periodísticas que divulgaban la historia de México a un gran público.

Años antes, a principios de los setenta, la Secretaría de Educación Pública puso a circular, con tirajes bastante grandes y ediciones rústicas pero dignas, la colección *SepSetentas*, algunos de cuyos volúmenes hoy día siguen cumpliendo la función introductoria, sobre todo para estudiantes de educación media, a un autor o tema. Un caso

²⁵ Entendemos por didáctica la definición que da Andrea Sánchez, como el proceso en el que intervienen elementos pedagógicos adecuados para transmitir un conocimiento, en este caso histórico.

²⁶ Eduardo Blanquel *et al.*, *Tiempo de México*, SEP, México, 1984 (primera y segunda épocas).

similar lo constituyeron, durante muchos años, las *Antologías* que editaba la UNAM y que inexplicablemente fueron, al igual que *SepSetentas*, sujetas a los vaivenes de los cambios administrativos.

Por lo que corresponde a la intervención de las empresas editoriales privadas, y en especial a la relación entre la literatura y la difusión de la historia, es de resaltar que en los últimos años se ha observado un renovado entusiasmo por parte de autores, editores y lectores por estimular esta forma de hacer, de la literatura y la historia, causa común.

Las obsesiones históricas de los novelistas en lo que va de este siglo comienzan con la Revolución Mexicana y acaban, en esta primera etapa, con Rulfo. Si bien la revolución carece de grandes teóricos, al modo de la Francesa de 1789, que la anticipen y doten de un *corpus* ideológico, encontrará en los literatos, contemporáneos y posteriores, la memoria y representación del hecho histórico. Christopher Domínguez apunta:

[...] Años después Carlos Fuentes, en *La región más transparente*, hace un mural histórico inspirado un poco en el propio muralismo y un poco en las novelas de John Dos Passos, y después la tendencia se agota. En los años 60 y 70 tenemos una novela más bien preocupada por la experimentación formal y por ponerse al día. Este fenómeno se desgastó y ahora sí hay una vuelta al análisis de temas y figuras históricas, para dilucidar ciertas tramas de nuestra historia que eran desconocidas o estaban sujetas a interpretaciones tradicionales.²⁷

El propio Domínguez reconoce en este auge tres tendencias o vertientes: la historia lejana, la novela histórico-literaria y la histórica contemporánea.²⁸

²⁷ Patricia Ruvalcaba, "El auge de la historia en la novela: un breve recuento", en *La Jornada*, febrero 27 de 1993.

²⁸ Patricia Ruvalcaba propone la siguiente bibliografía preliminar que incluye sólo los títulos publicados en los últimos años:

Editorial Diana:

Noticias del imperio, Fernando del Paso; *Guerra en el paraíso*, Carlos Montemayor; *De los Altos*, Guillermo Chao Ebergenyi; *La noche de Ángeles*, Ignacio Solares; *Iturbide y Santa Anna*, Roberto Blanco Moheno; *Cristóbal Colón, marino*, Samuel Morrison; *Zapata y las grandes mentiras de la Revolución*, Armando Ayala Anguiano; *Zapata, el caudillo del sur*, Jorge Mejía Prieto;

Tenemos, pues, un panorama en el que existe un interés manifiesto de parte de la población por acercarse a la historia. En este proceso, algunos historiadores, tal como lo reconocen muchos de los literatos que se han nutrido de ellos, han abierto brecha en lo que podríamos llamar las nuevas formas de escribir la historia. Esta deuda de literatos con historiadores queda situada en el marco de la amplia reflexión que hace Sergio González Rodríguez al respecto:

En los últimos quince años, la cultura Mexicana ha vivido una de sus transformaciones decisivas: la que se refiere al estudio y cercanía efectiva con el pasado, (el hecho representa) la amplitud de nuevas formas de considerar la

Cuaubtémoc frente a Cortés, Guillermo Estrada Unda; *1492 Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla*, Homero Aridjis.

Ediciones Cal y Arena:

La guerra de Galio, Héctor Aguilar Camín; *Arráncame la vida*, Ángeles Mastretta; *Los bajos fondos*, Sergio González Rodríguez; *Alla frivolidad*, Margo Su; *La literatura en la Nueva España* (2 tomos), José Joaquín Blanco; *La familia vino del norte*, Silvia Molina; *José Revueltas. Los muros de la utopía*, Álvaro Ruiz Abreu; *La patria celestial*, Salvador Castañeda; *Pensar el 68*, varios autores.

Editorial Planeta:

Madero, el otro, Ignacio Solares; *La lejanía del tesoro*, Paco Ignacio Taibo II; *En defensa de la envidia*, Sealtiel Alatríste.

Joaquín Mortiz:

A pesar del oscuro silencio, Jorge Volpi; *Madero, el otro*, Ignacio Solares. Editorial Hermes: *El corazón de piedra Verde*, Salvador de Madariaga.

Fondo de Cultura Económica:

Biografías del poder, Enrique Krauze; *Hernán Cortés*, José Luis Martínez; *El general y el hacha*, José Madrigal Mora.

Editorial Grijalbo:

Mi amo Colón, Cedric Belfrage; *Campanas para llamar al viento*, Tenochtitlán, José León Sánchez; *Cortés, el hombre*; *Juárez, el Imperio y la República*; *Las mil y una noches Mexicanas I y II*; *Miramón, el hombre*; *La Revolución Mexicana, memorias de un espectador*, José Fuentes Mares.

Editorial Era:

Tinísima, Elena Poniatowska; *Llanto*, Carmen Boullosa; *La noche del 25*, Daniel Martínez; *Recuerdo de la muerte*, Miguel Bonasso; *Una muerte sencilla, justa y eterna*, Jorge Aguilar Mora; *A partir del fin*, Hernán Valdés.

Aun y cuando la lista de Ruvalcaba es parcial e incurre en omisiones importantes como *Charras*, de Hernán Lara, o *El secuestro de William Jenkins*, de Rafael Ruiz Harrell, y que su trabajo mezcla los trabajos alrededor de la historia de México con los del Quinto Centenario e incluso con los que han sido motivados por hechos ocurridos en otros países (la novela de Daniel Martínez versa sobre la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua en 1990), puede servir como guía general para los interesados.

historia, cuya diversidad y riqueza provino de un contagio generoso: las obras de los grandes historiadores mexicanos que supieron fundir las enseñanzas de las mejores corrientes historiográficas del mundo con las tradiciones Mexicanas al respecto. El rigor estimulante de Edmundo O'Gorman, Luis González y González, Luis Villoro, Alfredo López Austin, Alejandra Moreno Toscano, Enrique Florescano, José Luis Martínez, entre otros, disfrutó de la destreza suficiente para captar más lectores que discípulos,²⁹ habría que agregar a la lista, sin que sean historiadores —o justamente por ello— a Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, Sergio Fernández, Rubén Bonifaz Nuño y Clementina Díaz de Ovando, Luis Mario Schneider, José Pascual Buxó, Vicente Quirarte y Fernando del Paso.

Es de resaltar que, en un país como México, la presencia de la sociedad civil, las voces discordantes de la unanimidad estatal, encuentran eco en una historiografía crítica que se presenta a sí misma como si fuese un refugio que la protege de la censura y la persecución del poder, como literatura. Así, Martín Luis Guzmán ficciona en *La sombra del caudillo*, Heriberto Frías hace lo propio con una rebelión en *Tomochic*, Fuentes *imagina* la personalidad *sui generis* de su Artemio Cruz, José Revueltas *inventa* una cárcel dantesca donde tiene lugar *El apando*, y, más recientemente, Salvador Castañeda narra una guerra sucia contra una guerrilla que a decir de la historia oficial nunca existió, aunque el propio Castañeda haya participado en ella.

Sin duda la literatura ha jugado un papel importante en lo que Carlos Castañeda, autor de la novela histórica: *Guerra en el paraíso*, llama el “doble proceso: el de la creación de la conciencia histórica de México y el de la creación de versiones oficiales de la historia Mexicana, corrientes que siguen siendo contrarias”.³⁰

Bajo esta idea podemos decir que: la historia como memoria y registro crítico de una nación, es decir como conciencia nacional, es una concepción sin mucho éxito entre los políticos culturales que no quieren compartir su memoria y conciencia, ni legitimar su proyecto político con la difusión de la historia que tiende, en estos casos, a ser “subversiva”; de esta manera el proyecto cultural detiene la historia como conciencia crítica; y que la historia como ciencia o disciplina pura, es decir, aquella que es considerada inofensiva y ociosa,

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *Ibidem*.

que detectan los grupos ilustrados de la clase media, es decir, los grupos de intelectuales y académicos, tampoco es una alternativa para la divulgación de la historia, ya que entendemos, como hemos señalado, la posibilidad de que se difunda colectivamente a través del conocimiento crítico que, en cuanto conciencia nacional, pueda ofrecer.

Algunas alternativas dirigidas a los historiadores, para enriquecer la difusión de la historia en el México actual

Estudiar y apoyar la divulgación de la historia no es un pasatiempo, como se ha entendido comúnmente, sino un compromiso social; compromiso que debe estar patente en todos los historiadores, conformando así el punto de partida de una tarea de esclarecimiento que intente llevarse a cabo por distintos caminos y que se considere necesaria y urgente; y es que a las deformaciones ideológicas propias del pensamiento conservador, ya de antigua data, se han añadido hoy prejuicios cada vez más arraigados en sectores dogmáticos de la izquierda; ambas posturas impiden la difusión de la historia porque no dejan de ver en sus contenidos concretos un obstáculo para el buen funcionamiento de modelos importados que por pereza intelectual no se quiere redefinir y reinterpretar dentro del contexto específico de México.

En México se han aplicado equivocadamente los limitados programas que contienen la divulgación de la historia, porque se oficializa el proyecto de clase o casta dominante y se llama “historia nacional” a un modelo que luego se impone a los sectores dominados por medio de la educación formal y los medios de comunicación masiva, a la vez que se trata de suprimir la historia de los mismos –Eduardo Galeano llama a este proceso “vaciamiento de memoria”– para ir disolviendo su identidad a través de un proceso de aculturación, integración-asimilación o simple masificación, fundado generalmente en el desarrollo económico capitalista, aunque hoy es sabido que también se dio en los países del Europa del Este.

La idea de la divulgación de la historia en México ha quedado atrapada entre los marcos antes señalados: el vaciamiento de la memoria y la masificación. Por esto, a continuación se proponen algunas

alternativas que posibiliten a los historiadores que han decidido pensar y escribir la historia bajo nuevas ópticas, hacerlo en un marco más adecuado.

- a) Apoyo a la industria editorial mexicana para que tenga capacidad de producción de libros que divulguen la historia.
- b) Democratización de la vida política y de los medios masivos de la comunicación, de las escuelas de enseñanza superior y los centros de investigación y del trato de la sociedad con las instituciones del Estado.
- c) Descentralización de la educación, la cultura y la comunicación con el fin de propiciar la divulgación histórica regional.
- d) Un programa nacional de ediciones de historia sin grandes pretensiones ni objetivos políticos; para ello se propone, por ejemplo, la creación de una comisión formada por un grupo plural de historiadores prestigiados que establezcan un plan modesto y suficiente de ediciones críticas y populares, en donde se recoja la historia nacional en una forma accesible y académica.
- e) Incluir en las bibliotecas públicas un programa que atienda la necesidad de recolectar y difundir la bibliografía básica de la historia de México.
- f) Paralelamente, a medida que aumente la libertad de prensa, se puede pensar en proyectos de periodismo serios que rebasen las notas de historia de arte y crítica de la arquitectura, para darle espacio a la historia como crítica cotidiana del acontecer nacional.

Como se puede observar, la contradicción más fuerte entre las posibilidades de la difusión histórica se da con el Estado, bajo el entendido del temor que implica el quehacer histórico como creador de conciencia.

Resumen histórico de los principales trabajos de divulgación histórica en la segunda mitad del siglo xx

La historia se ha ido insertando en nuestro país de distintas maneras y en diversas fases; así como para las generaciones anteriores al grupo del Ateneo de la Juventud el conocimiento histórico era simplemente

el estudio de la historia conocida como aquella que representaba la vida de Grecia, considerándola como la cuna del mundo occidental; en los años posteriores se llevaba a cabo la introducción a la historia nacional, y es hasta finales del siglo pasado cuando se empieza a pensar en difundirla.

En México se conjugaron, durante la primera mitad del siglo xx, diversos factores que propiciaron la renovación del estudio de la historia nacional. Los principales elementos fueron:

1. La necesidad de ubicar la historia nacional dentro de los nuevos marcos en los que surgía la educación nacional. Por un lado, la herencia social de la Revolución Mexicana y, por otro, el convencimiento de realizar necesariamente un proyecto nacional nuevo, que ya no correspondía al impulsado por los liberales en el siglo xix. En ese momento conocer la historia nacional era la alternativa para valorar la nueva etapa por la que atravesaba el país.
2. En los años recientes, la problemática social de México se centró en encontrar las vías para incorporar a la vida moderna a grandes sectores de su población —campesinos, obreros y capas urbanas bajas— marginados de la producción, del bienestar social y de la cultura. Un grupo de intelectuales, conocido como el Ateneo de la Juventud,³¹ formuló un programa cultural cuyo objetivo era insertar a todo el país dentro de las más importantes corrientes del pensamiento universal, especialmente de la civilización occidental; este grupo también conocido como la generación del Ateneo, planteó que la educación masiva de la historia nacional proporcionaría al país las energías espirituales capaces de impulsarlo hacia la modernidad. Para ellos no se trataba sólo de que las capas cultas de un país con grandes sectores analfabetos pudieran deleitarse en la lectura de los trabajos de historia universal, por el contrario, su empeño consistía en incorporar a aquéllos a la vida cotidiana del pueblo. En consecuencia, después del triunfo de la Revolución de 1910 la sociedad Mexicana quedó impactada por la publicación masiva de obras dedicadas al

³¹ Pensamos en las obras hechas por José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán o Pedro Henríquez Ureña.

estudio histórico, cuyas ediciones salieron entre 1920 y 1924 de las prensas de la Universidad Nacional y de la Secretaría de Educación Pública. El principal impulsor de esta política fue el ateneísta José Vasconcelos, auxiliado por muchos miembros de su generación.

3. Las múltiples posiciones de los años posteriores trajeron consigo un mayor conocimiento del pasado, y con ello la posibilidad de hacer llegar el mismo a mayores grupos sociales.

Sin embargo, a pesar de los nacientes impulsos que hemos señalado, es hasta fechas muy recientes cuando se aplica una idea de la difusión de la historia que se empalme con la que en este texto hemos propuesto. A continuación presentamos una reseña de los trabajos más divulgados en los últimos años, señalando que, aunque la mayoría no cumple con la propuesta de la difusión, son su antecedente más cercano. Divididos en dos grandes y heterogéneos grupos, uno que parte de los centros académicos de los historiadores para los académicos historiadores o áreas afines, y otro que sale del mundo de los historiadores y trasciende las barreras del cubículo a partir de la prensa y otros medios de divulgación.

1. En 1978, Miguel León-Portilla y Jorge Gurría Lacroix³² participaron en el libro que editó la coordinación de Humanidades, *Las Humanidades en México, 1950-1975*. Gurría y León-Portilla hicieron un recuento de la investigación histórica en esos veinticinco años. En este trabajo, observan que “la difusión de las investigaciones y de los estudios sobre la historia se hace en nuestro país principalmente a través de revistas, colecciones de obras y libros sueltos, que editan las instituciones dedicadas a estos quehaceres, así como de dependencias oficiales y editoriales de la iniciativa privada”.

De esta manera, se hace un primer recuento de las revistas de difusión dedicadas a la historia, que nos sirve de guía para hacer la reseña histórica de los espacios que han existido para la difusión.

La publicación periódica más antigua dedicada en parte a la historia es el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*,

³² Jorge Gurría y Miguel León-Portilla, “La Investigación Histórica”; *Las humanidades en México, 1950-1975*, p. 32.

que apareció en 1839 y que se siguió editando hasta finales de los años setenta. Los *Anales del Museo Nacional* se inician en 1877, cambian de nombre en 1909 y 1945 y terminan su edición en el año de 1971 con el nombre de *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. Este órgano, aunque combinaba artículos de diversas especialidades, daba cabida principalmente a los trabajos históricos.

El *Boletín del Archivo General de la Nación* se edita desde 1930, tiene como finalidad dar a conocer documentos e interpretaciones; en él aparecen los índices y las guías de los distintos ramos en que se divide el archivo. Proyecto que es de gran utilidad para los investigadores, también abre el mundo de la historia a aquellos que están alejados de esta disciplina; se ha recuperado este proyecto a partir de la dirección de Patricia Galeana.

Las Memorias de la Academia Mexicana de la Historia abarcan desde 1942 a 1970. *Tlalocan*, dedicada a la publicación de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas en México, principió sus actividades en 1943, se imprimió en California, Estados Unidos, y fue fundada por F. Smith; posteriormente los editores han sido Ignacio Bernal, Fernando Horcasitas y Miguel León-Portilla. A partir del tomo dos se imprime en México.

La revista *Historia Mexicana*, órgano periódico del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, se edita a partir de 1943. Sus colaboradores incluyen trabajos tanto de los investigadores del Colegio como de otras instituciones.

En 1960, Jorge Gurría Lacroix e Ignacio Bernal crearon el *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*; se trataba de contar con una publicación que diera a conocer, por medio de artículos y notas breves, las actividades del Instituto en los campos de la antropología y la historia. Una de sus características es que se encuentra ampliamente ilustrado.

Los Institutos de Investigaciones Históricas, Antropológicas, Filológicas y Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México cuentan con varias publicaciones que incluyen la difusión de la historia; de éstas sobresalen: *Estudios de Cultura Náhuatl*, *Estudios de Historia Novohispana*, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, *Anales de Antropología* y los *Anales de Estéticas*.

El *Anuario de Historia* es una publicación eventual del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que empieza su actividad en 1961 y se interrumpe en 1983.

Son también de consideración las publicaciones periódicas de la Academia Nacional de Historia y Geografía, los trabajos de Conдумex, así como las publicaciones de la SEP. Entre los de esta dependencia oficial cabe señalar trabajos como: *SepSetentas, ochentas y noventas*, y colecciones tales como, *Cien de México*, así como las editadas por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y publicaciones del Instituto Mora.

En cuanto a las colecciones de obras sobre historia, México tiene una gran tradición en recuperar documentos con estudios y ensayos de procesos históricos, no sólo hechos por historiadores sino por otros profesionistas que acuden a esta disciplina. De éstos se ha hecho una selección desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, que mencionaremos a continuación:

Documentos para la historia de México, 1853-1854; *Colección de documentos para la historia de México, 1858-1866*, de Joaquín García Icazbalzeta; *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, 1905-1911*, de Genaro García y Carlos Pereyra; *Papeles de la Nueva España, 1905-1906*, de Francisco del Paso y Troncoso; *Documentos históricos mexicanos de 1910*, de Genaro García; *Archivo General de la Nación, 1910-1946*; *Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 1923-1935*; *Epistolario de la Nueva España 1939-1942*, de Francisco del Paso y Troncoso; y *Obras publicadas*, por Salvador Chávez Hayhoe, 1941-1945.

De los trabajos académicos que se han elaborado en los últimos 40 años sobresalen: los del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM con sus series: *Historiadores y Cronistas*; *Historia Novohispana*; *Historia Moderna*; *Cuadernos*; *Serie Documental*; e *Historia General* y *Serie de Cultura Náhuatl*. Los del Instituto Nacional de Antropología e Historia con la serie *Historia*, y los de la SEP-INAH con *La Colección Científica* y numerosos trabajos de divulgación. Las distintas publicaciones del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. Los de La Sociedad de Estudios Cortesianos, y los de varias dependencias oficiales como la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Departamento del Distrito Fe-

deral, la Cámara de Diputados, los partidos políticos y los gobiernos de los estados.

Entre las colecciones de mayor calidad, por títulos se pueden mencionar, de La antigua librería Robredo de José Porrúa e hijos, la *Biblioteca histórica Mexicana de obras inéditas*, que ha dirigido Silvio Zavala; Historia Mexicana de la Biblioteca José Porrúa Estrada, que dirigió Gurría Lacroix; la serie *Documentos para la historia colonial de México*, dirigida por France V. Scholes y Eleanor B. Adams, de la Biblioteca Porrúa, que edita la librería de Porrúa Hermanos, colección que abarca títulos correspondientes a las distintas etapas de la historia de México; Salvat Editores imprimió una *Historia de México* dirigida por Miguel León Portilla, que comprendió 10 volúmenes. La Editorial Siglo XXI ha publicado un importante número de títulos sobre historia de Europa, América Latina y México.

En otro apartado podríamos considerar al ensayo mexicano atareado por una misión principal, descubrir su identidad propia. Obras que trascendieron los espacios académicos a partir de la formación de una idea o concepción distinta del pasado mexicano: de Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, 1947; Juan Pérez Jolote, 1948, de Ricardo Pozas; *Pueblo en Vilo*, 1948, y *Los días del Presidente Cárdenas*, 1981, de Luis González y González; *El guadalupismo en México*, 1953, de Francisco de la Maza; *Los indios de México*, 1967-1981, de Fernando Benítez; *Utopías Mexicanas*, 1963, de Gastón García Cantú; *El estilo personal de gobernar*, de Daniel Cosío Villegas, entre otros. Al mismo tiempo, José Joaquín Blanco señala este cambio, al afirmar que "siguiendo la ambición del Ateneo de la Juventud, el ensayo logra grandes esfuerzos profesionales a fin de crear los propios tratados manuales, estudios e investigaciones que el país requiere". Ya no será milagrosa, aunque tampoco puede decirse que abundante, la aparición de textos de excelencia académica; José Joaquín Blanco advierte sobre la importancia no sólo de la calidad académica, sino de una naciente divulgación masiva.

Así, los trabajos filosóficos, de Luis Villoro, las distintas visiones y versiones de la literatura náhuatl de Ángel María Garibay Quintana, Miguel León-Portilla y Alfredo López Austin, adquieren un nuevo sentido por medio de la posibilidad de relacionarse más ampliamente con la población. En esta misma línea podemos señalar los trabajos de

José Luis Martínez, Carlos Monsiváis, Jesús Silva Herzog, Jesús Reyes Heróles, Pablo González Casanova y Eduardo Blanquel.

También la prensa incluye en sus páginas el quehacer de la historia como constante referencial -proceso que aumenta ampliamente el sentido de la divulgación histórica- Fernando Benítez, Huberto Batis, Renato Leduc, José Alvarado, Alejandro Gómez Arias, Francisco Martínez de la Vega, Manuel Buendía y Miguel Ángel Granados Chapa, quienes representan un sólido grupo que ha propiciado desde el periodismo la influencia de la historia como crítica.

Pero sin duda, la línea fundamental es, en la difusión de la historia, la revisión del pasado mexicano: de esta tarea se ha ocupado Fernando Benítez, tanto en *Los indios de México, 1967-1981*, como en sus novelas, crónicas y biografías.

También destaca, como se ha dicho ya en este ensayo, *Tiempo de México*, que dirigió Eduardo Blanquel, como un serio trabajo de divulgación. El tema principal de estos años ha sido la Revolución Mexicana como principal referente del México contemporáneo, donde encontramos los siguientes trabajos: Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 1950, *La Revolución como Independencia*, 1953; *Historia de la Revolución Mexicana*, de José Mancisidor; *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, de Jesús Silva Herzog; *Historia moderna de México*, 1955, e *Historia general de México*, 1976, coordinadas por Daniel Cosío Villegas.

Jesús Reyes Heróles publica *El liberalismo mexicano*, en 1957; Pablo González Casanova, *La democracia en México*, en 1965, y a partir de 1980, *La clase obrera en la historia de México*.

En 1973, Jean Meyer da a conocer *La cristiada*; Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, en 1971; *La revolución interrumpida*, de Adolfo Gilly; *La ideología de la Revolución Mexicana*, de Arnaldo Córdova, 1973; *La frontera nómada*, 1977, de Héctor Aguilar Camín; y recientemente Enrique Krauze elaboró sus *Biografías del poder*, 1988. Se debe considerar, asimismo, la totalidad de la obra de Carlos Monsiváis.

Las principales publicaciones periódicas culturales han incluido, en este periodo, la difusión de la historia; baste señalar las revistas *Medio Siglo*, *Política*, la *Revista de la Universidad*, la *Revista de Bellas Artes*, *México en la Cultura* y *La Cultura en México*, *Plural*, *Vuelta*, *Nexos*,

Sábado, La Jornada Semanal, Letras Libres y los trabajos de la editorial *Clío*. Es de destacar, por último, que el reciente florecimiento de un periodismo crítico y ligado a la sociedad civil en provincia (*El Norte*, en Monterrey, y *Siglo XXI*, en Guadalajara) abre nuevas oportunidades para espacios de reflexión, creación y recreación de la historia.

Balance final

Tal vez se piense que las propuestas teórico-metodológicas esbozadas en este artículo resultan excesivamente ambiciosas, en la medida en que las investigaciones particulares presentarán siempre condicionamientos de abarcamiento de diversa índole, incluso en los legítimamente autoimpuestos. No obstante, habiéndonos propuesto estimular en nuestro medio una discusión teórica sobre los límites de lo que ha sido y es la difusión de la historia en México, nos ha parecido apropiado multiplicar sus flancos de abordaje. Incorporada a la reflexión sobre casos, creemos que esta apertura habrá de favorecer una contextualización enriquecedora de los recortes escogidos. Presentamos así preocupaciones e intentos de resolución que, aun pareciendo asertóricos, son, más que nada, decisiones provisionales ante aquéllos.

Medularmente, lo que nos preocupó, y nos preocupa, es encarar la problemática que enfrenta la divulgación histórica, sin predisponernos *a priori* a renunciar a las múltiples respuestas, a costa de reconocer su realización en el interjuego de diversos engranes culturales.

Del mismo modo, ante un “¿Qué es la difusión histórica?” reconocido como pregunta histórica válida por ser un problema humano en sentido amplio, procuramos eludir los riesgos de la respuesta universal que acabaría conspirando contra el problema igualmente humano de su diversidad de condicionamientos y producciones.

Por último, nos ha preocupado también evitar totalizaciones del tema que acaban resultando empobrecedoras pues, al emanar de énfasis parciales –cuya parcialidad pasa inadvertida–, generalizan sobre una sola cara del prisma.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer. *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena, 1991, 324 p.
- Blanquel, Eduardo *et al.* (eds.). *Tiempo de México* (1a y 2a época), octubre de 1807 a junio de 1911, y junio de 1911 a noviembre de 1964. México, SEP, 1984.
- Bloch, Marc. *¿Qué es la historia?* México, Fondo de Cultura Económica, 1970 (Brevarios).
- Bourneuf, Ronald y Ouellet Réal. *La novela*. Barcelona, Ariel, 1989.
- Braudel, Fernando. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1978.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Collingwood, R. G. *Idea de la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Cardoso, Ciro *et al.* *Los métodos de la historia...* México, Grijalbo-Crítica, 1978.
- Carr, E. H. *¿Qué es la historia?* Madrid, Seix Barral, 1980.
- Cuéllar, Luz del Carmen y Julieta Piastro. *Una alternativa para el estudio del México Antiguo: proyecto para la elaboración de libros de Historia Antigua de México nivel superior* (tesis de licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Letras). México, UNAM, 1986.
- Danto, Arthur. *Historia y narración*. México, Grijalbo, 1992.
- Ferrater Mora, José. *Cuatro visiones de la historia universal*. Buenos Aires, Sudamericana, 1955.
- Florescano, Enrique. "La nueva interpretación del pasado mexicano", en: *El historiador frente a la historia*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1992.
- Fontana, Josep. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica-Grijalbo. 1982.
- Fuentes, Carlos. *Valiente mundo nuevo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- García Canclini, Néstor *et al.* *Políticas culturales en América Latina*. México, Grijalbo 1987, 218 p. (Cultura y Sociedad, Col. Enlace).
- Garza, Alberto de la. "El historiador, los hechos y la información", ponencia presentada en el Congreso de ADHILAC en febrero, 1991.
- González Casanova, Pablo (coord.). *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México, Siglo XXI Editores, 1989.
- González y González, Luis. *El oficio de historiar*. México, El Colegio de Michoacán, 1988, 262 p.
- Gurría Lacroix, Jorge y Miguel León-Portilla *et al.* *Las humanidades en México, 1950-1975*. México, UNAM, 1978, 802 p.
- La cultura nacional*. México, Coordinación de Humanidades/Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1984, 112 p.
- Hobsbawm, Eric. *Marxismo e historia social*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.
- Huizinga, Johan. *El concepto de la historia y otros ensayos*. Tr. Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Ladrón de Guevara, Moisés. *Política cultural del Estado mexicano*. México, SEP, 1983, 290 p.
- Lefebvre, Georges. *El nacimiento de la historiografía moderna*. México, Ediciones Roca, 1974.
- Lefebvre, Lucien. *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1974.
- Leonard, Irving A. *Ensayos y semblanzas: bosquejos históricos y literarios de la América Latina colonial*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 116 p. (Sección de Obras de Historia)
- Marrou, H. I. *El conocimiento histórico*. Trad. J.M. García de la Mora. Barcelona, Ed. Labor, 1968, 230 p.
- Matute, Álvaro. 1978 *La teoría de la historia en México*. México, SEP (SepSetentas).
- Heurística e Historia*. México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, 1999 (Serie Heurística, Aprender a Aprender).

Ortega y Medina, Juan. "La Verdad y las verdades en la historia", en: *El historiador frente a la historia*. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1992.

Ruvalcaba, Patricia. "El auge de la historia en la novela: un breve recuento", en: México, *La Jornada*, febrero 27, 1993.

Schaft, Adam. *Historia y verdad*. México, Grijalbo, 1974.

Vázquez, Josefina. *Historia de la historiografía*. México, SEP, 1973 (SepSetentas).

Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. trad. María. Dolors Folch, 4a ed. Barcelona, Grijalbo, 316 p, 1985.

Villa Lever, Lorenza. *Los libros de texto gratuitos*. Universidad Autónoma de Guadalajara, 1985.

White, Hayden. *Metahistory. Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore y Londres, The Hopkins University Press, 1973.

LOS LIBROS DE TEXTO GRATUITO: LA AUSENCIA DEL DISCURSO

Introducción

Poco antes de iniciar los cursos del año escolar 1992-1993, la Secretaría de Educación Pública (SEP) anunció los nuevos libros de texto de historia para cuarto, quinto y sexto de primaria. Aun antes de que fuesen distribuidos oficialmente, comenzaron a surgir críticas que no tardaron en convertirse en algo parecido a un escándalo político. Los críticos pronto vieron abarrotados los sitios donde se presentaban y a cobrar, en algunos casos, fama pública de la que carecían. Ciertamente es que muchos de los lectores de los destacados columnistas que denostaban los nuevos libros, como también muchos de los asistentes a las conferencias en contra de estos textos, desconocían de mano propia el contenido. Ello no fue razón suficiente, como no lo fueron las respuestas dadas desde la SEP y de parte de algunos de los autores, para apaciguar los ánimos. Bajo estas condiciones, un gran público que no conocía los textos, funcionarios que denunciaban maniobras oscuras de la oposición, autores que se decían víctimas de envidias y conjuras contra su persona, el debate mezcló la sucesión presidencial, la dinámica sindical, las acusaciones de manejos no claros del presupuesto, las emotividades privadas, entre muchas otras cosas más, con observaciones pertinentes.

En el marco de esta extraña mezcla, el propósito del presente trabajo es, a la vez que simple, muy complejo. Es simple porque en el contexto de toda esta polémica se trata únicamente de preguntarnos por la historia; complejo puesto que esta pregunta, soslayada en la mayoría de los casos o bien por desconocimiento, desinterés o porque intencionalmente se pretende subrayar otro aspecto que no es exactamente el de la oportunidad que se abre para visitar la historia, supone un ejercicio de reflexión que rebasa a los propios libros de texto y cuyo alcance dista mucho de pretender abarcar por completo el presente trabajo.

Queda clara, pues, la doble limitación de este ensayo. Por una parte, deja de lado muchos temas que han sido abordados ampliamente en la prensa nacional, y, por otro, al abocarse a sólo la revisión

de la historia, presupone que se trata de un debate extremadamente complejo del cual sólo se apuntarán algunos aspectos. El no atender la polémica periodística no implica una creencia falaz acerca de la pureza de la historia ni mucho menos una dicotomía, también falsa, entre lo realmente histórico y un territorio contaminado por la ideología o la política. No creo que la historia exista en tanto ciencia pura, descontextualizada y al margen de las pasiones, creencias y prácticas de una sociedad presente, sino como expresión de la concurrencia de ese pasado con la contemporaneidad de quien estudia y de quien recibe el conocimiento y al introyectarlo lo reelabora.

Preguntarse por la historia tiene, no la falsa pretensión de delimitar lo verdadero y lo falso en una posición que absuelve o condena, sino la de explicarnos los libros de texto y el debate que suscitaron como expresiones de modos distintos de pensar y escribir la historia. Esto es, antes que un juicio sumario a los autores, el interés radica en dilucidar, desde el diálogo de la historia consigo misma, los caminos que han conducido a los resultados expresados en los libros de texto. Me parece que la historia puede sacar provecho del escándalo político y servirse de este súbito y bienvenido interés y entusiasmo por su quehacer.

No nos detendremos en la discusión sobre si lo afirmado acerca de cierto periodo es falso o verdadero, ni siquiera sobre la veracidad de sus puntos esenciales. Esta discusión, importante de suyo, así como los errores en fechas y acontecimientos detectados en los libros no es la materia de este ensayo. Me interesa, en cambio, resaltar, a manera de gran panorámica, la concepción histórica que subyace a estas fallas y omisiones, a la particular forma cómo fueron estructurados y a la preeminencia de algunos elementos de análisis sobre otros. Así pues, por encima de rechazar de antemano todas las opiniones "rivales" como erróneas, la convicción de este trabajo es la de explicar esas opiniones bajo la óptica de un marco general de ideas, conectado a una concepción de la historia. Ya pasado un tiempo de la polémica de manera tal que el debate se centre, al menos en lo que se refiere a este ensayo, en el problema cognoscitivo. Entendiendo que "la historia imparcial, lejos de ser un ideal, es una imposibilidad absoluta",³³ aspiramos a incorporar la reflexión sobre la historia, concibiendo a ésta

³³ W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, p. 18.

como el resultado de una temporalidad determinada, de la cual es parte el historiador, al tiempo que como resorte de condiciones que aún no están presentes. La reflexión histórica contiene los elementos de su tiempo en relación con el pasado, pero, a la vez, sirve de basamento para las ideas que están por venir. El historiador, en palabras de Danto,³⁴ antes que observador es un partícipe de este proceso.

Historia e interpretación

*Eso dice la historia
pero ¿cómo lo vamos a saber nosotros?*
Salvador Novo

La historia es reescritura, interpretación. La Historia no es una y para siempre, se encuentra sujeta siempre a la naturaleza cambiante de enfoques, hallazgos, reinterpretaciones y polémicas. Si Sabines nombró al amor la búsqueda perpetua, esa condición la comparte el quehacer histórico. A cada nueva visión del hecho histórico la marca el espíritu de la reinterpretación. El conocimiento de la historia no es neutral, ningún conocimiento lo es. Toda lectura contiene y reproduce los conflictos y devenires de la época en la que el estudioso vive. Así como no existe el cronista ideal³⁵ e inmune frente a las pasiones y circunstancias de su tiempo, tampoco existe, en ese sentido, el lector, el divulgador, el historiador puro y limpio.

La formulación de nuevas lecturas no sólo es válida, sino fundamental para mantener viva la historia. Esto es, el conocimiento histórico se formula y renueva constantemente a partir de la última lectura que se tenga a mano. Aun el documento o fuente original supone la síntesis que el cronista ideal (C.I.) hace de su época, la particular comprensión de su tiempo. No debe extrañar, entonces, el énfasis que algunos historiadores le otorgan a ciertos aspectos en demérito de otros.

Sin embargo, esta sucesión de interpretaciones no es, no puede ser arbitraria. Está sujeta a ciertas reglas y rigor histórico. Ése es el primer

³⁴ Arthur C. Danto, *Historia y narración*.

³⁵ Esta idea la desarrolla ampliamente Danto en el texto citado.

nivel para dilucidar acerca de la validez de una tesis sobre otra: las reglas metodológicas. Asumirse dentro de una corriente historiográfica u otra supondrá, desde luego, conclusiones distintas sobre un mismo tema, pues el modo, las reglas para llegar a ellas, habrán sido diferentes. Pero ahí no acaba el asunto, por el contrario, apenas comienza. El segundo y sustancial nivel de discusión sobre la validez del conocimiento se encuentra en la capacidad que éste tenga para fundamentarse a través de la argumentación.

Tenemos entonces que no basta con argüir el modo como ha sido armado el nuevo conocimiento histórico, no es suficiente con explicar la metodología seguida para dar por verdadero el resultado de la investigación. Es necesario que el conocimiento generado, que está negando al que lo precedió, debata, argumente, polemice su visión de los hechos. La metodología es parte del referente del hecho histórico, lo verdaderamente trascendente es el sentido que se le otorga. Y ahí está el problema. Porque, bajo la idea de que la historia se deconstruye continuamente y de que no es un conocimiento unilineal y acabado, tenemos que para un mismo referente hay distintos, y encontrados, sentidos.

La verdad histórica no es, pues, inmutable. No es un dogma religioso. En tanto no es un acto de fe, está signado por el presente. El conocimiento que se adquiere sobre el pasado se liga al presente por medio de la divulgación que de él se hace. En otras palabras, la divulgación del conocimiento histórico son ideas que se elaboran no sólo en el marco social y político del historiador, sino con una carga ideológica.³⁶ A quién se dirige el conocimiento, cómo se escribe, se edita, se fotografía ese saber, cuándo y dónde se reinterpreta y, sobre todo, lo más importante en el marco de la polémica acerca de los textos de primaria, para qué sirve ese conocimiento, son algunas de la preguntas que hay que hacerle a los libros de historia que busquen llevar a cabo la divulgación.³⁷

Partamos de la idea de que en donde “no hay narrador no hay historia”, el narrador, sin embargo, no vive socialmente aislado; las

³⁶ Andrea Sánchez Quintanar analiza este tema en su tesis de maestría, donde propone la creación de una teoría de la divulgación histórica que contenga un marco ideológico.

³⁷ Ver Boris Berenzon Gorn, *La difusión de la historia, un ejercicio*. Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM, 1992 (Tesis de licenciatura en historia).

condiciones de su tiempo lo permean e influyen en la metodología que adopta para realizar su interpretación; no resulta extraño, encontrar ejemplos donde la ruptura entre una forma de analizar la historia y otra tiene una connotación generacional.³⁸ Aunque puede, y de hecho sucede, no está generalizado.

Si seguimos esta línea de análisis sabemos entonces que el historiador no es un mero observador, sino que es un sujeto que participa socialmente “delibera, sopesa y decide”. No se trata de discusiones desde el punto de vista epistemológico, sino, más bien, de una visión relativista del pasado: ¿por qué se preocupan por hacer un tipo de historiografía en los años treinta? porque cada momento busca su propia explicación y cada época construye una representación del pasado según sus propias preocupaciones. Se busca un pasado en el que lo explicativo predomine y se obtenga una visión de totalidad.

Las expresiones generacionales en torno a la interpretación de la historia podemos dividir las en dos grandes grupos, aquellas que permanecen en los cubículos y en los estereotipos académicos y las que trascienden directamente a la sociedad formando una conciencia parcial o total del pasado.

Podemos entonces concluir que cualquier historiador tiene la posibilidad de dar su versión de los hechos; lo que es más, este repensar continuo de la historia es lo que posibilita a ésta ser considerada una materia viva. La historia no es una y para siempre, nunca lo ha sido. Es precisamente el debate, la revisión, la sucesión de reinterpretaciones, el nutriente del quehacer histórico.

³⁸ Esta idea la presenta Julia Kristeva en su libro *Los Samurais*, donde la generación de mayo de París analiza el pasado desde condiciones similares. En el caso de la historia es notable el ejemplo de la Escuela de los Annales (para quienes la historia es una historia problema) iniciada por Lucien Febvre y Marc Bloch, hasta George Duby y Roger Chartier, entre otros. Por lo que se refiere a México, Álvaro Matute ha propuesto una revisión de la historiografía contemporánea mexicana a partir de ciertos cortes generacionales que nos conducen a la misma totalidad.

Narración *versus* historia oficial

Quien no odie a los símbolos
sólo conocerá la fe por aproximación.

Carlos Monsiváis

Conocemos el debate abierto por el diagnóstico que quiso caracterizar la historia en sus tendencias más nuevas como un retorno al relato, a la narración y, lateralmente, como un abandono de la descripción estructural de la sociedad.³⁹

A partir de la polémica anterior, la historia es siempre considerada relato aun cuando pretenda evacuar lo narrativo y, en su modo de comprensión, sigue teniendo deudas con los procedimientos y operaciones que aseguran la intriga de las acciones representadas.⁴⁰

La narración aparece entonces como la única alternativa de hacer historia según la filosofía de tradición analítica, y es aquí donde empieza la discusión del no deber ser de la historia.

Las referencias epistemológicas del positivismo se diluyen por sí solas ante la necesidad de la historia de presentarse libre de esquemas y prácticas totalizadoras en busca de verdades absolutas.

Para Arthur C. Danto, una filosofía analítica de la historia consistirá en tomar en serio la limitación característica del conocimiento histórico -nuestra ignorancia del futuro- y analizar las formas de hablar del pasado que son, al mismo tiempo, formas de concebirlo.⁴¹

Es decir, resumiendo la alternativa de historia vía la narración, quedaría marcada por dos propuestas básicas, primero que la historia surge de oraciones narrativas y segundo que el historiador organiza y, por lo tanto, interpreta libre, pero cargado ideológica y culturalmente de las

³⁹ Para ampliar esta idea, se puede acudir a las siguientes fuentes: Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural entre práctica y representación*. Arthur C. Danto, *op.cit.*

⁴⁰ G. Deleuze hace una clara representación de lo aquí dicho al referirse a la obra de Michael Foucault, *Arqueología del saber*, con la metáfora del nuevo archivista. "El nuevo archivista anuncia que ya sólo considera enunciados. No se ocupa de lo que de mil maneras preocupa a los archivistas precedentes: las proposiciones y las frases. Desdeñará jerarquía vertical de las preposiciones y que se elaboran más sobre otras, pero también la lateralidad de las frases en la que cada una parece responder a otra.

⁴¹ Ver Arthur C. Danto, *La idea del cronista ideal*, *op. cit.*, p. 108.

otras interpretaciones del pasado a partir de las necesidades del presente, el conocimiento del pasado y su explicación desde el futuro.⁴²

En resumidas líneas, habremos de decir que la concepción de la historia cambia, dejando de ser una línea esquemática escrita por un cronista ideal para convertirse en un relato que incluye la interpretación del historiador y las múltiples visiones del pasado.

Las principales concepciones que se modifican son la idea de totalidad y la noción de temporalidad.

La historia deja de ser una estructura rígida y compleja pasando a ser un relato flexible; es decir, rompe con los lazos de definición entre la realidad y el espacio para entrar en la dinámica de las contradicciones.⁴³

El asunto de la temporalidad también se modifica en la historia narrativa; el tiempo pasa de estar en una sola dirección, en una misma línea y con absoluta singularidad ha de mover los hilos del pasado desde el presente.

Todo momento histórico siempre tiene un momento antecedente y anuncia otro consecuente, todo ello sin excepción ni contingencia. Por ello, aunque comparables, los sucesos históricos nunca son identificables.

De esta manera, los tiempos históricos difieren por la riqueza de los significantes que contienen.

Así, para leer la historia hay que considerarla desde el punto de vista del que la escribe y de su correlación con los hechos que se enuncian a partir de las necesidades del tiempo histórico y no desde el punto de vista del tiempo en sí mismo que es, por sí solo, hueco, homogéneo y vacío.

Las dos características esenciales de la narración son el fracaso de la linealidad y el triunfo de la concreción y el significado.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Blas Matamoros muestra algunos ejemplos de este tipo de historia-relato y su relación con la literatura en su libro *Saber y literatura*. Por una epistemología de la crítica literaria "No siempre ha habido literatura en la historia, pero siempre ha habido práctica (histórica, desde luego) ... La historia zona de la literatura, a su vez muestra un vaivén imprevisible en que lo literario aparece, desaparece, está en el centro o a un costado del discurso social. El escritor, último artesano solitario de la sociedad industrial, debe hacerse cargo de esta marginalidad si pretende medir el alcance de su labor. Un alcance a menudo sorpresivo, como se encargan de demostrarlo los best-seller y las prohibiciones".

La historia oficial: *Ducit amor patiare*

En la medida en que la materia sobre la que trabaja el historiador se refiere no a cosas sino a motivaciones y a propósitos, se ve obligado a repensar el pasado estudiado. Es decir, el estudioso pretenderá, en primer lugar, asirse a la época que estudia, para recrear objetivamente el pretérito. Es posible acceder a este planteamiento una vez que se ha reconocido un doble carácter del hecho histórico: el exterior y el interior. El primero, señala Fina Birulés, puede ser enumerado en términos de cuerpos, mientras que el interior tiene que ver con aquello que sólo puede ser descrito en términos de pensamientos. Sin embargo, esta pretendida objetividad⁴⁴ fundamentada en el desprendimiento de los conocimientos que el historiador ha acumulado, a través de la recreación supondría la inmunización del historiador frente a la acumulación de datos, interpretaciones, descubrimientos, que han transcurrido entre su tiempo y el del hecho estudiado. Pretensión por demás imposible.

El sentido del hecho histórico, según Danto, en lugar de estar condicionado a esta supuesta pureza del cronista ideal, debe asumirse desde la perspectiva que incorpora al contexto y a los agentes y testimonios inmediatos, así como la conciencia retrospectiva de intérpretes históricamente situados. Con esta idea, el historiador no sólo no renuncia a su carácter de intérprete, sino que, con plena conciencia de su limitación, en tanto no es actor directo de los hechos, fundamenta su lectura del pasado en esta condición. Mediante las oraciones narrativas, el historiador organiza los datos y, he ahí el valor de su trabajo de reconstrucción del pasado, liga acontecimientos situados originalmente en planos temporales distintos. Lo que en su momento constituyeron dos hechos en tiempo y espacio diferenciados, encuentran intelegibilidad por medio de la interpretación. Las oraciones narrativas enlazan cuando menos dos acontecimientos separados en el tiempo, tienen, además, como característica, describir sólo al primero, y lo hacen utilizando un verbo en pasado.

⁴⁴ Esta discusión inicia en el siglo XIX entre las propuestas del historicismo, el marxismo y el positivismo y cada vez está más rebasada, al grado que para algunos autores ya no es punto medular de sus análisis de la filosofía de la historia.

Ahora bien, se trata de reconocer la calidad de intérprete del historiador a la luz de la limitación característica del conocimiento histórico: el desconocimiento del futuro. Es ésta la condición básica de la filosofía analítica de la historia, tal como ya se señaló en este trabajo. Empero, existe otra visión, amalgamada en la filosofía sustantiva de la historia, que trata de dar cuenta del significado del conjunto de la historia. Este conjunto no es otra cosa que la pretensión de unir el pasado con el futuro en una totalidad inteligible y en una sola línea. Cuando esta concepción pasa de la teoría a la práctica es posible encontrar ejemplos con relativa facilidad. El más recurrente de ellos es el intento reiterado de los Estados donde la sociedad civil es débil o inexistente. En ellos, una idea de historia oficial, autorizada e institucionalizada da cuenta de la fusión del Estado con la patria, del partido con el individuo, del gobierno con la sociedad. La idea de historia que se impone es la que corresponde a los intereses coyunturales del Estado. Se establece, además de la linealidad para explicar el transcurrir del pasado al presente, un puente entre pasado-futuro estructurado a partir de que todo Estado se ve a sí mismo como permanente, como el último estadio de una larga marcha continua y sostenida. No debe extrañar que las historias oficiales surgidas de sociedades en condiciones de sometimiento pongan énfasis, fundamentalmente, en dos cosas: el origen legítimo del grupo gobernante, y la legitimidad de su permanencia eterna en el poder. Pasado y futuro han quedado ligados bajo la égida del poder.

Para Danto, los acontecimientos históricos sólo adquieren significado a partir de su relación con acontecimientos posteriores a los que el historiador da importancia en función de sus intereses presentes.⁴⁵ De esta manera, los historiadores oficiales resuelven explicar sólo lo real o lo verdadero a partir de una correcta crítica documental, defienden su saber filológicamente más que en la argumentación narrativa. De tal forma que terminan por construir certidumbres ilusorias de una historia definida como ciencia positiva, en la cual, paradójicamente, lo real y verdadero se diluye en los intereses del poder.⁴⁶

⁴⁵ Danto, *op. cit.* p. 26.

⁴⁶ La teoría psicoanalítica lacaniana retoma los elementos de lo real y verdadero ante el relato individual de la misma manera con que se revisa la relación histórica de la sociedad. (Real, simbólico e imaginario).

Brevísimo repaso de la historia de los libros de texto

Herencia de una larga pugna entre el Estado y la iglesia católica por el control de la educación, el Constituyente del 17 dejará plasmada esta preocupación en la redacción del artículo tercero. A partir de la década siguiente, el Estado posrevolucionario, en vista de su imperiosa necesidad por remontar el calificativo de advenedizo e ilegítimo, encontrará en el culto por lo nacional, lo nuestro un elemento de doble vía: por un lado, le posibilita diferenciarse del pasado porfirista, presentando a éste como un régimen ligado a las formas e intereses extranjeros; por otro, al negar al porfiriato, encuentra la oportunidad de edificar un discurso propio. En este proceso, la regulación educativa juega un papel preponderante. En 1921, José Vasconcelos funda la Secretaría de Educación y, poco tiempo después, emprende “misiones culturales” donde la educación es vista como un apostolado y el educador como un evangelizador laico. La elaboración de una cultura propia pasaba entonces, según Vasconcelos, por entreverar los clásicos con el ingenio y manera de ser del mexicano.⁴⁷

Durante los años 20 y 30, sin embargo, la pretensión vasconcelista choca de frente con el arribismo y corrupción del grupo gobernante. La urgencia por escalar posiciones políticas y la *real politik* imperante convierten al proyecto educador nacionalista en mera retórica. A la conciencia nacionalista, desligada de un contenido social concreto, el Estado revolucionario se incorpora como la encarnación del proceso patrio y “deposita en su seno la síntesis de conquistas y virtudes históricas. La moral de clase, aceptada y asumida de modo íntegro por quienes la padecen”,⁴⁸ hace descansar la educación sobre la vanagloria de la grandeza mexicana, la cual por sustentarse en el pasado es incuestionable. Para esto la historia nacional es presentada como la explicación irrefutable de luchas heredadas, donde los héroes son moralejas que

⁴⁷ “Además, la obra de edición y de difusión emprendida por la SEP sería un medio para hacer llegar el libro excelso a las manos más humildes y para lograr la regeneración espiritual que debe preceder a otra suerte de regeneración. Se trata, pues, a la vez de una acción moral y social, cultural y espiritual. Vasconcelos manifiesta así una doble pretensión, no sólo alfabetizar sino evitar que los alfabetizados vuelvan a hacer en un analfabetismo funcional”. Claude Fell, *Los años del águila*, p. 29.

⁴⁸ Carlos Monsiváis, *Amor perdido*, p. 29.

confirman la raigambre no sólo del prócer sino también del continuador de su gesta: el gobernante actual. La historia nacional como cariz de fábulas exaltadoras de un pasado que sirve a las necesidades políticas del presente.

Aun en el sexenio de Cárdenas, a pesar de representar un periodo de reivindicación genuina de intereses populares, el sistema educativo, con su epíteto socialista, no está exento de las contradicciones entre el sistema de producción capitalista y los planteamientos educativos. Cárdenas procura la asimilación de la burguesía nacionalista y los sectores populares en un proyecto de capitalismo nacional. El cardenista es un proyecto cultural radical que choca con la dinámica de acumulación capitalista, los excesos demagógicos, el control corporativo de las organizaciones y la, ya para entonces, institucionalizada corrupción.

En 1942, siendo presidente Ávila Camacho, se aprueba una nueva Ley Orgánica de Educación cuyo objetivo es anular los puntos heredados del cardenismo. El avilacamachismo destierra cualquier elemento de confrontación social y, en la coyuntura internacional de la Segunda Guerra, convoca a la "unidad nacional" como eje rector de su discurso. El artículo 16 de esa ley señala la aspiración de "desarrollar y consolidar la unidad nacional, excluyendo toda influencia sectaria, política y social contraria o extraña al país y formando en los educandos el amor patrio y las tradiciones...".⁴⁹ El presidente se declara católico y promueve una mayor influencia de los educadores privados, sin denostar, públicamente por supuesto, nunca las conquistas educativas alcanzadas por el liberalismo y la revolución.

Durante los años cincuenta, según Lorenza Villa, se observa, junto con los conflictos sociales, la cada vez mayor distancia entre los objetivos de los gobiernos revolucionarios y la realidad. El movimiento ferrocarrilero, con Demetrio Vallejo a la cabeza, es acompañado por el conflicto magisterial de 1958, en el cual conviven la reivindicación de mejores condiciones laborales con los intentos por democratizar las estructuras sindicales. De acuerdo con la misma autora, poco antes de que terminara la década, de cada mil niños que comenzaban la educación primaria desertaban antes de los seis años 866. En 1958, el presidente

⁴⁹ G. Villaseñor, *Estado e iglesia: el caso de la educación*, p. 174.

Ruíz Cortinez publica el Reglamento de la Ley Orgánica de Educación, con el que se crea el Consejo Técnico de la Educación en un intento por ejercer una política educativa planificada a largo plazo. Adolfo López Mateos, en el marco del “milagro mexicano”, que significaba un alto índice de crecimiento económico a la par de una escandalosa concentración del ingreso, un marcado nacionalismo y la postulación de un proyecto desarrollista, nombra secretario de educación a Jaime Torres Bodet y establece el Plan de Once Años. Así pues, al iniciarse “la estrategia económica del llamado desarrollo estabilizador, el sistema educativo mexicano entra en una dinámica de mayor expansión y planeación”.⁵⁰ Ésta es la coyuntura que posibilita, en 1960, que aparezcan los libros de texto editados por el estado, gratuitos y obligatorios para todos los niños que cursan la primaria en el país.

Los conflictos

El gobierno de la república decidió que los primeros libros de texto editados y distribuidos gratuitamente por el estado, y de uso obligatorio a nivel elemental, serían elegidos por concurso. Entre 1960 y 1968 se completaron los 36 títulos correspondientes a los seis años de primaria. Es de advertir que los primeros libros de texto, editados por una instancia *ad hoc*, la Comisión Nacional de Libros de Texto, reproducían los contenidos de los programas de estudio de 1957. Sin embargo, la SEP, al mismo tiempo que se comenzaba la edición decidió reformar los planes y programas. De esto resultó un desfase entre el contenido de los libros y los programas que los maestros tenían que seguir. Empero la SEP decidió no reelaborar los libros pues consideró: “...que lo fundamental, en ese momento, era consolidar el libro de texto gratuito y obligatorio contra la oposición de organizaciones empresariales, asociaciones de padres de familia y escuelas de carácter confesional”.⁵¹

La oposición a los libros de texto sirve de plataforma para que las organizaciones empresariales de Monterrey, por ejemplo, critiquen la política general de López Mateos, a quien reclamaban no haber roto

⁵⁰ Lorenzo Villa Lever, *Los libros de texto gratuitos*, p. 56-57.

⁵¹ *Ibid.*, p. 63.

relaciones con Cuba, el haber aumentado la intervención del estado en la economía. Por su parte, la iglesia aprovecha la ocasión para hacer viejos reclamos políticos al régimen. La defensa de los textos, no obstante englobar a la parte liberal de la sociedad, no logra quedar exenta de los excesos retóricos a los que los gobiernos revolucionarios han sido tan proclives. Las organizaciones corporativas priístas, como la CNOP, aplauden la actitud firme y patriótica del primer mandatario. El PAN interviene en la discusión como un impugnador más. La polémica, y es eso lo que nos interesa resaltar, se manifestó desde un principio por la pugna de intereses económicos y políticos entre distintos sectores de la sociedad en defensa de un espacio de influencia ideológica vital: la educación. Los dos grandes bloques en esta pugna quedaron conformados de un lado por el PAN, la iglesia, grupos empresariales y la Unión Nacional de Padres de Familia, y por el otro por el aparato corporativo del estado, la Presidencia de la República y la Secretaría de Educación, fundamentalmente. Villa Lever llama la atención sobre la ausencia de los intelectuales y la Universidad en esta controversia. Nosotros añadiríamos a esta llamada la de preguntarnos por el debate en torno al conocimiento, también ausente.

En 1972, en medio de la recomposición del sistema político mexicano, y como parte de la reforma educativa, aparecen nuevos libros de texto gratuitos. Ese año se publican los volúmenes correspondientes a los dos primeros años de primaria. Un par de años más tarde, cuando aparecen los libros de ciencias sociales de quinto y sexto, la polémica se vuelve a encender.⁵² Una vez más son los sectores agrupados en la "derecha" quienes esgrimen argumentos moralizantes, fundamentalmente en torno a los libros de ciencias naturales. Los textos de ciencias sociales son calificados de "socializantes" y llaman a los padres de familia a unirse contra la imposición de un sistema ateo, totalitario y antimexicano. Por su parte, el presidente Echeverría, en una declaración recogida por el diario *Excélsior* en febrero de 1975, afirma que los libros son atacados por "los viejos, oscuros y tercos intereses

⁵² Por cierto, de confirmarse la efímera vida de los nuevos libros de texto de historia, ésta no sería la primera ocasión que ocurre. La primera edición del libro de ciencias sociales editado por el echeverrismo nunca llegó a las manos de los educandos, pues fue retirado, ya impreso, cuando recibió críticas de algunos intelectuales cercanos al estado (cfr. Villa Lever, *op. cit.*, p. 169).

más negativos en la historia de México". La jerarquía eclesiástica se une a las diatribas contra los textos obligatorios, utilizando calificativos como "corruptores y materialistas" para describir a los libros. La maquinaria corporativa del régimen no duda en hacer declaraciones terminantes en favor de la iniciativa gubernamental.

Para Villa Lever, los libros de la Reforma de 1972 representan una posición progresista, sobre todo si se les compara con los de López Mateos; con la característica adicional de que por primera vez se intenta situar al niño en el contexto internacional. Al hacer un análisis de los textos, Pablo Latapí concluye que, al margen de los calificativos, lo que resulta indudable es que reflejan el pensamiento social propio del régimen. Asimismo, Héctor Aguilar Camín, en la Revista *Siempre!*, en febrero de 1975, asegura que los verdaderos enemigos de los libros de texto, "lo que realmente los ponen a prueba son los lastres y las desigualdades de un sistema educativo, los maestros mal pagados, las escuelas sin recursos, los burócratas de la educación que se resisten al cambio, las escuelas privadas y el trazo clasista y cosmopolita que rige la concepción y la realización del libro, olvidando lo que en ella no cabe".⁵³ Al paso de los años, la opinión de Aguilar Camín vuelve al centro del debate al ser él uno de los coordinadores de los nuevos libros de texto de historia. Dos décadas después a la última discusión en torno a los libros de texto gratuito, renace la polémica, aunque esta vez los actores y condiciones del país son totalmente distintos. Lo que nos interesa resaltar, en todo caso, es la recurrencia en *confundir el territorio de lo que pudiera ser un genuino debate cognoscitivo, y convertirlo en foro de disputa ideológica*. Aclaremos de una vez. No nos parece que el debate sobre el conocimiento deba encontrarse en un estado de inmaculación respecto a las preocupaciones y polémicas políticas. Se trata de subrayar que son éstas las que en exclusiva han dominado el panorama, quedando, lamentablemente, desaprovechadas las oportunidades para generar una discusión desde el conocimiento.

Como hemos dicho, la idea principal de este trabajo es demostrar cómo los nuevos libros de texto gratuito de historia presentan un

⁵³ Héctor Aguilar Camín. "Bienaventurados los niños porque ellos serán ilustrados. Notas en torno al Libro de Texto Gratuito", revista *Siempre!*, 1131, 26, 1975, en Villa Lever, *op.cit.*, p. 200.

discurso basado en lo que Danto llama una filosofía sustantiva de la historia que trata de dar cuenta del significado del conjunto de la historia. Conjunto que incluye tanto el pasado como el futuro en un mismo relato. Según Danto, la filosofía sustantiva peca de impaciencia puesto que trata de ofrecernos un relato antes de que pueda ser propiamente contado. Un relato completo del pasado que pretende más bien la fusión artificiosa de éste con el futuro.

Lo anterior, nos parece, no dista mucho de la historia oficial, sobre todo en lo que a los márgenes de temporalidad y totalidad se refiere.

Vayamos primero al análisis de la temporalidad. Los libros presentan tiempos históricos disímbolos pero homogéneos que inician en la época prehispánica y concluyen en los mexicanos y el futuro, dentro de un mismo planteamiento histórico.

Es decir, el origen del hombre, el paso de éste por el Estrecho de Bering, la vida mesoamericana, el patriotismo criollo, la herencia colonial, el siglo XIX, la independencia, las guerras civiles, etcétera, tendrían una firme correlación con los problemas futuros, la contaminación y las crisis económicas de los setenta, todo en un mismo discurso y relato.

Sin el ánimo de generalizar, podemos hacer un análisis de esta propuesta siguiendo las ideas de Danto a partir de la siguiente propuesta: si supiéramos que los tiempos históricos son hilos de colores diferentes,⁵⁴ la época prehispánica (rojo),⁵⁵ la época colonial (verde), el siglo XIX (azul) y el futuro (blanco). Al mismo tiempo cada uno de sus tiempos internos representaría cada una de las tonalidades de los colores también a partir de hilos.

Siguiendo esta idea diríamos que los libros de texto presentan un confuso tejido de colores que el artesano entrelaza en la búsqueda de darles forma, fuerza los hilos de tal manera que organiza los colores por tonalidades: de los más tenues a los más encendidos.⁵⁶ En este sentido, el nuevo tejido es estéticamente hermoso, linealmente perfecto, pero no cumple con la realidad histórica que representa, ya

⁵⁴ Por ejemplo, podemos pensar en los colores básicos del arcoiris. Tal como el ejercicio clásico en el que a partir de los colores básicos se forman todos los colores y sus derivaciones.

⁵⁵ La división temporal es la misma que se usó en los libros de texto gratuitos.

⁵⁶ Podemos seguir la misma escala que tiene el arcoiris.

que, además, incorpora el color blanco, que es el futuro y queda entrelazado dentro de los demás colores.⁵⁷

Totalidad: la segunda característica es que pretenden mostrar la historia de una manera total, que recopilan la historia de México desde sus orígenes hasta nuestros días; más aún hasta los días posteriores a la narración: Siguiendo la parábola de los colores, diríamos que los autores de los libros se plantean como obligación mostrar totalmente todas las gamas de colores del arcoiris sin matices; es decir, que tienen que entrar en un mismo relato desde la historia prehispánica hasta la contemporánea. Esto da pie para mostrar cómo, siguiendo a Danto, el libro de texto parte de una interpretación de oraciones narrativas que surgen desde el futuro hacia el pasado; dicho de otra manera, yo sé de antemano cuántos hilos tengo, de qué colores son y el orden e importancia que les quiero dar; más aún, la forma en que los quiero matizar. Lo anterior queda claramente ilustrado si se ven los resúmenes que cada unidad temática contiene.

Por otro lado, tal como señala Chartier, el libro no es un recipiente incoloro en el cual se vierten conocimientos. La forma que adopta el volumen, su extensión, prefacios, organización, advertencia, resúmenes de ideas principales suponen, además de una estrategia editorial, el encargo de guiar y constreñir la lectura.⁵⁸ Si bien es cierto que el estudio histórico de las prácticas de lectura podría comprobar que este intento por conducir la interpretación que el lector hace del texto ha resultado parcialmente fallido, para los fines de este ensayo hemos elegido un elemento que podría parecer insustancial pero que, siguiendo los planteamientos del historiador francés, aparece como revelador: las portadas.

La construcción del sentido que hagan los educandos tiene relación directa con la nueva disposición no sólo de los contenidos sino de la forma como éstos son presentados. Chartier afirma que existe un “doble conjunto de variaciones (variaciones de las disposiciones

⁵⁷ Como sucede en la teoría del color, según nuestro ejemplo el blanco no es propiamente un color sino el resultado de la combinación de todos. De igual manera, siguiendo los planteamientos de Danto, el historiador debe partir del reconocimiento de su incertidumbre sobre el futuro.

⁵⁸ Roger Chartier, *op.cit.*

de los lectores, variaciones de los dispositivos de los textos y de los objetos impresos que los contienen) que debe tener en cuenta cualquier historia cuya cuestión central se refiere a las modalidades contrastadas de la construcción del sentido”.⁵⁹

Tenemos entonces que el libro, finalmente, es producido en varios tiempos. Éstos van de la pluma del autor, pasan por el editor o supervisor de la edición, incluyen el papel del librero (ausente en el caso de los libros de texto gratuitos), hasta llegar a ese “otro autor anónimo” llamado lector. El texto es producido por la imaginación del lector, sus capacidades y expectativas y las prácticas sociales de su tiempo. Es así como el lector dará un sentido particular, individual y socialmente determinado. Este sentido, sin embargo, contiene una paradoja fundamental: es dependiente e inventivo a la vez. “Dependiente puesto que debe someterse a las constricciones impuestas por el texto (y las formas propias del objeto impreso); inventivo puesto que desplaza, reformula, subvierte las intenciones de los que han producido el texto y el libro en el que se apoya este texto”.⁶⁰ Esta tensión no se encuentra ausente del futuro de los actuales o posteriores libros de texto gratuitos.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 52.

⁶⁰ *Ibid.*, p. VI.

Bibliografía

- Bloch, Marc. *¿Qué es la historia?* México, Fondo de Cultura Económica, 1970, 215 p. (Col. Breviarios).
- Braudel, Fernando. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1978, 270 p.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Collingwood, R.G. *Idea de la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (Col. Crítica).
- Cardoso, Ciro et al. *Los métodos de la historia...* México, Grijalbo, 1978 (Col. Crítica).
- Carr, E.H. *¿Qué es la historia?* Madrid, Seix Barral, 1980.
- Danto, Arthur. *Historia y narración*. México, Grijalbo, 1992.
- González y González, Luis. *El oficio de historiar*. México, El Colegio de Michoacán, 1988.
- Huizinga, Johan. *El concepto de la historia y otros ensayos*. Tr. Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Lefevre, Henri. *Combates por la historia*. Madrid, Seix Barral, 1980.
- Marrou, H. I. *El conocimiento histórico*. Barcelona, Ed. Labor, 1968,
- Matute Aguirre, Álvaro. *La teoría de la historia en México*. México, SEP, 1978 (Col. SepSetentas).
- Matute, Aguirre. *Heurística e Historia*. México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, 1999 (Serie Heurística, Aprender a Aprender).
- Ortega y Medina, Juan. "La verdad y las verdades en la historia", en: *El historiador frente a la historia*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.
- Pereyra, Carlos. *Configuraciones e historia*. México, Edicol.
- Varios. *Historia. Cuarto grado*. México, Comisión Nacional de los libros de Texto Gratuito, 1993.
- Varios. *Historia. Quinto grado*. México, Comisión Nacional de los libros de Texto Gratuito, 1993.
- Varios. *Historia. Sexto grado*. México, Comisión Nacional de los libros de Texto Gratuito, 1993.
- Vázquez, Josefina Zoraida. *Historia de la historiografía*. México, SEP, 1973 (Col. Sep-Setentas).
- White, Hayden. *Metahistory. The historical Imagination in Nineteenth Century Europe*. Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press.

¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA? PREGUNTAS Y RESPUESTAS ANTE EL NUEVO SIGLO

*¿Dónde estarán los siglos, dónde el sueño
de espadas que los tártaros soñaron,
dónde los fuertes muros que allanaron,
dónde el Árbol de Adán y el otro Leño?
El presente está solo. La memoria
erige el tiempo. Sucesión y engaño
es la rutina del reloj. El año
no es menos vano que la vana historia.*
Jorge Luis Borges

Introducción

A fin de responder ¿qué es la filosofía de la historia? en el último año de este siglo, este trabajo busca de manera inicial plantearse algunas preguntas y respuestas que se han dado en torno a ella y que pareciera ser se diluyen ante la frontera que establece la teoría histórica. Dada la complejidad de la pregunta es indispensable definir, aunque sea de una manera muy amplia, el concepto a analizar.

La filosofía de la historia es el ejercicio de desarticular primero y reconcentrar después, en cada una de sus partes, los supuestos y la metodología que conforma la manera de estudiar el devenir de la historia. Las posibles maneras de abordar el problema son dos: La especulativa que nos plantea un deber ser del pasado, y que por ello es ahistórica, y otra más fructífera que plantea los problemas como sistemas de ideas para seguir las líneas de conjunción de éstos, mostrando la rearticulación lógica de cada hito problemático, lo cual nos da una proyección en razón de diversos problemas y sistemas. A continuación se esbozan de manera incipiente ambas propuestas:

- A) En el estudio de la explicación histórica suele surgir una dificultad importante derivada de la variedad de formas que dicha explicación puede adoptar. Resulta tentador imaginar la existencia de un modelo único al que todas ellas se ajusten en última instancia; se podrá sugerir que explicar un hecho histórico es, siempre, presentar-

lo como consecuencia, en algún sentido, de otros acontecimientos o condiciones. Sin embargo, en la práctica no está nada claro que las exposiciones de los historiadores, a pesar de su riqueza en mecanismos interpretativos, sigan invariablemente esta pauta. Se nos dice, por ejemplo, que un acontecimiento o circunstancia pertenece a cierto tipo, sea una revolución política o una guerra imperialista, que forma parte de una tendencia general ("La lucha fue una fase de la evolución del nacionalismo") o que es significativo como índice de cambios de repercusiones sociales más amplias ("La influencia de las mujeres en la corte fue un síntoma de la decadencia dinástica"). Todas estas afirmaciones pueden constituir formas válidas de aumentar o aclarar nuestro conocimiento de lo que sucedió, pero no parece que ofrezcan algo análogo a una explicación causal. En realidad, la tarea del historiador se realiza a partir de un conjunto.

- B) Este tipo de consideraciones da impulso a gran parte del moderno análisis filosófico de la historia, uno de cuyos grandes temas es determinar si el pensamiento histórico tiene lógica propia que resista la interpretación en términos epistemológicos, ontológicos, éticos y estéticos y, en caso afirmativo, de qué manera. En general, la polémica ha tendido a centrarse en dos puntos principales. El primero se refiere al carácter lógico de las explicaciones que dan los historiadores de determinados acontecimientos y tendencias. El segundo, a las condiciones epistemológica y ontológicas de las explicaciones históricas del pasado y a la problematización del mismo.

Estudiar la filosofía de la historia hoy en día permite identificar los grandes hitos de la reflexión histórica, para mostrar que ésta es un instrumento esencial para el quehacer del historiador y para quien se forme como tal.

Un poco de historia

Es en el siglo XVIII cuando por primera vez se expresa el concepto de filosofía de la historia como símbolo del Iluminismo, lo cual no significa una ausencia de reflexión desde la antigüedad.⁶¹

Si contemplamos el siglo XIX, por ejemplo, encontramos varios ejercicios que mantienen el supuesto iluminista. La noción de la razón hasta sus últimas consecuencias: el anarquismo, el socialismo utópico, o el comunismo entre otros. Otra respuesta podría ser el poder liberador de la ciencia, en el que cree abiertamente el siglo XIX, vinculado al concepto de progreso. Podríamos encontrar la misma línea en el arte: la utopía estética que se aventura a lo largo del XIX y que incluso perdura a través de las vanguardias artísticas.

Los últimos años del siglo XX se asemejan al fin del XVIII,⁶² porque ambos asisten al aparente derrumbe de las distintas respuestas que se dan en la cultura occidental, los segundos a la caída del *Ancien Régime* y los primeros a la supuesta caída de la razón. Pero se diferencian porque en el siglo XX la responsabilidad de la historia ya no recae en una elite, ésta se ha socializado.

En nuestro siglo concurrimos a un proceso de progresivo debilitamiento de las respuestas generadas desde lo que hemos llamado modernidad. Este debilitamiento se inicia claramente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Hiroshima es el derrumbe de la utopía científica. ¿Qué sucede entonces? Hay una etapa que culmina en los años sesenta y principios de los setenta en que todavía el conocimiento permanece

⁶¹ Ver R.G. Collinwood, *Idea de la historia*; H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*; E. Carr, *¿Qué es la Historia?* y Marc Bloch, *Introducción a la historia*, quienes coinciden con esta idea. Según ellos la tarea esencial del historiador es "volver a pensar" o actualizar en su mente las deliberaciones de los agentes históricos, haciendo así inteligibles los acontecimientos que estudian de una forma que no tiene paralelo en las ciencias físicas. Esto les lleva a afirmar, entre otras cosas, que el término "causa" tiene un significado propio en el contexto de la narrativa histórica que no debe confundirse con los que pueda tener en otros contextos. Así, pues, mostrar la causa de un hecho histórico determinado no es subsumirlo en leyes científicas o generalizaciones empíricas, sino más bien poner de manifiesto su "lado interno", es decir, las ideas y las razones que, una vez descubiertas, hacen ver lo que ocurrió como la respuesta de un ser racional ante una situación que exigía una solución práctica.

⁶² Los ilustrados piensan en una filosofía la historia para denominar a una historia crítica o científica.

enmascarado por un juego ideológico presidido por los dos polos político-económicos e ideológicos. En este sentido, hay que decir claramente que los movimientos que se dan a finales de los sesenta y principios de los setenta todavía están enraizados en el siglo XIX. En cambio, los años ochenta son la súbita revelación de que ha entrado en crisis –tal como se apuntaba en el siglo XIX– la confianza en el progreso: la ciencia no es una fuerza unilateralmente emancipadora como se había previsto, sino que ésta sufre una crisis profunda, léase a través de la tecnología, léase a través de su propia construcción, léase a través de la interdisciplinariedad.

Los años ochenta en realidad no son más que un repliegue hacia la frontera de una cultura que evidentemente nota los símbolos de declive. La diferencia de la situación de hoy en relación con lo que podía ocurrir en los años sesenta y setenta es que a partir de la segunda mitad del siglo XX los acontecimientos políticos y económicos estaban sobredeterminados por una política mundial de bloques, efecto absoluto de la Segunda Guerra Mundial.⁶³ Hacia 1989, esta falsa visión se hunde y sus manifestaciones tienen el carácter de un cambio histórico y epistemológico sustancial. El problema está en que es muy difícil en el momento de un cambio, del cual no sabemos lo que va a surgir, hacer algún tipo de diagnóstico. Las incertidumbres de nuestro propio discurso vienen de ahí. Estamos en un proceso de cambio, en el seno del cual es imposible hacer prognosis o análisis que no sean extraordinariamente tentativos y, en este sentido, 1989 es semejante a lo que ocurrió con las dos guerras mundiales, incluyendo a la Revolución soviética o lo que ocurrió en la Revolución francesa.⁶⁴ Son esos procesos de cambio en los cuales el mundo gira poniendo en duda las cosmovisiones conceptuales. Lo que ocurre es que en este momento es absolutamente imposible mirar hacia dónde se gira. El supuesto epistemológico se ha agotado y, una vez más, los hechos históricos, la realidad cotidiana lo expresan, se adelantan a cualquier teorización del pasado. Muestran, por un lado, la historicidad del conocimiento, y por otro la necesidad perma-

⁶³ Ver Robert Darnton, *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 89

nente de la reflexión sobre el devenir de las sociedades, valor que hace evidente la vigencia de la filosofía de la historia.⁶⁵

El mundo académico de estos años va tanteando las nuevas concepciones teóricas en torno al pasado, incluso los actores que están más en el primer plano.

Responder a la pregunta de ¿qué es la filosofía de la historia desde la visión de un historiador? es, en primer lugar, darle sentido a la validez y vigencia que sigue teniendo el trabajo filosófico en la historia, a pesar de que hoy ya podamos hablar con mucha certeza de la teoría de la historia. La una no evade a la otra, por el contrario, la invade.

La reflexión planteada busca tener la mayor precisión conceptual, y las propuestas que aquí se hacen, por las razones anteriormente mencionadas, son perfectibles y debatibles, pero no surgen de una improvisación sino que son el resultado de las primeras investigaciones⁶⁶ para entender el papel del historiador frente a cuestiones fundamentales de su quehacer y del curso de la historia.

¿La filosofía de la historia es algo que ya sólo pertenece al pasado?, evidentemente no, muestra de ello es que antes de los ochenta ya se estaba relejendo, aunque fuera de una manera aislada, cuestiones que atañen a la forma de hacer historia. Aquí se tratará, sin caer en una historia de la filosofía de la historia, de analizar una historia escrita desde la voluntad de repensar la acción, desde una decidida apuesta por intervenir en los actuales debates que tienen lugar en el seno de la filosofía aplicada.

⁶⁵ La filosofía de la historia en nuestros días puede entenderse como la relación constante que establecen la filosofía y la historia en forma reflexiva, puede ser entendida como el pensamiento de un pensamiento.

⁶⁶ Ver Boris Berenson Gorn, *Filosofía de la historia I, Guía de estudios y Selección de lecturas*, Facultad de Filosofía y Letras, Sistema de Universidad Abierta, UNAM, México, 1996; y "Voltaire. Goces y rumores, apuntes a su filosofía de la historia", en *Espejismos históricos: la otra mirada de la historia (historiografía cultural)*, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1997, p. 233-285. También se pueden revisar Boris Berenson Gorn, y Carlos A. Aguirre Rojas, *De la historia erudita a la historia científica*, Ed. Ciencia y Cultura Latinoamericana, México, 1999 (Col. Bibliotheca Litterarum Humaniorum); y de los mismos autores *Un panorama de la historiografía del siglo XX*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1999.

Más allá de las autocomplacientes proclamas neoliberales relativas al “final de la historia”⁶⁷ o a la “poshistoria”, este trabajo intenta proponer, como ya he dicho, un método para la reflexión de la ética, la estética y la epistemología de lo histórico y de su repercusión en lo político y en lo social.⁶⁸ Se trata de un ejercicio de auténtica memoria de la filosofía de la historia, en el cual se muestra conjuntamente la tradición moderna y la vigencia de algunas de sus preguntas.

Con este ánimo, se realizará un recorrido a través de las líneas maestras del discurso de la filosofía de la historia, desde el mundo antiguo, pasando por las modernas filosofías especulativas y críticas de la historia, hasta los más recientes debates en torno al estatuto de la narración en la historia. Entendiendo que, para abordar un problema así, que actualice la discusión, es necesario un panorama muy amplio. En esta panorámica destaca la atención que merecen, lo mismo, autores como Polibio, San Agustín o Voltaire, o los contemporáneos, Weber, White, Wallerstein o Burke, tradicionalmente no incluidos entre los filósofos de la historia, pero que involuntariamente modificaron términos como la libertad, el desarrollo o la narrativa de lo que fue el contexto semántico característico de cada época, al tiempo que, frente al ideal ilustrado, mostraron la realización de la razón en la historia como un fenómeno preñado de paradojas, de efectos perversos y de consecuencias no de-

⁶⁷ Ver Perry Anderson, *Los fines de la historia*. Pocas veces una idea filosófica tuvo una carrera tan espectacular como la que provocó Francis Fukuyama al publicar en Washington, en julio de 1989, su ensayo *¿El fin de la historia?* En menos de un año, Fukuyama se convirtió en una figura del pensamiento político y su ensayo en la imagen representativa de la época. Difundida por los medios de comunicación en todo el mundo, esa imagen no sólo mereció un amplio debate en los círculos intelectuales, también alcanzó el rechazo casi absoluto de la izquierda, el centro y la derecha. Por una vez, liberales y conservadores, socialdemócratas y comunistas se unieron para rechazar los argumentos de Fukuyama.

Perry Anderson opina que casi todos los detractores de Fukuyama se limitan a esgrimir dos argumentos. Por una parte, denuncian su equivocada interpretación de Hegel y, por otra, ponen en entredicho su hermenéutica de la segunda mitad del siglo XX –peligrosamente falsa para unos, ingenuamente apologética para otros. De este modo, no sólo eluden la profunda originalidad de las tesis de Fukuyama, sino que pasan por alto sus auténticas debilidades. Anderson analiza las diferentes versiones del “fin de la historia” desde Hegel hasta nuestros días, poniendo énfasis en las secuelas que ha dejado en el pensamiento filosófico de los siglos XIX y XX. Anderson reconoce que el gran filtro para este tipo de propuestas es la filosofía de la historia.

⁶⁸ Ver Carlos Pereyra. “Dialéctica objetivista vs. dialéctica subjetivista”, en: *Cuadernos de Filosofía y Letras*, núm. 1, México, UNAM, 1985.

seadas. Con este gesto, pusieron sobre la mesa de discusión la imposibilidad de entender el “devenir histórico” como “proceso” total e interpretarlo según el esquema de la realización de la libertad o la lingüística, la semiótica o el ser de la historia.⁶⁹ De modo que una entera estela de cuestiones relativas a la siempre problemática tensión entre epistemología e historia —entre el “debe” y el “será”— quedan por pensar y marcan la agenda en la que todavía nos hallamos inmersos.

Dicha agenda⁷⁰ se ha ido articulando en torno a este pulsar patente entre historia y filosofía y que pasa, no tanto por proponer alternativas omniabarcadoras acerca del sentido de la historia, cuanto por tejer y repensar reflexiva y críticamente el entramado conceptual en el que se sitúan las categorías de sujeto y de acción. Asumiéndose de este modo el lugar intermedio que ocupa la filosofía de la historia entre la esfera de lo social y la filosofía.

Tal era también el particularísimo lugar que el moderno pensar ilustrado había atribuido a la filosofía de la historia, y no resulta sorprendente que hoy se considere que su reflexión es heredera del pensamiento moderno, aunque esta herencia se prefiera leer desde una perspectiva “posmoderna”.⁷¹

⁶⁹ Ver Pierre Bourdieu “Structuralism and the theory of sociological knowledge”, en: *Social Research*, vol. xxxv, 1968, pp. 681-706.

⁷⁰ Ver, Carlos Barros (ed.) *Historia a Debate* (tres tomos I *Pasado y futuro* II. *Retorno al sujeto* y III. *Otros enfoques*). Hacer un recuento de la obra de cuatro grandes volúmenes sería harto fastidioso e innecesario; pero quiero presentar algunas de las propuestas y preguntas que marcan la *Historia a debate*.

En primer lugar, me parece que hay que hacer notar que es la última suma de una revisión global de la historiografía y la filosofía de la historia del siglo xx, hecha desde la pluralidad epistemológica, ontológica y política en este fin de siglo. *Historia a Debate* nos muestra algunos diagnósticos y opciones historiográficas. En 76 trabajos se evidencia una conciencia común, un cambio en el paradigma de la historia, donde el viejo “paradigma positivista” se revuelve en sus cenizas, como un ave fénix fallida, ante la historia de las mentalidades, la historia cultural, la microhistoria, la historia de las mujeres, en síntesis, el retorno al sujeto ante la imposición de un también fallido postmodernismo, y la ruptura final de la falsa creencia del fin de la historia.

La respuesta inmediata es aceptar que el conocimiento historiográfico está marcado por nuevas fuerzas epistemológicas más enfocadas a la reflexión y consistentemente en mejores condiciones intelectuales para luchar por el destino de nuestra disciplina. El paradigma histórico del siglo xxi depende de un revisionismo edificante y tenaz, así como de un ágil movimiento intelectual en construcción.

⁷¹ Hoy algunos historiadores se plantean poner a discusión las ideas evolutivas en la historia como parte de la filosofía de la historia, lo anterior hace reflexionar a los historiadores sobre las nociones

Con la década de los ochenta se deja atrás la asunción del nihilismo alegre y del fundamentalismo liberal-democrático. Son ideas que se fraguan en los ochenta y que se realizan en la última década de nuestro siglo, pero al realizarse generan una antítesis: el posmodernismo y la llamada deconstrucción.⁷² Con ello se crea una conciencia de que categorías como las de “proceso” o de “progreso histórico” no son más que intentos de escapar a la fragilidad y a la contingencia del obrar humano. De modo que no resultan extrañas aquellas palabras de Hannah Arendt,⁷³ según las cuales, cuando la filosofía moderna ha tratado de pensar la *libertad*, la fragilidad de la acción humana ha corrido a refugiarse en la *necesidad* de la historia. De este modo, de la crisis de la moderna filosofía de la historia nace un renovado intento de pensar la acción y una renovada filosofía de la historia.

Por otro lado, una cierta opinión, muy difundida en algunos círculos historiográficos, considera que la historia es, por encima de todo, el trabajo paciente y sistemático con los documentos y los textos, la consulta interminable de archivos y de rigurosas “fuentes primarias”, y la descripción, más o menos literaria y ordenada, de los resultados de este real trabajo erudito; en contra de esta específica visión de lo que es *ser historiador*, sostengo la idea de que, si bien es evidente que sin erudición no existe historia posible, eso no significa que la historia deba reducirse sólo a esta dimensión.

del paradigma positivista que se replantea argumentos sociobiológicos que unen la estructura de la organización social o ética a mecanismos evolutivos o biológicos planteándose qué tipo de culturas históricas y formas de organización social son producto de determinadas fuerzas evolutivas.

⁷² La teoría “posmoderna” de la historia se caracteriza por cuestionar tres de los principios básicos de la filosofía de la historia: el del realismo cognoscitivo, el de la posibilidad de entender las acciones a partir de la intencionalidad de los actores y el de la posibilidad de observar secuencias cronológicas causales.

⁷³ Ver Hannah Arendt, *La crisis de la cultura y La condición del hombre moderno*. Arendt, alumna de Heidegger decía, a propósito de sus lecciones, que (con muchos otros) había experimentado el pensar como pura actividad. Y en esta idea de un “pensar apasionado” había algo muy desconcertante para oyentes o lectores habituados a las viejas oposiciones entre razón y pasión, entre la mente y la vida. Pero uno descubría ahí, según ella, un pensar “que toma el vuelo como pasión, a partir del simple *factum* de haber-nacido-en-el-mundo... No evoco estas palabras para volver sobre la cuestión, ya tan debatida, de la raíz heideggeriana de su pensamiento. El mundo de Hannah Arendt no es el de Heidegger, no dice las mismas cosas, no toma la palabra de la misma manera y su “pensar apasionado” es definitivamente de otro orden.

El recuento de la producción histórica nos muestra, como uno de los principales consensos de la metodología de la historia del siglo xx, que en los últimos cien años las técnicas del trabajo erudito de los historiadores no han sufrido prácticamente ningún cambio importante, a pesar de que la parte técnica se ha refinado, la interpretación histórica se ha modificado, las nuevas lecturas de fuentes antes no aceptadas, los nuevos modos de encarar la reconstrucción y la explicación históricas, y el conjunto global de las teorías, los paradigmas metodológicos, los conceptos principales y las temáticas abordadas han sufrido destellos que anticipan cambios importantes.

La historia política, por ejemplo, de corte narrativo, prevaleciente en el siglo pasado, se transformó en la historia social y económica que conocemos y que se practica en amplios círculos académicos. En esta renovación participaron, desde luego, los Annales de Bloch, Febvre, Braudel y Duby, pero también contó la influencia de la sociología cuantitativa norteamericana, la de la antropología social y la del neomarxismo alemán y británico. Estas reformas –muy diversas y complejas de acuerdo con cada caso nacional– han sido percibidas generalmente como un paso más dentro del perfeccionamiento y enriquecimiento de la ciencia de la historia, que adquiere carta de legitimidad desde el siglo xix y que hará del historiador griego Tucídides, su emblema, en oposición a Herodoto, más “literario”, menos “riguroso” y por lo tanto “menos confiable”. Sin embargo, como toda reforma, ésta incubó también nuevos problemas, nuevas preguntas, que han llegado a afectar la idea misma de la historia como ciencia, así como a las instituciones donde se enseña. Este aspecto problemático es necesario enfrentarlo.⁷⁴

Las filosofías de la historia

Tratar de definir el concepto de filosofía de la historia es complejo porque no existe una sino varias. Los historiadores críticos han utilizado a la filosofía de la historia para designar los intentos de dar una interpretación total del proceso histórico.

⁷⁴ Ver George G. Iggers, *Historiography in The 20th Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Wesley University Press, Hanover N. H. y London, 1997, 182 pp.

Las filosofías de la historia se han planteado siempre problemas tales como: ¿Cuál es el sentido, significado y significativo o finalidad de la historia?, o bien ¿cuáles son las leyes fundamentales que rigen el cambio y los desarrollos históricos? Baste con citar los trabajos de Vico, Herder, Hegel, Comte, Marx, Dilthey, Croce o Popper, quienes comparten la idea de que la historia presenta dudas que escapan a la atención de los historiadores quienes reconstruyen acontecimientos sin interpretar el pasado, y cuyas obras, limitadas en gran parte a la investigación de áreas o sectores del pasado, no satisfacen la exigencia de una concepción intelectual o epistemológicamente aceptable del curso de la historia.

Dichos autores y muchos otros más ofrecen explicaciones del pasado humano que muestran su concordancia con ciertos principios de validez universal, intentando satisfacer esta exigencia y recurrentemente han mostrado que sus interpretaciones podían hacer predicciones o pronósticos con relación a la futura evolución de la historia. Tales afirmaciones oscilan desde propuestas empíricas hasta nociones religiosas o metafísicas.⁷⁵

En una lectura dogmática de Marx, por ejemplo, la historia sigue siendo previsible en dirección a una meta determinada; Toynbee presenta la historia con determinados ciclos de cambio periódicos y frecuentes, y otros muchos autores han considerado que de alguna manera la historia combina ambos aspectos. Sin embargo *todos coinciden en el supuesto de que el proceso histórico sea algo más que una acumulación de hechos que se suceden en el tiempo y sin sentido*. Y que, por tanto, en la historia existen o una estructura, o tema, subyacente que se ha de descubrir y en función de la cual se puede percibir el sentido último de esta sucesión aparentemente arbitraria o bien hacerla comprensible. Es decir, que a partir de estos planteamientos se puede hacer un seguimiento de las tendencias y paradigmas que han tenido los filósofos de la historia a lo largo del tiempo.

Es en el siglo XIX cuando estas teorías se encontraban en su momento culminante y los filósofos de la historia profundizaron en una reflexión de una manera más sistemática. En el siglo XX han sido pretexto de

⁷⁵ Ver Gunnar Andersson, "Introducción, presupuestos, problemas y progreso", p. 13, en: *Estructura y desarrollo de la ciencia*.

una serie de críticas indiscriminadas, lógicas y metodológicas cuyos efectos acumulativos han resultado fragmentarios y limitados por la falta de una comprensión conceptual.⁷⁶ Hay que distinguir esta clase de propuestas de investigación con las primeras relecturas y transferencias epistemológicas que se denominaron filosofía de la historia crítica. Su aparición coincide con el declinar de su contrapartida teórica (la década de los cuarenta).

Es a partir de la segunda mitad del siglo xx que los historiadores entienden que su objeto de estudio no es sólo el curso de los acontecimientos históricos, sino el *ser de la historia* concebida como una disciplina específica del saber. Así, esta manera de comprender la filosofía de la historia se ocupa de temas tales como los fines de la investigación histórica, las formas en que los historiadores describen y clasifican sus datos, los procedimientos por los cuales formulan y fundamentan sus explicaciones e hipótesis, los supuestos y principios que sustentan sus procedimientos y las relaciones entre la historia y otros tipos de investigación. Las problemáticas de que trata nacen de la reflexión sobre el pensamiento y los razonamientos históricos, y son de carácter primordialmente epistemológico o ideológico.

La historiografía suele explicar el proceso del conocimiento histórico, jaloneado por rupturas en la forma de escribir y concebir la historia. Han sido particularmente importantes: el cambio traumático de la historia metafísica, sagrada o literaria a la historia positivista en el siglo xix, y la revolución historiográfica del siglo xx, protagonizada por el historicismo, el materialismo histórico, contra el concepto positivista de la historia.⁷⁷

A finales de siglo se puede asistir a la generalizada pesadumbre posmoderna, cuyo modo de concebir la filosofía de la historia, a través de las revoluciones disciplinarias, resulta deudor principalmente de la concepción objetivista de la historia.

⁷⁶ Peter Burke señala en su libro *Historia y teoría social* que esta etapa se caracterizó por ser un diálogo de sordos entre los teóricos y los prácticos de la historia. La historia se define mejor como un estudio de las sociedades humanas en plural, destacando las diferencias entre ellas y también los cambios que han tenido lugar en cada una de las mismas. Los cambios se estructuran y por eso las estructuras cambian.

⁷⁷ Es importante mencionar los aportes que han tenido los autores de la Escuela de los Annales a pesar de que éstos se plantean como teóricos estructurados y no como filósofos de la historia.

La manera de escribir e interpretar la historia, generalizada a partir de la Segunda Guerra Mundial, exponía un entendimiento científico de la materia y desembocó en una historia económico-social, en una historia estructural y en una historia objetivista, sustentadas en el proyecto filosófico del progreso (estudiar el pasado para entender el presente y construir un mejor futuro). Este proyecto de historia ha sido duramente cuestionado a lo largo de las décadas pasadas, baste con señalar los movimientos de 1968⁷⁸ en el mundo y, más recientemente, 1989,⁷⁹ los cuales tuvieron un importante rejuego epistemológico en las humanidades y las disciplinas sociales.

Paralelamente, la comunidad de historiadores empezó a formular, al tiempo que desarrollaba la crítica a los modelos existentes, nuevos consensos sobre cómo ejercer la profesión. Aparentemente, el papel decreciente de los historiadores, y de la historia misma, en la sociedad ha planteado, a veces no de manera consciente, una renovación de temas y métodos —es en esta época cuando aparecen los grandes panoramas de la historia y las guías documentales—, y la historia misma nos muestra cómo estas reflexiones se transformaban por una necesidad de respuesta.

Este delineado sobre la filosofía de la historia que se hace y sobre la filosofía de la historia que se podría hacer, intuye que la práctica científica en general, y la de los historiadores en particular, tiene que adecuarse y responder a las condiciones de este acelerado fin de siglo, así como a las nuevas necesidades sociales y culturales; respuesta y adecuación que pasa por reformular las nociones de progreso, subjetividad y objetividad, considerando errores y fracasos.

⁷⁸ Es interesante ver cómo la realidad mostró de una manera contundente la inoperancia de las propuestas teóricas, esto se puede observar claramente en las propuestas intelectuales del Mayo francés de ese año, pero también en casi todos los países en donde hubo movimientos estudiantiles.

⁷⁹ Con la caída del Muro de Berlín se replantearon las formas de hacer la historia a partir de la evidencia del fin de la Guerra Fría.

Problemas en la filosofía de la historia

A continuación presento una aproximación a cinco grupos de problemas que han girado en torno a la filosofía de la historia y que siguen siendo la conciencia de ella que construirá, a mi juicio, los cimientos del nuevo paradigma histórico del próximo siglo:

1. Problemas de los mecanismos históricos. A) ¿Cuáles son los mecanismos de la historia (leyes, factores, motores, tendencias, fuerzas en movimiento)? B) ¿Existe la esencia interior del fenómeno histórico? C) ¿Cuáles son las razones del devenir histórico (evolución, progreso, regresión, cambio o ninguno)?
2. Problemas en la estructura de la historia. A) ¿Cuál es la conexión entre los mecanismos históricos y la estructura de la historia? (temporal y atemporal) B) ¿Cuál es la estructura temporal de la historia humana? C) ¿Cómo se estructura temporalmente el devenir humano? (épocas, estadios, formaciones, niveles; axis, centros y bifurcaciones) D) ¿Qué puede ser “el fin de la historia” y cuál es su significado? E) ¿En qué consiste la estructura atemporal de la historia humana? (geográfica, nacional, cultural, religiosa, política, social, económica, tecnológica) F) ¿Cuáles son los principales elementos de la estructura atemporal de la historia? (continentes, civilizaciones o sociedades, naciones o Estado-naciones, cultura, mundos, tipos socioculturales).
3. Problemas en el significado de la historia. A) ¿Cuál es la dirección general de la realización de los mecanismos históricos? B) ¿Cuál es el principio para la estructura temporal de la historia? (secuencia, círculo, espiral, evolución, progreso, regresión, crecimiento, desarrollo) C) ¿Cuál el principio para la estructura atemporal de la historia? D) ¿Existe el sentido de la historia? Si la respuesta es no, ¿cómo deberían de ser las relaciones de un individuo o comunidad respecto de los hechos históricos, cambios y procesos?; si la respuesta es sí ¿existe un sentido de la historia o hay muchos sentidos de la historia? E) ¿Cómo pueden ser revelados, creados o formulados el sentido o sentidos de la historia? ¿Pueden éstos cambiar? ¿Cuál es la dirección general de estos cambios?

4. Problemas de la autodeterminación en la historia. A) ¿Cómo puede cualquier sujeto (individuo o comunidad) revelar su lugar, rol, estatus, o posición en el contexto de la historia humana? En otras palabras ¿cómo puede cualquier sujeto determinar o identificar su pasado, su presente y su futuro? B) ¿Existen faltas históricas, méritos históricos o misiones históricas?, ¿podría ser alguien moralmente responsable de las faltas o los méritos de sus ancestros, o debería seguir realizando la misiones de éstos?
5. Problemas pragmáticos. A) ¿Es posible para cualquier sujeto determinar, revelar, o establecer sus valores (ideales, necesidades, preferencias, actitudes, principios, normas) sobre la base del conocimiento científico y la comprensión filosófica de la historia? Si la respuesta es no, ¿cómo puede ser usado el conocimiento científico y la comprensión filosófica de la historia en el devenir humano?; si la respuesta es sí ¿cuáles son los principales temas éticos para la solución de los problemas antes señalados?

Las propuestas de análisis sobre la filosofía de la historia han dado grandes aportes al quehacer histórico. De ellas las principales que podemos mencionar son:

- a) De orden formal. La descripción de paradigmas de épocas pasadas (Antigüedad, Edad Media, Renacimiento entre otras), o de acuerdo a un principio transcultural (paradigmas de Occidente, Medio Oriente, chinos, rusos, entre otros muchos). El orden formal es adecuado para específicas investigaciones monográficas y proyectos educativos, pero no para el análisis filosófico.
- b) Tradiciones religiosas e ideológicas
- c) Tradiciones filosóficas

Si bien existe una riqueza de interpretaciones que hay que incorporar en futuras investigaciones, habría que aceptar que éstas han dado visiones fragmentarias que *no* son concepciones históricas. Aquí se ha buscado la descomposición de un todo que se ha guiado, frecuentemente, por la secuencia histórica para tratar de, a partir de la problematización sistemática, dar intentos de agrupación frente a la individualización, propuesta que a la luz de un análisis puntual y cuidadoso nos permita ver

un proceso de conexión permanente, es decir, que podamos ver las líneas claves, las tendencias y las problemáticas de las principales propuestas que, aunque no se llamen filosofía de la historia, son el proceso de la construcción de la misma.

Por lo tanto, aquí se pretende encontrar una posibilidad, entre muchas, para que no perdamos de vista que la filosofía de la historia es en sí misma una construcción histórica y, por tanto, proponemos una revisión paradigmática.

La situación mundial generada a partir de 1989, que muchos calificaron con los nombres de “fin de las ideologías” o de la “caída de los paradigmas”, genera una incertidumbre conceptual aparente. Es por tal motivo que este ensayo se plantea como una posible vía de recuperar la discusión y análisis en torno de los problemas de la filosofía de la historia, la revisión paradigmática, para encontrar los trazos, tendencias y ritmos que han existido y existen, y poder vislumbrar cuáles paradigmas son los más promisorios para ulteriores investigaciones, síntesis y discusiones sobre la filosofía de la historia y saber si es factible la reconstrucción o replanteamiento de antiguos paradigmas, que se incorporen en el nuevo paradigma del siglo XXI. Yo creo que esta situación es inevitable y puede ser en extremo fructífera.

Preguntas y respuestas ante el nuevo paradigma histórico en el siglo XXI

Evidentemente, este trabajo no trata de llegar a conclusiones definitivas, contradicción esencial de la filosofía de la historia; por el contrario, busca ser un semillero de preguntas y respuestas que permita la discusión a la vida académica transdisciplinaria sobre el devenir del pensar sobre la historia. Es evidente que el paradigma actual, fundamentado en la objetividad, está en crisis, a pesar de los muchos intentos por desterrarlo, lo cual nos obliga a un llamado fundamental: un paradigma no desaparece hasta que no existe otro.

Los últimos años de este siglo muestran cómo es urgente preguntarse y responder sobre el futuro del quehacer de los historiadores para salir de un dramático eclecticismo incoloro que ha llevado o bien a respuestas pragmáticas que no tocan fondo o a propuestas metodo-

lógicas, sobre todo en las últimas tres décadas, que se volvieron “modas” de hacer historia más que formulaciones teóricas para entender el pasado. Por el contrario, habría que retomar algunos importantes planteamientos de trabajos revisionistas que sí han sido teóricos, reflexivos, propositivos, metodológicos y profundos. Por todo ello, a continuación abro un espectro que, pienso, puede ser de gran utilidad para replantearnos inclusive la noción misma del devenir, con lo cual no podemos dar conclusiones, sino iniciar uno de tantos debates posibles para la discusión.

Los paradigmas que han existido se pueden agrupar de la siguiente manera:

- A) paradigmas externalistas (la historia tiene razones sobrehumanas las cuales no es posible investigar racionalmente: San Agustín, Santo Tomás).
- B) paradigmas internalistas (la historia tiene razones dentro de este mundo empírico y, por tanto, es posible investigarlas racionalmente). Dentro de éstos están:
 - 1) predominantemente idealistas (sólo las esencias ideales y las razones tienen efecto sobre la historia: Platón, Hegel, Croce).
 - 2) predominantemente racionalistas (sólo la materia, las esencias empíricamente sensuales y las razones tienen efecto sobre la historia: Kant, Hobbes, Locke y algunos autores de la sociobiología contemporánea).
 - 3) combinación de paradigmas. Esta rama se subdivide en dos:
 - a) integración de paradigmas (aspectos biológicos, antropológicos, nacionales, emergen indisolubles de los aspectos ideales, psicológicos y sociales: Dilthey, Bergson, Spengler, T. de Chardain, Bloch y Fevbre).
 - b) separación de paradigmas (todos estos aspectos pueden ser separados mediante la abstracción racional y según las diferentes ramas se da énfasis a unos u otros aspectos). Dentro de éstos se pueden encontrar cuatro diferentes grupos:
 - 1) Paradigmas naturalistas (la naturaleza como un todo) entre los que encontramos los geocéntricos (aquellos que se plantean la relación entre los factores geográficos y físicos de la tierra y la historia: Montesquieu, Herder y Braudel).

- ii) Paradigmas que se plantean la interacción de algún aspecto de la naturaleza humana y la historia (mente humana, el sujeto como hecho extraordinario, la psique humana, y la la identidad étnica): Bacon, Locke, Turgot, Condorcet, Carleile, Freud, Young, M. de Certeau, Herder, Gobino, Danilevski.
- iii) Paradigmas donde las estructuras sociales, las instituciones y los procesos marcan el devenir (relaciones de poder, estructuras y procesos, relaciones económicas, psicología de masas): Vico y la Escuela de Frankfurt, Baudin, Marx, Walternstein y L. Ledurie, Tarde, Durkheim, Fromm y P. Gay.
- iv) Paradigmas basados en patrones culturales, significados y valores (tecnología, el conocimiento, la mentalidad de la sociedad, la lingüística, religiones, valores, formas de ver el mundo): McLuhan, Kant, Comte, Ortega, Le Golf, Duby, Darnton, Burke, Foucault, H. White, Windelband, Rickert, Weber, Toynbee.

Asimismo, es posible distinguir un resabio de paradigmas amorfos, eclécticos, sintéticos y sistémicos que conectan, combinan y usan las ideas de estos tipos señalados.

Para la discusión

- Los problemas de la historia de la filosofía de la historia atienden principalmente a la estructura (clasificación o tipología) de concepción de la filosofía de la historia y de su teoría, ¿qué ideas o concepciones del pasado o del presente son más viables para resolver los problemas del ser de la historia?, ¿cómo se dan las relaciones (diferencias y conexiones) entre los planteamientos científicos y filosóficos, y la historia humana; las relaciones entre la filosofía de la historia y otras ramas de la filosofía (filosofía social, antropología, filosofía de la cultura, de la religión, de la tecnología, axiología); y los planteamientos cognoscitivos vinculados con la resolución de los problemas de la filosofía de la historia (rationales, intuitivos, fenomenológicos, existenciales, hermenéuticos, analíticos, éticos, espirituales u otros?

- Las propuestas de la teoría de la historia plantean la existencia de ésta como una ciencia social teórica y cuáles pueden ser las conexiones entre filosofía de la historia y el conocimiento empírico histórico o la historiografía, así como el carácter específico de los datos históricos, conceptos, hipótesis, teorías y modelos, entre otros; las relaciones (diferencias y conexiones) entre la teoría de la historia y las ciencias sociales, las diferentes ramas del quehacer histórico y las humanidades y la metodología de la teoría de la historia.
- El ser de la historia. Encontrar la naturaleza real (estatus ontológico) y el carácter específico de los fenómenos históricos, así como la naturaleza de los mecanismos históricos y de los elementos de la estructura temporal y atemporal del pasado; el estatus ontológico y el verdadero sentido del “sentido de la historia y la relación entre los aspectos objetivos y los aspectos subjetivos”.
- Los valores y su jerarquía. Aquí encontramos los roles y los estatus de valor en la filosofía de la historia y la teoría de la historia (normativos, éticos, morales, ontológicos), así como los fenómenos que son esencialmente significativos, desde el punto de vista del conocimiento ético, para la historia; las premisas de valor que moldean la investigación científica y filosófica en la historia; los aspectos de valor implícitos en los mecanismos históricos y en la estructura temporal y atemporal de la historia; la relación entre valor y sentido o sentidos de la historia; los valores que se juegan en la autodeterminación de un individuo o una comunidad, y los valores que se ocupan de los problemas éticos y prácticos para la comprensión y conocimiento del tiempo y del espacio.
- Problemas del saber. El sentido de la enseñanza de la filosofía de la historia en la educación media superior y superior, en el primer caso busca crear en los alumnos la reflexión y en los segundos es el tránsito entre el estudiante y el historiador; los objetivos educativos para la enseñanza de la filosofía de la historia, busca los elementos y aspectos de la filosofía de la historia adecuados para enseñar en los diferentes niveles educativos; el contenido y la estructura de los cursos de filosofía de la historia encontrando los planteamientos educativos y métodos que permiten la enseñanza de la filosofía de la historia.

Bibliografía

- Althusser, Louis, *et al.*, *La crisis del marxismo*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979, 91 p. (Bibl. Francisco Javier Clavijero, Col. Filosófica, Serie Mayor, 10).
- . *La filosofía como arma de la revolución*. Tr. Óscar del Barco y Enrique Román. Córdoba, Argentina, Pasado y Presente, 1972, 102 p. (Cuadernos de Pasado y Presente).
- . *La revolución teórica de Marx*. Tr. e intr. Marta Harnecker. México, Siglo XXI, 1967, 206 p. (Teoría y crítica).
- . *Lenin y la filosofía*. Tr. Felipe Saravia. México, Era, 1970, 81 p. (Serie Popular Era. 7), y Étienne Balibar, *Para leer "El capital"*. Tr. Martha Harnecker. México, Siglo XXI, 1969, 335 p. (Teoría y crítica).
- . *Para una crítica de la práctica teórica: respuesta a John Lewis*. Tr. Santiago Fuentes. México, Siglo XXI, 1974, 103 p.
- . *Por Marx*. La Habana, Edición Revolucionaria, 1966, 246 p.
- . *Sobre el trabajo teórico: dificultades y recursos*. Barcelona, Anagrama, 1970, 59 p. (Cuadernos Anagrama, Serie Filosofía, 6).
- Aron, Raymond. *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica completado con textos recientes*. Tr. Alfredo Llanos y Olga M. Menga. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1984, t.I y II.
- . *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*. Tr. Sergio René Madero, prologado por Soledad Loaeza. México, FCE, 1996, 435 p.
- Auge, Marc. *Símbolo, función e historia, Interrogantes de la antropología*. Tr. Bertha Ruiz de la Concha. México, Grijalbo, 1987 (Col. Enlace).
- Ayer, A. J. *El concepto de persona*. Tr. Rafael Albu. Barcelona, Seix Barral, 1966 (Col. Biblioteca Breve. Ciencias Humanas).
- Bajtin, Mijaíl. *Estética de la creación verbal*. Tr. Tatiana Bubnova. México, Siglo XXI, 1982 (Col. Lingüística y Teoría Literaria).
- Barnes, *Harry, A History of Historical Writing*. Nueva York, Dover Publications, 1963, 450 p.
- Barnett, S. A. *et al.* *Un siglo después de Darwin*. Tr. Faustino Córdón, 2vv., 4a. ed. Madrid, Alianza Editorial, 1979 (Col. Ciencia y Técnica, 24 y 25).
- Barroso Acosta, P. *et al.* (comps.) *El pensamiento histórico: ayer y hoy*, 2 v. México, UNAM, 1995 (Col. Lecturas Universitarias, 36-38).
- Barzun, Jaques. *Clio and the Doctors. Psicho History, Quanto History & History*. Chicago, University of Chicago Press, 1974.
- Berlin, Isaiah. "El concepto de historia científica", en: *Conceptos y categorías. Ensayos filosóficos*, tr. Francisco González Aramburo. México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 179-236 (Sección Obras de Filosofía).
- . *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. Tr. Hero Rodríguez Toro. México, Fondo de Cultura Económica, 1983 (Col. Sección de Obras de Historia).
- . *Libertad y necesidad en la historia*. Tr. Julio Bayón. Madrid, Revista de Occidente, 1974 (Col. Biblioteca de Ciencias Históricas. Serie Teoría y Métodos).
- Bertalanffy, Ludwig von. *General system theory; foundations development applications*. London, Penguin Books, 1973.
- . *Problems of life. An evolution of modern biological thought*. Nueva York, Willey, London Watts, 1952.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. Tr. de Pablo González Casanova *et al.* México, Fondo de Cultura Económica, 1984. (Breviarios, 64).

- Boas, Franz. *Curso de antropología general* (conferencias 1 a 8), s/t. México, Universidad Nacional de México, Escuela de Altos Estudios, 1911.
- Boudon, Raymond y Paul LAZARSFELD. *Metodología de las ciencias sociales*. 3v., tr. Jaume Melendres y Josep Colomé. Barcelona, Editorial Laia, 1973.
- Bourdieu, Pierre. "Structuralism and the theory of sociological knowledge", en: *Social Research*, vol. XXXV, 1968, p. 681-706.
- Braudel, F. *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. Madrid, Tecnos, 1973 (Serie de historia).
- . *La historia y las ciencias sociales* Tr. Josefina Gómez Mendoza, 7ed. Madrid, Alianza Editorial, 1984 (Col. Libro de Bolsillo. Sección Humanidades 139).
- . *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Tr. Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón, 1a. reimpresión. México, Fondo de Cultura Económica, 1981 (Col. Sección Obras de Historia).
- . *Civilización material, economía y capitalismo. siglos XV-XVIII*. 3 vols. Vers. española Isabel Pérez-Villanueva Tovar. Madrid, Alianza, 1984.
- Bromberger, Silvain. "An approach to explanation", en: *Analytical philosophy*, Butler R. J. ed. Gran Bretaña, Basil Blackwell, p. 72-105.
- Buber, Martin. *¿Qué es la Historia?* Tr. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1949 (Col. Breviarios, 10).
- Buckle, Henry Th. "History and the operation of universal laws", en: *Theories of History*, Patrick Gardiner (ed.), p. 106-123.
- Bunge, Mario. *Causalidad*. Tr. Hernán Rodríguez. Buenos Aires, Eudeba, 1972.
- . *La investigación científica*. Tr. Manuel Sacristán, 3ed., Madrid, Ariel, 1973.
- Burckhardt, Jacob. *Reflexiones sobre historia universal*. Tr. Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Burke, Peter. *La cultura popular en la europa moderna*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- . *Sociología e historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- . *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona, Gedisa, 1993.
- . *The Italian Renaissance. Culture and society in Italy*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1986.
- . *The Renaissance*. London, Macmillan, 1990.
- Cardoso, C. y Pérez Brignolli. *Los métodos de la Historia*. México, Grijalbo. 1979, 439 p. (Teoría y praxis, 35).
- Cardoso, C. et al. *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México, SEP, 1976 (SepSetentas. 180).
- Cardoso, C. et al. , *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*. México, SEP. 1976. 187 p. (SepSetentas. 178).
- Carr, Edward. *¿Qué es la Historia?* Tr. Joaquín Romero Maura. Barcelona México, Origen/Planeta, 1985 (Col. Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo, 15).
- Castoriadis, C. *L'institution imaginaire de la société*. París, Le Seuil, 1975.
- Cerroni, Umberto. *Introducción a la ciencia de la sociedad*. Barcelona, Crítica, 1978, 338 p. (Serie general, 26).
- Certeau, M. *La fábula mística*. México, Universidad Iberoamericana, 1994.
- Charbonnier, George. *Arte. lenguaje y etnología, entrevistas a Claude Lévi Strauss*. Tr. Francisco González Aramburu, 3ed. México, Siglo XXI, 1971 (Colección Mínima, 14).
- Childe, G. *Teoría de la historia*. Buenos Aires, La Pleyade, 1981.
- Chomsky, Noam. *Estructuras sintácticas*. Tr. de Carlos Peregrín Otero. México, Siglo XXI, 1974.

- Collingwood, R. G. *Idea de la Historia*, trad. Edmundo O'Gorman y José Hernández Campos, 3a. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1968 (Col. Sección Obras de Filosofía).
- Corcuera de Mancera, Sonia. *Voces y silencios en la historia. Siglo XIX y XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Couzens Hoy, David (Comp.), *Foucault*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Croce, Benedetto. *La historia como bazaar de la libertad*, trad. de Enrique Díez Canedo, 2a. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1960 (Col. Popular, 18).
- . *Teoría e historia de la historiografía*, trad. Eduardo J. Prieto, Editorial Escuela, Buenos Aires, 1965.
- Curtis, Jr. L.P. (ed.) *El taller del historiador*, trad. Juan José Utrillo, Fondo de Cultura Económica, México, 1986 (Col. Sección Obras de Historia).
- Darnton, Robert. *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*, W. W. Norton, New York, 1990.
- . *The Great Cat massacre and Other Episodes in French Cultural History*.
- Demerath, N y Peterson N. (eds.) *System, change and conflict*, The Macmillan Co., New York, 1967.
- Devereux, George. *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, trad. Félix Blanco, Siglo XXI, México, 1977 (Teoría).
- Dilthey, Wilhelm. *Crítica de la razón histórica*, Hans-Ulrich Lessing (ed.), Ediciones Península, Barcelona, 1986 (Col. Historia, Ciencia, Sociedad, 200).
- . *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, trad. Julián Marías, Revista de Occidente, Madrid, 1956.
- Dosse, Francois, *La historia en migajas. de "Annales" a la "nueva historia"*. Institución Valenciana d'Estudis i Investigación, 1988. 284 pp.
- Dray, William H. "Explaining what in History" en *Theories of History*, Gardiner (ed.), pp. 403-408.
- . *Filosofía de la Historia*, trad. Molly K. Brown, México, Uteha, 1965.
- Droysen, J. G. *Histórica*, Alfa, Buenos Aires, 1980 (Col. Estudios Alemanes).
- Duby, Georges, *La historia continúa*, trad. de Pilar Alvaro, Madrid, Editorial. Debate, 1992.
- Ducrot, Oswald y Todorov Tzvetan, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, trad. Enrique Pezzoni, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina, 1974.
- Durkheim, Emile. *Régles de la méthode sociologique*, 11a. ed., PUF, París, 1950.
- Eliade, Mircea. "Fragmentos de un diario", presentación y trad. Juan Carvajal en *Sábado* suplemento del *Uno más Uno*, núm. 489, 14 de febrero de 1987, México, pp.1-4.
- . *Mito y realidad*, 2a. ed., trad. Luis Gil, Guadarrama, Madrid, 1973 (Col. Punto Omega, 25).
- Engels, F. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, t. II, pp. 377-425.
- Febvre, Lucien, *Combates por la historia*. Barcelona. Ariel. 1970. 247 pp. (Ariel Quincenal. 35).
- Erasmus. la contrarreforma y el espíritu moderno*. Tr. Carlos Piera. Barcelona. Martínez Roca, 1970. 158 pp. (Novocurso, 17).
- . *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*, México, UTHA, 1955. 1961. XXIV, 377 pp. (La evolución de la humanidad, 4).
- . *Martín Lutero, un destino*. Tr. Tomás Segovia. México, FCE 1956. 282 pp. (Breviarios, 113).
- Ferrater Mora, J. *Cuatro visiones de la historia universal*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1971.
- Fontana, Josep, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, crítica, 1982. 341 pp. (Estudios y ensayos, 88).
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets. Editor, 1973. (Cuadernos Marginales, 36)
- . *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI. 1981

- . *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI.
- . *Microfísica del poder*. Madrid. Ediciones de la Piqueta, 1978.
- . *Nietzsche, Freud, Marx*. Barcelona, Anagrama, 1965.
- . *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI. 1988
- . *Historia de la sexualidad*. 3 V. México, Siglo XXI. 1984
- Gardiner, Patrick. *La naturaleza de la explicación histórica*. Tr. José Luis González. México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1961 (Col. Filosofía Contemporánea).
- Gay, Peter. *La edad de las luces*. México, Ediciones Culturales Internacionales, 1985, 192 p.
- . *The Enlightenment, an interpretation: the rise of modern paganism*. Nueva York, Knopf, 1966, 555 p.
- . *La experiencia burguesa de Victoria a Freud*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- . *Freud: Una vida de nuestro tiempo*. México, Paidós, 1989, 917p.
- . *Freud: Jews and other Germans: masters and victims in modernist culture*. Nueva York, Oxford University, 1978, 289 p.
- . *Style in history*. Nueva York, W. W. Norton, 1974, 241 p.
- . *Tiernas Pasiones*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 448 p.
- Gonzalez, J. "Temporalidad y libertad", en: *El malestar de la moral*. México, Joaquín Mortiz, 1986.
- Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. La Habana. Edición Revolucionaria, 1955. 258 p.
- . *Cuadernos de la cárcel, I*. Tr. Ana Ma. Palos. México, ERA, 1981 (Col. El Hombre y su Tiempo).
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. 2V. Madrid, Tecnos, 1967.
- . *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid. Taurus, 1989.
- . *La reconstrucción del materialismo histórico*. Tr. Jaime Nicolás Muñiz y Ramón García Cotarelo. Madrid, Taurus, 1981 (Col. Ensayistas, 190).
- Hegel, G. W. *Filosofía de la Historia*. Tr. de T. Brunstad, Barcelona, Taurus, 1970 (Col. Podium. Obras Significativas).
- Heller, Agnes. *Teoría de la Historia*. Tr. Javier Honorato. México, Fontamara, 1986, 180 p.
- Hempel, Carl G. *Aspects of scientific explanation and other essays in the Philosophy of science*. Nueva York, The Free Press, 1965.
- . *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*. Tr. M. Frassinetti de Gallo et al. Buenos Aires, Paidós, 1979 (Biblioteca de Filosofía. Serie Mayor, 13).
- Herodoto. *Historias*. Intro., versión y notas Arturo Ramírez Trejo, 3 vols. México, UNAM, 1984 (Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- Hexter, J. H. "La retórica de la historia", en: *Enciclopedia Internacional de las ciencias sociales*, de la ed. en inglés 1968. Madrid, Aguilar, 1979.
- Hodges, H. A. *Wilhelm Dilthey. An introduction*. London, Roltledge and Reagan, 1969.
- Huizinga, Johan. *El concepto de la historia y otros ensayos*. Tr. de Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Jaeger, W. *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Tr. Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Kant, I. *Crítica del juicio*. Tr. José Rovira Armengol. Buenos Aires, Losada, 1961 (Biblioteca Filosófica).
- . *Filosofía de la historia*. Pról. y trad. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (Colección Popúlar, 147).
- Kaufmann, Félix. *Metodología de las ciencias sociales*. Tr. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1946 (Col. Sección Obras de Sociología).

- Kosik, Karel. *Dialéctica de lo concreto (Estudios sobre los problemas del hombre y del mundo)*. Tr. y pról. Adolfo Sánchez Vázquez. México, Editorial Grijalbo, 1967.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista*. México, Siglo XXI, 1987.
- Le Goff, Jacques (ed.). *La nueva historia. Diccionarios del saber moderno*. Madrid, Ediciones Mensajero, 1994.
- Le Goff, Jacques et al. *Hacer la Historia*. 3 v. Barcelona, Laisa, 1979.
- Lefebvre, Henry. *Estructuralismo y marxismo*. México, Grijalbo. 1970 (Colección 70, núm. 88).
- Leff, Gordon. *History and Social Theory*. Nueva York, Doubleday, 1971.
- Lévi-Strauss, Claude. *El pensamiento salvaje*. Tr. Francisco González Aramburo. México, FCE, 1964, 413 p. (Breviarios, 173).
- . *El Totemismo en la actualidad*. Tr. Francisco González Aramburo. México, FCE, 1965, 157 p. (Breviarios, 185).
- . *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires, Paidós, 1969.
- . *Mitológicas*. 4 v. Tr. Juan Almela. México, FCE y Siglo XXI, 1970-1976.
- . *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Tr. J. Almela, 4ed. México, Siglo XXI, 1984.
- Löwith, Karl. "Vico", en: *El sentido de la historia*. Madrid, Aguilar, 1956 (Cultura e historia).
- Marrou, H. *El conocimiento histórico*. Barcelona, Labor, 1968.
- Matute Aguirre, Álvaro. *Heurística e historia*. México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, 1999.
- Ortega y Gasset, J. *El tema de nuestro tiempo. El ocaso de las revoluciones, el sentido histórico de la teoría de Einstein, ni vitalismo ni racionalismo*. 15ed. Madrid, Revista de Occidente, 1963.
- . *Historia como sistema*. Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- . "La filosofía de la historia de Hegel y la historiología", en: *Kant, Hegel, Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente, 1973.
- Ortega y Medina, J. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, UNAM, 1960.
- O'Gorman, E. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1943.
- Palazon, M.R. *Filosofía de la historia*. México, UNAM, 1990.
- Pereyra, C. "Dialéctica objetivista vs. dialéctica subjetivista", en: *Cuadernos de Filosofía y Letras*, núm. 1. México, UNAM, 1985.
- Poster, Mark. *Foucault, el marxismo y la historia*. Buenos Aires, Paidós Studio, 1987.
- Rama, C. *Teoría de la historia*. Madrid, Tecnos, 1974.
- Sánchez Vázquez, A. "Estructuralismo e historia", en: *Estructuralismo y marxismo*. México, Grijalbo, 1970.
- Sartre, J. P. *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires, Losada, 1963.
- Suárez, L. *Las grandes interpretaciones de la historia*. Bilbao, Ed. Moretón, 1972.
- Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1985.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. México, Siglo XXI.
- Todorov, Tzvetan y Georges Baudot. *Relatos aztecas de la conquista*. México, Conaculta/ Grijalbo, 1990 (Los noventa, 7).
- Todorov, Tzvetan y Oswald Ducrot. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. México, Siglo XXI, 1980.
- Varios. *Estudios de historia de la filosofía en México*. México, UNAM, 1985.
- Vázquez, J. Z. *Historia de la historiografía*. México, SEP, x1973.
- Veyne, Paul. *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid, Alianza Universidad, 1984.
- Vico, Juan Bautista. *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones (1744, 4 vols., trad., pról. y notas de Manuel Fuentes Benot*. Buenos Aires, Aguilar, 1973.

- Vilar, Pierre. *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia*. Reflexiones sobre el caso español. Barcelona, Ariel, 1976, 423 p. (Ariel/Historia, 2).
- . *Hidalgos, amotinados y guerrilleros; pueblos y poderes en la Historia de España*. Tr. Ferrán Gallego. Barcelona, Crítica, 1982, 314 p. (Temas hispánicos, 94).
- . *Historia de España*. Tr. Manuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria. Barcelona, Crítica, 1981, 180 p. (Temas Hispánicos, 25).
- . *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Tr. M. Dolores Folch. Barcelona, Crítica, 1980, 315 p. (Serie general, 61).
- . *Oro y moneda en la historia, 1450-1920*. Tr. Armando Sáez Buesa y Juana Sabater Borrell. Rev. Jorge Nadal. Barcelona, Ariel. 1969, 430 p. (Col. Demos. Biblioteca de Ciencia económica).
- . *Cataluña en la España Moderna; Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*, 3v, Joaquín Sempere. Barcelona, Crítica, 1978.
- Walch, W. *Introducción a la filosofía de la historia*. México, Siglo XXI, 1968.
- . *El sujeto de la historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- . *Filosofía de la praxis*. México, Grijalbo, 1967.
- White, Hayden V., *Metahistory: the Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*. Baltimore, John Hopkins University, 1975, 448 p.

¿UN NUEVO PARADIGMA HISTÓRICO? UNA LECTURA DESDE LA HISTORIA CULTURAL

Introducción

Últimamente se ha puesto de moda en ciertos círculos de académicos de las ciencias sociales hablar del “*debate interparadigmático*”, en el que se considera que los diferentes enfoques de interpretar la historia presentan diversos paradigmas en el sentido con el que Thomas Kuhn usa la palabra.⁸⁰ Kuhn amplió el uso de la palabra “paradigma” para referirse a los diferentes esquemas de análisis que a veces cambian debido a lo que él llamó una “revolución científica”.⁸¹ Las revoluciones científicas no presuponían un mero desarrollo de la teoría sino, fundamentalmente, diversos cambios en las ideas que las personas tenían acerca de algunos temas, como cuando la visión geocéntrica de que el Sistema Solar se encontraba dispuesto alrededor de la tierra fue reemplazada por la visión heliocéntrica de que en realidad estaba dispuesto alrededor del Sol. Un giro similar se dio cuando la teoría darwiniana del origen de las especies desafió la historia bíblica. Estos cambios fundamentales implican esquemas que no son simplemente diferentes el uno del otro, sino que son claramente incommensurables. No pueden ser comparados el uno con el otro en un sentido demasiado directo y siempre se prefiere uno sobre el otro basándose no en las evidencias, lo que resulta imposible, sino, o por lo menos eso se dice, en razones extra-rationales o, por lo menos, no racionales. Si esto es así en realidad o si necesita serlo, se discutirá más tarde. Lo que resulta crucial es la certeza de que existe la incommensurabilidad por lo menos en el sentido de que uno no puede amalgamar las teorías geocéntricas y heliocéntricas del sistema solar.

⁸⁰ Ver Thomas S Kuhn, *La revolución copernicana. La astronomía planetaria en el desarrollo del pensamiento occidental*, Planeta, Madrid, 1994, 368 pp.

⁸¹ No es mi propósito intentar comprimir en píldoras dentro del presente ensayo el contenido de las enseñanzas sobre el proceso científico que pueden derivarse de la lectura del trabajo de Kuhn. Sin embargo es importante hacer patente el lugar que ocupa en el mundo científico el entender cómo el autor modifica la idea de la evolución de la concepción humana de la estructura del universo, al margen de la importancia de la revolución astronómica.

Debe aceptarse una o la otra. El antiguo uso de la palabra “paradigma” en tales enunciados como “caso paradigmático”, con el significado de caso puro o ejemplar de algo, resulta hoy en día uno de los tantos usos.

Algunos académicos de las ciencias sociales y hasta de las humanidades han acogido este tema con entusiasmo y sostienen que el campo académico de la historia se encuentra en un periodo en el que existen paradigmas en conflicto, vistos, se presume, como consideraciones inconmensurables del campo, aunque a veces esto resulta ambiguo. Hasta el momento se debaten tres paradigmas que, de manera diferente, intentan caracterizar el estudio de la historia: el Paradigma Objetivo, el Paradigma Intersubjetivo o Transindividual y el Paradigma Estructuralista. No resulta claro si éstos sean paradigmas en un sentido kuhniano completo.

El concepto de paradigma hasta cierto punto en su discusión sobre la objetividad, pero incluso en la inconmensurabilidad, se trata muy vagamente.

El propósito de este trabajo es deplorar la alteración del uso más amplio de Kuhn por parte de los académicos de las ciencias sociales en relación a la historia. Esto es sólo de manera limitada una discusión pedante sobre la definición que el diccionario da de la palabra. Surgen temas más importantes, tales como el del sentido completo de la inconmensurabilidad y, a partir de aquí, los conceptos de la tautología y de la puesta a prueba de la teoría (u operacionalismo), en conjunción con las maneras en que se dan los cambios en la teoría de la historia como campo de estudio de las ciencias sociales o de las humanidades. Esto nos lleva claramente a temas que se relacionan con la selección de las estrategias de investigación más apropiadas para la historia.

Las críticas básicas a los propositores del debate interparadigmático y afines son cuatro. Primero, si tomamos el tema de la inconmensurabilidad seriamente, el debate rechaza una serie de argumentos interesantes mucho antes de lo esperado. Si dos escuelas de pensamiento constituyen diferentes paradigmas, entonces la discusión entre sus propositores resulta fútil y particularmente cualquier noción de síntesis es una pérdida de tiempo. Un “debate”, al menos un debate con argumentos racionales, no puede ocurrir cuando los dos paradigmas son incon-

mensurables. En segundo lugar, los términos en los que se da el debate lo restringen a la historia y, como ya ha ocurrido en el pasado, aísla la disciplina aun más de las ciencias sociales o de las humanidades, de manera que resulta peligrosa para su desarrollo. En tercer lugar, hay enfoques en las ciencias sociales que se consideran frecuentemente como paradigmas, pero éstas no están relacionadas de manera directa con los temas que generalmente se discuten en el “debate interparadigmático”. En cuarto lugar, al elevar los temas al nivel de paradigmas fundamentales en el sentido kuhniano, imponemos una visión falsa del debate y, por lo tanto, de la naturaleza del cambio en las ciencias sociales. La controversia puede ser seria e importante, pero aun así puede quedarse corta en cuanto a la importancia cósmica que se les da y que no merecen. Estas objeciones no se aplican igualmente a autores diferentes, como podrá notarse, pero sí están incluidas en la controversia en general.

Paradigmas históricos e inconmensurabilidad

Podemos agrupar gran parte de los significados de la palabra “paradigma” bajo dos encabezados diferentes. El primero es el uso de la palabra en épocas pre-kuhnianas para determinar un ejemplo “puro” o ejemplificador. El modelo económico de la competencia perfecta en la economía puede considerarse un paradigma en este sentido. El segundo uso es aquél presentado por Kuhn para referirse a la base principal de una teoría como la heliocéntrica del sistema solar o a la evolutiva del origen de las especies. Es ésta última que se cita donde se habla de “cambios paradigmáticos” o “revoluciones científicas”. Cuando hay dos paradigmas diferentes que se aplican a un grupo determinado de fenómenos, entonces, de acuerdo con esta definición de paradigma, son inconmensurables. El hecho de que tales casos de inconmensurabilidad existan se ilustra con los dos ejemplos anteriores. El hecho de que inconmensurabilidad signifique que no hay bases lógicas para decidir entre ambos es muy controversial. Trataré este tema muy brevemente a continuación. La inconmensurabilidad puede requerirse como tema definitorio para distinguir un paradigma del otro, aunque podría discutirse la utilidad de tal distinción.

Que Kuhn haya dado con una característica importante del desarrollo de la ciencia parece indiscutible. Que su interpretación de esta característica sea apropiada puede bien considerarse. La noción de paradigma es útil si se restringe a algunos cambios básicos en las teorías científicas como la revolución de Copérnico o la revolución de Darwin. Sin embargo, cualesquiera que hayan sido las razones de esas personas en aquel tiempo para alejarse de la creencia de que la Tierra era el centro del universo y acercarse a la idea de que los planetas giraban alrededor del Sol, hoy en día sería irracional creer en la primera teoría sobre el Sistema Solar (resultaría interesante, como experimento, adivinar las hipótesis auxiliares de hoy en día para rescatar la visión geocéntrica del universo). Así, aunque las razones que hicieron a las personas elegir un paradigma o el otro pueden bien no ser racionales, en el momento, si una revolución científica triunfa (y no necesariamente puede suceder), entonces la evidencia a su favor que la hace un programa de investigación progresivo y no degenerativo en términos de observación, se torna abrumadora. Esto es fundamental para el argumento de Imre Lakatos que explico a continuación. Sin embargo, hay un tema fundamental que es mucho más amplio que los traídos a colación en la discusión sobre la historia. Si no hay manera racional de elegir entre paradigmas inconmensurables en ningún punto de su desarrollo, entonces el desarrollo de la ciencia no puede ser considerado como la actividad racional que filósofos como Russell, Popper y Lakatos sostienen que es. Kuhn parece adoptar la posición no-racionalista, aunque moderadamente. Más extremista es Paul Feyerabend, quien sostiene que no existen creencias básicas y que “todo se vale” —lo que significa, por supuesto, que uno no puede creer en nada. Mi enfoque es implícitamente crítico de Feyerabend.

La definición de paradigma es muy complicada y la promiscua profusión de definiciones de Kuhn no la aclara. Si nos concentramos en la versión más fundamental de paradigma (que está en discusión aquí), se sugiere lo siguiente. Los “hechos” que se están discutiendo se definen en términos de paradigma. Puede haber consideraciones conflictivas de estos hechos que implican diferentes teorías. Cuando los propositores de las diferentes teorías llegan a un acuerdo en cuanto a lo que quieren decir con los hechos y en cuanto a qué tipo de observaciones demostrarían que una teoría es verdadera frente a las demás, enton-

ces las teorías resultan conflictivas dentro del mismo paradigma. Cuando hay un desacuerdo en cuanto a toda la interpretación de conceptos dentro del mismo paradigma, pasamos a uno diferente.

Tomaré un ejemplo de la teoría de la evolución. Las consideraciones de Darwin sobre el origen y desarrollo de las especies introdujeron un nuevo paradigma que contradecía la historia bíblica. Sin embargo, no era sólo una nueva consideración de los mismos hechos, sino una completa reinterpretación del significado de, por ejemplo, la evidencia fósil. Esto difiere, digamos, de dos teorías diferentes dentro de la teoría general de la evolución. La teoría darwiniana convencional proponía que todos los cambios genéticos ocurrían a través de procesos que eran esencialmente aleatorios. Por lo que a la supervivencia respecta, podían ser buenos, malos o indiferentes. Sin embargo, esos cambios que hacían a un organismo sobrevivir mejor, tendían a ser perpetuados porque los organismos podían reproducirse más que sus colegas genéticamente menos favorecidos y así suplirlos a la larga. Así, mientras que el cambio mismo no establecía diferencias entre características útiles, inútiles o indiferentes, la selección sí lo hacía. De esta manera, las proto-jirafas de cuello largo sobrevivieron mejor que las de cuello corto y se reprodujeron más. Ésta, resumida muy brevemente, es la visión más generalizada. Sin embargo, otra, y no inherentemente implausible, fue propuesta: consistía en que las características adquiridas durante la vida por un organismo eran transmitidas a su descendencia. Así, las proto-jirafas de una generación alargaron sus cuellos ligeramente, una característica que transmitieron a sus descendientes. El estudio de la genética ha refutado enérgicamente este punto de vista, pero yo las definiría como teorías alternativas dentro de un paradigma común y no como diferentes paradigmas. Trataban con el mismo grupo de fenómenos, lo que no implicaba un desacuerdo acerca de la naturaleza de los hechos en cuestión. Los fósiles, para ambas, eran fósiles. Esto significa que los desacuerdos eran de una naturaleza totalmente diferente a los que existían entre la historia bíblica y las consideraciones evolucionistas en las que, como ya dije, había una interpretación totalmente distinta de la naturaleza de los hechos en cuestión.

Esto le da sentido a la noción de los hechos al estar “teóricamente cargada”. Se discute que haya algo como “hechos en bruto”, sino sólo

hechos determinados en un marco teórico. Esto concuerda con esta consideración, pero a nivel de paradigma más que de teoría. Las discusiones de tales problemas, por ejemplo el análisis particularmente elegante de Russell Hanson (1962), tienen lugar en lo que aquí se define como paradigma, aunque Hanson escribiera antes de que la palabra adquiriera su significado actual.

La inconmensurabilidad es un tema central y al mismo tiempo controvertido, particularmente en su aplicación a las ciencias sociales. La inconmensurabilidad sale a relucir por dos razones. La primera es que las teorías implicadas tratan de cosas diferentes. No son inconmensurables en el sentido de que una no puede ser comparada con la otra, sino que no son necesariamente inconsistentes. Supóngase que proponemos que la razón del conocido hecho de que los hombres y las mujeres viven juntos es el deseo sexual. Podríamos explicar esto sin dificultad y relativamente sin mayor controversia en términos de disposición física y psicoanalítica. Sin embargo, también habría la posibilidad de discutir las convenciones matrimoniales en referencia a la moral de una sociedad en particular, puesta de manifiesto, quizá, en los principios religiosos que, una vez más, explicamos en términos de las condiciones de la sociedad cuando estos principios fueron formulados.⁸² Además, podemos explicar que cierta pareja se una en referencia a intereses compartidos, razones particulares por las que sientan atracción mutua, y así sucesivamente. No podríamos poner a prueba una explicación en términos de otra, y en este sentido son inconmensurables. Sin embargo, son perfectamente compatibles y una explicación a un nivel no implica que no podamos aceptar otra en distinto nivel para aclarar los diferentes tipos de principios que surgen.

La inconmensurabilidad implicada en los paradigmas de la historia es de este tipo y, si es así, no hay verdaderos problemas de por medio.

Sin embargo, otra forma es una verdadera inconmensurabilidad donde dos paradigmas literalmente no pueden ocurrir al mismo tiempo. Esto sucede cuando uno de los principios primordiales de una de

⁸² Vale la pena revisar los trabajos de Peter Gay referentes a la burguesía victoriana que son un fiel ejemplo de lo que aquí se señala.

las teorías contradice los principios primordiales de la otra, como claramente sucedió en el caso del Sistema Solar. Un tipo importante de esquemas, cuando esto sucede en las ciencias sociales, es cuando dos sistemas diferentes explican el mismo fenómeno y son tautológicos y lo explican todo. Así, un análisis político real o de poder puede volverse tautológico cuando cualquier anomalía aparente del sistema puede ser incorporado por alguna redefinición del poder o por aserciones acerca de la subordinación básica de participantes no estatales.

Todo está explicado perfectamente bien por medio de algún reajuste de los términos implicados; parece que una vez más hemos explicado el fenómeno completamente, pero ahora de manera inconsistente. La inconmensurabilidad depende de la naturaleza tautológica de las teorías implicadas. Parece que estamos en un callejón sin salida, aunque sea un callejón con el que algunos académicos están bastante contentos.

Sin embargo, ésta es sólo una etapa del proceso. Puede asegurarse que los esquemas conceptuales determinan las categorías que se consideran relevantes para el argumento. Esto es sólo el principio. Si se encuentra que una teoría es tautológica (y esto puede no ser evidente a primera vista), entonces el siguiente paso es reestablecerla en forma que no lo sea, ya sea en su totalidad o descomponiéndola en subteorías que sean ellas mismas no tautológicas, incluso si el grupo lo es. Una de las tautologías clásicas en las ciencias sociales es la ecuación de Fisher de la teoría cuantitativa del dinero. Establece que la reserva de dinero (M) multiplicada por el número promedio de veces en que la unidad cambia de manos (V o la velocidad de circulación) es igual al nivel de precio (P) por el número de transacciones que se llevan a cabo a ese nivel de precio (T). Entonces $MV=PT$. Una breve reflexión muestra que ambas partes de la ecuación representan maneras diferentes de desglosar el gasto total en el mismo periodo de tiempo y, por lo tanto, son necesariamente iguales. Así, no es una teoría en el sentido estricto de la palabra, aunque proporciona diferentes categorías que considerar. Sin embargo, si queremos una teoría propiamente, podemos decir que $P=f(M)$ donde f es igual a cualquier función, para hacer de ésta una teoría probable, podemos especificar f y probarla con algunos datos. Esto ha implicado una vasta industria de examinadores en las últimas cuatro décadas, que comenzó con Milton

Freedman (1964). Sin embargo, todos los diferentes exámenes habrían confirmado la ecuación original de Fisher, si alguien se hubiera molestado en intentarlo. Es poco probable que muchos se dieran cuenta de que si la confirmación no se hubiera previsto como cuestión de lógica, hubiera sido resultado de un error de medición.

Se sugiere que ésta es la manera correcta de enfrentarse a teorías tautológicas y a lo que resulta. No se trata de conformarse y aceptar la tautología, sino de modificar teorías de manera no tautológica, hasta el punto en el que se vuelvan no sólo probables sino comparables. Aquí es donde se propone específicamente un tipo particular de programa de investigación teórica en la historia. Basados en las tautologías que presentan lo que parecen ser categorías interesantes, formulamos hipótesis no tautológicas y probables (u “operacionales”). En el proceso de desarrollo de éstas, no debemos preocuparnos excesivamente por atravesar alguna fase tautológica. Todo resulta ser parte del proceso de desarrollo teórico, aunque es necesario darse cuenta de que tal estado no representa una teoría en sí mismo. Una vez que uno se ha separado de las tautologías existe también la posibilidad de combinar teorías que intentan aparentemente relacionar los mismos fenómenos. Una teoría histórica, ya sea del capitalismo o del socialismo, parcialmente económica y política, es perfectamente aceptable una vez que se han modificado de forma no tautológica –de hecho parece extraño pensar que podrían ser mutuamente excluyentes, algo que fue consecuencia de una desafortunada e innecesaria forma tautológica del enunciado teórico.

El Marxismo y el Psicoanálisis son dos escuelas de pensamiento que originalmente constituyeron el motivo de la ira de Karl Popper (1963) por ser aparentemente tautológicas. Sus seguidores han continuado con esta tradición por la valía de interpretación que representa.

Sin embargo, no significa que fuesen inherentemente tautológicas; además, en ambas tradiciones hay un ala empirista que intenta formular hipótesis de forma probable además de confirmarlas.

Una manera de hacer esto es definir ciertos tipos de problemas independientemente de la teoría histórica. Así, supóngase que la guerra es el mayor punto de interés, donde se la define como cualquier tipo de violencia a gran escala sin determinar quién la organiza. Se podría ir más lejos y seguir a Richardson (1960) en su definición de una

“Lucha a muerte”, que es cualquier conflicto en el que las partes tratan de destruirse mutuamente, ya sea individual (asesinato) o grupalmente y ya sea de manera organizada (como en la guerra) o no (como en las revueltas). Incluso una breve revisión de los casos de guerra como se definió antes, muestra que una visión centrada en el estado es inadecuada. El paradigma objetivo clásico (positivismo) ha sostenido simplemente que esto no es de la incumbencia de la teoría y que las historias de los estados son lo único que interesa. Sin embargo, se puede definir claramente a las Luchas a muerte de manera que resultan independientes de la definición propia en cuanto a los participantes implicados y, por lo tanto, se podría opacar la teoría positivista del comportamiento histórico y no coincidir con ella tautológica o empíricamente. Uno de los logros más importantes de Richardson fue salir de la trampa tautológica, aun habiendo recibido poco reconocimiento de los tradicionalistas que no se habían dado cuenta de que ellos mismos estaban atrapados.

Incluso si aceptamos la visión de que los paradigmas son propiamente inconmensurables en las ciencias naturales y no pueden compararse racionalmente, tales cambios son relativamente poco comunes. El término no significa “un gran salto en el entendimiento” sino un tipo especial de *gran* salto en el entendimiento. Así, la teoría de la relatividad no fue un cambio paradigmático en el sentido de que brindó una generalización de la física, entre la cual la de Newton es un caso especial. No había duda de que era inconmensurable con la física a la que sucedió inmediatamente -de hecho se hicieron observaciones con el propósito específico de diferenciarlas. Ahora, podría ser que otra diferencia entre las ciencias sociales y las naturales fuera que en las primeras muchas más cosas son inconmensurables. Esto no es lógicamente imposible y podría ser el caso, aunque no veo la razón para que lo sea.

Lakatos, quien buscaba reglas racionales que cubrieran todos los avances en la ciencia, incluyendo los fundamentales, introdujo la noción de “la metodología de los programas de investigación científica”, que incluía el concepto de “falsificación sofisticada” como una extensión de Popper y en oposición a Kuhn. De acuerdo con Lakatos, no hay lugar en el desarrollo científico que pueda específicamente ser visto como un cambio irracional, incluso si, al mismo tiempo, factores

no racionales fueran psicológicamente dominantes en la determinación de las creencias de la gente. Muy crudamente, Lakatos sostiene que hay varias proposiciones básicas que pueden definirse como un “macizo” de creencias. En el contexto del programa de investigación, este macizo no sería desafiado. Decidir lo que es tal macizo es cuestión de decisión. Cuando refutaciones aparentes de tales proposiciones ligadas a él parecen ser indicadas por la observación o algún otro avance teórico en el desarrollo de la ciencia, la reacción es invocar un grupo protector de “hipótesis auxiliares” para protegerlo. Así, grupos de observaciones que parecen contradecir el macizo pueden tornarse, al invocar un nuevo principio, en algún tipo de caso especial. Sea cual fuere su justificación, así es como los científicos, sociales y naturales, parecen trabajar. No abandonan sus teorías tan fácilmente.

Presentado tan superficialmente, parecería que no hay grandes diferencias entre un paradigma y una investigación científica. Lakatos, sin embargo, se preocupa por establecer una base racional para optar entre dos programas. Una vez más, de manera simple, Lakatos arguye que un programa de investigación puede ser progresivo mientras expanda constantemente su dominio explicativo. Si continua así entonces podemos seleccionar éste en lugar de un rival que sea un programa degenerativo al no explicar nada nuevo y al no expandir su dominio explicativo. Evidentemente esto lleva tiempo. En algún momento puede no resultar claro si un programa es degenerativo o progresivo —quizá sea el caso en las relaciones históricas hoy día. Sin embargo, en algún momento, se dice, esto debe aclararse (aunque éste no sea un punto lógico).

Esto nos deja con dos problemas. Primero, una investigación científica incluye, en cierta forma, el concepto de paradigma en el sentido de que dos proyectos de investigación pueden ser inconmensurables pero no necesitan serlo. Dos paradigmas, según el uso de Kuhn, son inconmensurables. En segundo lugar, Lakatos negaría esto y brindaría criterios para decidir cuál de los dos Programas de Investigación Científica (y por lo tanto paradigmas) pueden aceptarse racionalmente, por lo menos hasta cierto punto.

Recalco nuevamente la importancia de este problema en la filosofía de la ciencia en general. Kuhn, y muchos académicos afines desde entonces, discuten que hay puntos en el desarrollo científico en que

la elección de esquemas fundamentales es extra-racional, lo que crea dudas sobre toda la naturaleza del desarrollo a largo plazo de una nueva ciencia como actividad racional. Lakatos niega esto; sin embargo, Kuhn (aunque no Feyerabend) sostiene que estas revoluciones científicas son relativamente poco comunes y que la ciencia normal es lo que dice ser: normal. El retrato de las ciencias sociales hecho por los académicos que critico, es aquel en el que las ciencias sociales se encuentran en estado de perpetuo caos y difícilmente pueden considerarse como actividades racionales, por lo menos en el sentido de Lakatos. Los posmodernistas estarían muy contentos con esta conclusión, pero ataca los supuestos de la ciencia social empírica.

Paradigma histórico, pensamiento y sociedad

El intento de llevar a los paradigmas a la disciplina de la historia como si fuera un estudio separado de las ciencias sociales en general, es otro ejemplo del penoso y dañino modo en el que algunos académicos de la disciplina han tendido a alejarse de las ciencias sociales como un todo. Esto siempre se ha cumplido para las tareas históricas clásicas. La antigua escuela de positivistas ha sostenido siempre que el comportamiento intrasubjetivo está alejado de cualquier otra forma de comportamiento social. Sin embargo, este parece todavía el mayor pecado, incluso de los más recientes enfoques de la disciplina. Es quizá particularmente sorprendente que en la Escuela de los Annales se hiciera esto (y algunos de los escritores más importantes de este género son críticos y plurales) ya que están claramente preocupados por enfatizar los roles de los participantes no estatales y por desenfatar el estado. Por lo tanto, se esperaría que tuvieran una visión más amplia de las ciencias sociales que los tradicionalistas.

Si tuviéramos que pensar en términos de paradigmas, en el sentido más estricto de la palabra, en las relaciones históricas, entonces estos paradigmas estarían relacionados con el análisis del comportamiento social en general. Un paradigma debe tener su interpretación en cualquiera de las disciplinas de las ciencias sociales y ser evidentemente el mismo. Este no es el caso de los llamados paradigmas que actualmente se nos ofrecen en las tradiciones historiográficas.

Sin embargo, podemos resumir, principalmente, dos proyectos de investigación científica que compiten actualmente en las ciencias sociales en general, incluida la historia. Hay que apuntar que no son paradigmas, sino que hasta cierto punto son inconmensurables y en cierta medida pueden ser sintetizados para conformar un proyecto de investigación más amplio y efectivo. Éste es, entonces, un caso ilustrativo.

• Proyecto del “historiador racional”:

La propuesta básica en este proyecto es que todo el comportamiento social puede verse como unidades sociales que persiguen metas. La “racionalidad” es, por lo tanto, definida de manera limitada como racionalidad instrumental. Las unidades sociales se consideran frecuentemente participantes racionales, pero esto no es realmente necesario; podríamos ir más lejos y argüir que de, hecho, todos los grupos sociales pueden descomponerse en individuos y que, por lo menos en principio, el comportamiento social puede verse como individuos que persiguen metas, aunque como programa de investigación práctico esto no es viable por el momento. No implica necesariamente auto-interés, excepto en un sentido superficial. Las metas pueden incluir el altruismo, por ejemplo. De manera similar, una meta importante puede identificarse con un grupo, ya sea pequeño como una familia o grande como una tribu o nación. Aparentemente, la conducta altruista, cuando se mira desde un punto limitadamente individual, puede ser sencillamente explicada en términos de un deseo de pertenecer a un grupo u obtener su aprobación. En la teoría clásica de decisión, esto se interpreta equivocadamente en términos de personas que toman decisiones y que luchan por optimizar sus funciones utilitarias que al mismo tiempo incluyen sus preferencias. Esto puede definirse tautológicamente. Si una teoría en particular no ofrece el resultado correcto, entonces podemos asumir que la opción de unidades de decisión o la opción de función utilitaria, fue incorrecta. De alguna manera, siempre se puede llegar a un punto en el que la conducta es explicable como individuo o grupo que toman decisiones en su persecución. Sin embargo, si queremos especificar externamente en el programa lo que son los participantes y especificar qué factores están incluidos en las funciones utilitarias, entonces tales teorías se vuelven no tautológicas. Casi cualquier tipo de teoría puede tornarse tautológica si de-

seamos definir sus términos de manera suficientemente amplia. La clave para las teorías probables está en ser razonablemente abstemios en nuestras definiciones. Algunas discuten que este programa de investigación haya alcanzado gran éxito. Gary Becker (no es sorprendente que sea economista) sostiene que “las suposiciones combinadas de la maximización del comportamiento, equilibrio de mercado y preferencias estables, usadas responsablemente, proveen un esquema unificado y valioso para el entendimiento del comportamiento humano” (énfasis en el original). Aunque podría resultar extremista, su posición general encuentra mucho apoyo.

Podemos interpretar esto en términos de una dicotomía realista-pluralista. El realismo clásico considera el estado como la unidad y le atribuye una función particularmente utilitaria, ya que no queda claro qué es el poder: por el momento descuidaremos esto punto, por crucial que sea. Esto deja muchas características del sistema internacional sin explicación. Los pluralistas sostienen que el fracaso del programa realista reside en identificar equivocadamente la unidad de toma de decisiones en un gran número de problemas importantes. Sin embargo, todavía trabajan con el mismo programa general de investigación, ya que buscan más unidades apropiadas para la toma de decisiones. Pueden o no discutir que las funciones utilitarias del estado son incorrectas en el sentido de que no describen acertadamente la conducta, aunque éste puede no ser el caso necesariamente. De hecho, lo hacen algunos autores involucrados en el primer tipo de crítica más que en el segundo. Lejos de ser inconmensurables, los proyectos de investigación pluralista y realista están muy cercanos a un punto de vista metodológico. Políticamente, y cuando la política adquiere sus propios puntos de vista, las diferencias son considerables: implican diferentes teorías después de todo. Sin embargo, esto está totalmente separado de las diferencias metodológicas que, en realidad, son pocas.

•El proyecto estructural de la historia (girones):

En el presente debate, el “paradigma estructural” se aplica a interpretaciones marxistas o neomarxistas del comportamiento histórico y está grandemente restringido a estructuras económicas. Esto es innecesariamente limitado. Podemos definir los resúmenes estructurales de un fenómeno social como aquellos en que la toma de decisiones indivi-

dual es menor y en donde las explicaciones requieren de referencias a amplias agregados del comportamiento social. Así, un recuento de la Revolución Industrial inglesa no trata de gente que ha decidido armar una revolución industrial. Sugiere que en diferentes ocasiones la estructura era tal que varias decisiones fueron posibles o tuvieron consecuencias que no hubieran ocurrido en otras ocasiones. Muchos descubrimientos técnicos fueron posibles en la Edad Media y pudieron, de hecho, haber sido llevados a cabo. Sin embargo, no tuvieron consecuencias prácticas. El capital no estaba disponible y el transporte no estaba lo suficientemente desarrollado o a salvo del ataque de un mercado tan amplio como para que la producción industrial se desarrollara. Dadas tales estructuras, que emergieron de todo un rango de decisiones separadas acerca de temas totalmente diferentes, las decisiones se dieron muy naturalmente. Sin embargo, incluso éstas tuvieron que tomarse en un contexto social donde la gente piensa de determinada manera. En sociedades que no están acostumbradas a los sistemas de mercado, las personas podían simplemente no considerar los tipos de actividades que son necesarias para hacer funcionar un sistema económico. Éste parece ser un problema en Rusia y en la antigua Unión Soviética en este momento, ya que la noción de poner un negocio no es muy común para la generación presente. Así, aunque varias decisiones puedan ponerse en práctica, no se realizan.

Las explicaciones estructuralistas son diferentes a las de la toma de decisiones, pero no necesariamente incompatibles. Se discute que, en general, aunque se toman decisiones, son típicamente triviales en el contexto en el que se explican, y la situación general está más o menos determinada, el punto planteado se observa en los siguientes ejemplos:

Un caso típico de sistema estructural que también implica decisiones es el modelo de mercado perfectamente competitivo: un gran número de participantes en el mercado, con condiciones de costo condicionadas por otros mercados y con factores técnicos de producción, entonces el precio, la cantidad producida, etcétera, estarán determinados. Sin embargo, el modelo se analiza en términos de procesos de toma de decisiones en una forma muy estilizada en la que se asume que los negocios intentan y maximizan ganancias. No obstante, si no lo hacen, saldrán del negocio. Así, la alternativa efectiva ante

el hombre de negocios se encuentra entre dos opciones francamente opuestas: maximizar ganancias o dejar de ser un hombre de negocios. Éste es un modelo, y la vida real no es necesariamente tan cruda. Sin embargo, la idea de que la decisión está restringida es muy válida. Nótese que esto no significa que no se puede explicar el comportamiento de los mercados en términos de los participantes individuales, sino que es trivial hacerlo. Uno podría sostener que es la imperfección de los mercados lo que hace que el análisis de las firmas individuales se dé como un hecho interesante.

Ahora consideremos un caso más controvertido. ¿Fue Hitler responsable de la situación de Alemania en los años treinta y se debió a sus decisiones como individuo que la Segunda Guerra Mundial se desatará en la época y forma que sucedió? Para aclarar esto podemos presentar el caso contrario: "Si Hitler hubiera muerto de niño, la historia europea habría sido diferente". Muchos comentarios acerca de esto sostienen que hasta cierto punto fue el grupo de decisiones de Hitler lo que hizo que las cosas sucedieran de determinada manera. En su discusión clásica sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial A. J. P. Taylor (1971) y Hugh Trevor-Roper (1971) lo dan por hecho. Casi nadie estaría en desacuerdo con que Hitler requirió de amplias bases en qué operar. Una personalidad igualmente carismática en la Gran Bretaña –Oswald Mosley– estuvo más o menos confinado al ámbito político, a pesar de lo terrible que esto hubiera podido ser en aquel tiempo. Sin embargo, él podría haber sido un factor determinante. Considérense, no obstante, las dos siguientes proposiciones. Primero, si Hitler mismo no hubiera existido, alguien más con las mismas actitudes y habilidades hubiera aparecido en las circunstancias de la Alemania de la primera posguerra. Aunque la personalidad de Hitler fuera poco común, no era única. Cuando las circunstancias son apropiadas tales personalidades toman ventaja de ellas. Esto no significa que el "Hitler sustituto" hubiera hecho exactamente las mismas cosas que el Hitler que conocemos hizo, pero en ese sentido el mismo tipo de cosas hubiera sucedido, incluida una guerra europea. La segunda proposición es que, de hecho, Hitler tuvo poca libertad de movimiento y fue más o menos obligado a hacer lo que hizo para mantener su poder. Muchas otras personas hubieran querido ser el dictador de Alemania y probablemente lo hubieran sido si Hitler no

hubiera acabado con ellas. De manera similar, hubieran seguido el mismo tipo de políticas que resultaron más populares y obtuvieron la aprobación general. Así, dado el argumento, quien estuviera en el poder hubiera tenido que seguir más o menos las políticas que Hitler empleó o, como el hombre de negocios que no maximiza las ganancias, se hubiera encontrado fuera del juego. En efecto, Maquiavelo trató esto en *El príncipe* y Hitler siguió esos preceptos con mucho cuidado. Tal análisis no se contrapone con un análisis de toma de decisiones. De la misma manera en que el modelo de la firma en un mercado perfectamente competitivo se deriva de poner atención a la "firma representativa" y de establecer sus patrones de decisión, podemos considerar que el dictador racional podría surgir en cualquier grupo particular de situaciones. El punto es que la latitud de decisión en muchos casos es más pequeña de lo que la palabra "dictador" implica. Nótese que esto tampoco acaba con el problema de la responsabilidad moral. Hitler tomó tales decisiones porque creía en ellas. Creía en un punto de vista que tenía grandes características de supervivencia a corto o medio, aunque no a largo plazo. Que las alternativas no lo hubieran llevado a la supervivencia a corto plazo no altera los problemas morales implicados.

La toma de decisiones y las formas estructurales de explicación son claramente diferentes, pero no al extremo que puedan ser llamadas paradigmas separados. Esencialmente intentan explicar el mismo tipo de fenómenos y no hay diferencias importantes en lo que ambos podrían considerar como "hechos". Es posible verlos como programas de investigación diferentes en el sentido Lakatosiano ya que, al perseguir un modelo de investigación, podría descuidarse algún otro. Incluso los programas estructurales y de toma de decisiones podrían dirigirse a la reconciliación total y así no sería necesario que uno dominara al otro.

Consideremos la siguiente posibilidad. Supongamos que los sistemas sociales son estructuralmente estables en el sentido de que los cambios en el comportamiento de uno de los participantes pueden tener efectos menores en todo el sistema. Esto significa que las explicaciones estructurales son suficientes para la mayoría de los fenómenos; sin embargo, ocasionalmente puede haber periodos en los que el sistema se torna inestable y el menor cambio en el comportamiento

puede tener grandes consecuencias. Las crisis internacionales, o algunas de ellas, podrían representar tales puntos. El factor que lleva al sistema a tales puntos puede bien ser la personalidad de los líderes al tomar decisiones. Éste es un escenario plausible, y consiste en un conjunto de puntos de vista sensatos sobre los sistemas sociales y de uno que integra las dos formas de considerarlos.

¿Es éste un esquema metafísico que no se puede demostrar?

Supongamos que se construye una teoría sobre un proceso social como la carrera armamentista. En tales teorías encontramos muchas veces aspectos del comportamiento de los elementos teorizados a los que resultamos insensibles ante cambios mínimos en las suposiciones iniciales que implican. Así, si se actúa de manera un poco diferente de lo que se asume en la teoría, aun así el patrón de comportamiento general será prácticamente el mismo y se verá alterado en detalles solamente. Por lo tanto, ésta es una teoría estructural. Sin embargo, podría haber algunos puntos en los que algún cambio mínimo en las suposiciones produce grandes diferencias en las consecuencias y una diferencia muy marcada sigue a las condiciones iniciales. La versión inestable del modelo de carrera armamentista de Richardson implica tales puntos cuando el sistema cambia de un patrón de carrera armamentista explosivo a un patrón desarmamentista o viceversa, de acuerdo con pequeños cambios en las posiciones que se adoptan. Muchos “modelos dinámicos” —es decir, modelos en que los cambios o rangos de cambio en un periodo son determinados por varios factores de periodos precedentes— implican tales cambios. La teoría de la catástrofe (Poston y Steward 1978; Thom 1975) es un conocido modelo matemático en el que tales cambios son vitales para la empresa. En esos puntos, pequeños cambios en las características del modelo, tales como la personalidad del que toma las decisiones, pueden significar grandes diferencias y las decisiones pueden jugar un papel importante en este caso. Si pasa las pruebas, tenemos una teoría estructural con matices de toma de decisiones y, dentro de los dominios de la teoría. Nuestro punto de vista se confirma. Como tales puntos son muy comunes, podemos mostrar cierta confianza en que diferentes enfoques pueden aplicarse ampliamente. Podría darse el caso de que los puntos ines-

tables de una teoría pueden ser extensivos y que así las decisiones tengan una importancia extensiva. Dado, nuevamente, que nos encontramos en el área de la teoría probable. Esto se vuelve un punto empírico que puede examinarse con el desarrollo de las ciencias sociales.

Como caso más general podemos considerar los grandes modelos computacionales de varios tipos de procesos sociales, como los que se han ideado para estudiar problemas del medio ambiente del Club de Estudios de Roma (Forrester y Meadows 1971; Meadows, Richardson y Bruckman 1982) en adelante y modelos más abiertos en la política de toma de decisiones, como los que descienden de la tradición de Simulación Internacional (INS) (Gueztkow y Valadéz 1981). El último y más importante de éstos, que, hasta cierto punto, une las dos tradiciones, es el modelo GLOBUS (Bremer 1987). Estos modelos son básicamente estructurales. Implícita en ellos se encuentra la noción de que en varios puntos uno puede intervenir y alterar la estructura real que se está formando, aunque es probable que éste sea un proceso lento. Parece que estos modelos no muestran los tipos de puntos de cambio descritos anteriormente, pero tampoco están completamente comprobados en los modelos sociales que se proponen describir y para los que el término "teoría" sería apropiado, resulta obvio. Como hay un desarrollo de tales modelos y de las pruebas asociadas a ellos, es posible que podamos construir mayores teorías sobre sistemas sociales en las que podamos identificar puntos de cambio, si es que los hay, y decidir más claramente cuál es la significación de la toma de decisiones al encontrarse en contra de la estructura que nos hace suponer hay un papel para ambas. Que la política cultural y su referencia a la historia tenga un efecto genuino o que se deje llevar por la corriente depende de la estabilidad estructural del sistema en el que se ha construido. Así, tal conocimiento es básico para el análisis de cuán efectiva puede ser la política.

El regreso al debate interparadigmático en la historia

Los casos anteriores de inconmensurabilidad, comenzando con la tricotomía objetivista, subjetivista y estructuralista; el positivismo y la intersubjetividad, fueron discutidos con anterioridad. Ambas son ver-

siones de la investigación histórica y de la teoría que la sustenta, pero con diferentes participantes.

Si se define un problema externamente a las escuelas de pensamiento, entonces puede uno decidir cuál escoger basándose en un enfoque científico general, que incluiría la parquedad. Supóngase que uno quiere explicar la guerra, que no definimos necesariamente como una guerra interestatal sino, en todo caso, como violencia organizada y a gran escala. Podemos considerar los posibles participantes y las metas a perseguir, y determinar cuál de las teorías históricas propone la explicación más parca. Es improbable que esto ocurra inmediatamente, y lo que tenemos es una investigación histórica plural y, en muchos casos, ecléctica; se encuentran en competencia mutua por producir la más general y parca explicación de los problemas implicados. No existe una razón para asumir que sean inconmensurables. De manera similar podemos tomar el caso de una explicación económica (o estructural) del capitalismo y el socialismo y compararlas con una positivista. Los historiadores no son una invención del siglo XX. A la larga es posible esperar que desarrollos teóricos tengan lugar de manera que estas cuestiones resulten probables. No son como parecen sostener algunas de las teorías que aquí se revisan.

Los diferentes esquemas en la historia pueden considerarse como investigaciones competitivas más satisfactoriamente que como paradigmas. No hay necesidad particular de una reconciliación previa. En un campo que ha fracasado abiertamente en encontrar explicaciones satisfactorias para gran parte del comportamiento que constituye su punto de atención, la diversidad teórica debe ser bienvenida. Esto está establecido en la noción de programas de investigación sobre la teoría; por lo menos en ciertos puntos, los propositores de los diferentes proyectos intentan hacer las mismas cosas mejor que los demás. El resultado podría ser que un programa "ganara"; que los programas se hubieran amalgamado en un nivel más alto; o que ambos hubieran sido desplazados por un tercero. Sin embargo, el resultado debe considerarse generalmente de acuerdo con un grupo de criterios común que ha sido generalmente aceptado. Los paradigmas de Kuhn, por lo menos en su interpretación estricta, son inconmensurables.

No pueden ser comparados y, por lo tanto, no pueden competir.

Con esto no se discute que no pueda haber “inconmensurabilidad local”, en el sentido de que en cualquier etapa del movimiento de teorías no pueda ser obvio cómo dos teorías que parecen cubrir el mismo campo hayan de ser comparadas. Como cada escuela sigue su propio camino no tiene mucho sentido obsesionarse con los problemas de comparación, así como no lo tiene ser demasiado quisquillosos, por lo menos en ciertas etapas, sobre las tautologías.

En alguna etapa es útil realizar algo de esfuerzo para darse cuenta cómo proyectos diferentes pueden compararse y no desanimarse al estructurar las teorías para hacerlos inconmensurables. De otra manera llegamos de inmediato al punto en el que hay que elegir nuestras propias teorías basados en gusto y prejuicio, así como desechar la noción de ciencia social, que puede ser corroborada a través de la observación. Esto implica estar preparados para retroceder en los conceptos de los paradigmas.

Una estrategia de investigación propia y racional es tratar de obtener de un programa todo lo que es valioso y no dejarse desanimar por algunos de los fracasos. Así, es perfectamente sensato tratar de ver cuánto del comportamiento puede explicarse en términos de comportamiento del hombre, su tiempo y su espacio.

Las hipótesis auxiliares que solían acentuar algunas anomalías aparentes pueden resultar ser muy reveladoras. Sería ingenuo para un objetivistas no intentarlo y para los propositores de otros no seguir esta idea con interés para ver cómo tales estrategias podrían apoyar sus propios programas. Sin embargo, los esfuerzos en la comparación y la síntesis también son importantes y, desde este punto de vista, posibles. Si las ideas de inconmensurabilidad se toman en serio, las ciencias sociales resultarán ser entes desmembrados en donde nadie sería capaz de comunicarse con nadie, excepto para replegarse en una esquina con todo y la penosa afirmación de “mi paradigma es mejor que tu paradigma”.

Posibles paradigmas

Hay una división básica en las interpretaciones de eventos sociales que es por lo menos candidata ha ser descrita con una distinción de paradigma real. Tomemos en cuenta dos maneras de ver los problemas sociales.

La característica del comportamiento social es que se interpreta por los participantes. Por lo tanto, lo que se discute no es un grupo de eventos físicos con un significado relativamente claro, sino el comportamiento que interpretan los sujetos, donde la parte física puede o no ser relativamente trivial. Así, una forma de explicación para un movimiento social es ofrecer razones para que los participantes lo provoquen. Las ceremonias religiosas resultan un buen ejemplo. Para entender una misa católica se tiene que captar toda la estructura de pensamiento de los participantes para hacer que lo que podría ser un grupo de movimiento sin sentido se convierta en una perspectiva coherente. De manera similar, para comprender una congregación de cuáqueros sería necesario entender todo el marco conceptual en el que tiene lugar para poder distinguirla de un simple grupo de gente que se ha reunido para conversar (o sólo para convivir, según sea el caso).

El problema puede ser elaborado. Los historiadores de un proceso social se esfuerzan para organizar los sucesos en sus propias categorías conceptuales. Podrían equivocarse y malinterpretar completamente un proceso (por ejemplo, una ceremonia religiosa en una cultura totalmente diferente). Claro está, esto hace al comportamiento social diferente al del mundo inanimado. La pregunta es si esta característica hace imposible hacer generalizaciones o no. La perspectiva de Wittgenstein de las Investigaciones Filosóficas (1953), sostiene lo siguiente.

Primero, el comportamiento social consiste en seguir reglas. Así, hablar una lengua implica saber cuáles son sus reglas más importantes y, por supuesto, ser capaz de aplicarlas (aunque, por supuesto, en la lengua nativa, uno no necesita conocerlas). Todo comportamiento social es de este tipo y sólo puede entenderse como tal. El comportamiento social no puede adquirirse externamente sino sólo a través de el conocimiento interno de las reglas implicadas. También sostiene Wittgenstein, que estas reglas no pueden ser privadas sino que están socialmente determinadas. Existe de manera particular la famosa, pero muy discutida idea de Wittgenstein de que no puede haber un lenguaje privado.

Segundo, estas reglas varían mucho de una sociedad a otra y a través del tiempo. Diferentes historiadores en una situación pueden interpretar las cosas de manera diversa y tener grandes diferencias en la descripción de un suceso, además de hacer de la categorización de

“un hecho” algo dudoso. El conflicto vuelve a surgir. ¿Fue el Motín Indio de 1857 una rebelión de nativos enfurecidos, faltos de gratitud por los beneficios de la civilización occidental, o fue “La Primera Guerra de Independencia” donde las masas se levantaron contra el opresor? Ambas preguntas describen los mismos hechos hasta cierto punto, pero la interpretación es radicalmente diferente. Las reglas que sigue la gente son tan dispares que las generalizaciones son imposibles. Hay que discutir esto como un problema conceptual. Claro está, los científicos sociales sí hacen generalizaciones y las ponen a prueba, las estadísticas sociales consisten en generalizaciones. Según entendemos este argumento las generalizaciones se consideran engañosas ya que categorizan al mismo tiempo cosas que no pueden ser categorizadas al mismo tiempo, o, por lo menos, que no podemos saber si pueden serlo.

Lo importante es el segundo aspecto de este argumento. Si todos los historiadores siguieran las mismas reglas no habría problemas con la generalización. De hecho, si aplicarán reglas similares no habría problemas. Puedo saber lo que significa hablar árabe sin saber hablarlo. De manera similar puedo saber lo que significa resolver problemas en una rama de las matemáticas que no entiendo. El problema surge cuando existen muchas reglas diferentes. Esto se cumple particularmente cuando estamos tentados a imponer una interpretación familiar sobre el comportamiento, lo que parece apropiado superficialmente, pero con lo que los participantes implicados estarían en desacuerdo. Este problema está muy claro en la antropología. Recalco que es la multiplicidad de teorías lo que se discute y no las teorías en sí mismas. Un número limitado de reglas que todos pudieran entender, aunque no todos siguieran, permitiría también la generalización.

Los llamados paradigmas pueden asociarse. En el cuadro de Winch/Wittgenstein del comportamiento social, las interpretaciones de los participantes predominan. Entender el comportamiento social es hacerlo en términos de la percepción de los participantes y punto. Esto inhibe y presumiblemente hace ilegítimas otras formas de investigación. Considérese otra vez el caso de la religión, aunque ahora en sus formas fundamentalistas. Los Cristianos Renacidos explican su situación enteramente en términos cristianos y la ven como provocada por Dios. También lo haría un hindú, un musulmán o un judío fundamentalista,

aunque cada grupo estuviera en desacuerdo con las interpretaciones que dieran otros de sus propias creencias. Muchos escépticos consideran este problema como genérico y sostienen que la naturaleza detallada de una forma particular de doctrina fundamentalista, ya sea cristiana o musulmana, tiene importancia secundaria. Lo que tiene verdadera importancia es la combinación de estados de la historia inconsciente de los creyentes y las situaciones sociales que parecen ser conductivas para el pensamiento fundamentalista. Un concepto general de la naturaleza de las reglas implicadas es necesario, pero sólo en un nivel general. Esto es parecido al problema anterior de saber lo que significa hablar una lengua y, de hecho, no hablarla.

El conocimiento de una lengua es irrelevante para el análisis de por qué, digamos, algunas lenguas como las gaélicas, están en peligro de desaparecer o por qué otras habladas por sólo un pequeño número de personas persisten en partes de África. De hecho, puede sostenerse que al dejar la interpretación de la religión fundamentalista al nivel de las interpretaciones propias de los creyentes se alejan las investigaciones de problemas más importantes como por qué las ideas fundamentalistas florecen en algunos medios y no en otros. Además, al poner esto en términos de las interpretaciones de los creyentes, se oscurecen las similitudes entre estas formas de creencia en favor del contenido de las creencias, que son, nuevamente, irrelevantes para los problemas implicados. En adición, los participantes mismos considerarían tales investigaciones como ilegítimas y seguramente considerarían el amontonamiento de diferentes formas de fundamentalismo como incorrecto. El historiador tendrá que ir más allá del sistema de creencias de los participantes.

Un problema similar surge cuando se considera la motivación inconsciente y, de manera importante, los problemas del mundo de la psique humana, "el inconsciente transindividual".

De manera extrema esto se da con las ilusiones. Si alguien está convencido de ser Napoleón, es necesario que el psicoanalista entienda en qué consiste esa ilusión. Un psicoanalista o psicoterapeuta que no supiera quién fue Napoleón estaría en gran desventaja. Sin embargo, el terapeuta debe conocer más que a la persona involucrada, y ser capaz de explicar la ilusión en un sentido general, así como entenderla de la misma manera que el participante. El entendimiento por sí

solo sería insuficiente. En un nivel menor, mientras la consideración de los estados mentales requiere el entendimiento de cómo son tales, también necesita una explicación de cómo esos estados mentales se dieron de una manera que no es aparente de inmediato en el participante.

Aquí hay dos enfoques del análisis del comportamiento social para el historiador, que pueden ser llamados propiamente paradigmas diferentes. De acuerdo con un paradigma, los seres humanos son básicamente los mismos dondequiera que se encuentren. Se vuelven crueles, amables, agresivos, pacíficos y así sucesivamente de acuerdo con las normas de la sociedad en la que se encuentran, pero debido a las similitudes subyacentes las reglas implicadas pueden entenderse. Como señala Peter Gay en su libro *Freud para historiadores* y generalmente, si bien implícitamente, aceptada en la práctica económica estándar y en la ciencia política conductista. Esto cuenta por la legitimidad de la generalización. De acuerdo con el otro paradigma, las reglas son demasiadas para poder entenderse. Éste no es sólo un problema de complejidad que debe resolverse, sino de principios, ya que el entendimiento no puede concederse a una computadora incluso en principio, sino que debe conservarse en la mente del sujeto, y nuestros recursos internos son inadecuados. Estos dos enfoques son maneras distintas de contemplar el mundo y, por lo tanto, paradigmas en el sentido kuhniano. No es el propósito declararse en favor o en contra de alguno de los paradigmas.

El problema de la legitimidad de las generalizaciones en la historia

El problema principal que distingue a los dos paradigmas en la historia "total" y otros aspectos de las ciencias sociales es si podemos generalizar legítimamente o no. Lo que es crucial para el enfoque científico social en la historia y en todo el comportamiento social en general es la noción de que pueden identificarse ciertos tipos de situaciones como "iguales", o por lo menos "iguales" en ciertos aspectos relevantes. Así, necesitamos ser capaces de identificar un tipo de crisis, de revoluciones, de situaciones de balance del poder o lo que sea, y discutir si son

las mismas para que podamos hacer generalizaciones. Existen dos problemas importantes. Primero, el estado de la información en situaciones similares se altera con el tiempo, lo que significa que nunca hay una réplica verdadera de un evento. En segundo lugar, muchos hechos sociales son tan complejos que se fracasa en obtener una réplica verdadera del suceso, incluso cuando se está alejado del factor informativo (las fuentes). Así, dos revoluciones no se parecen demasiado. La primera diferencia es más fundamental que la segunda.

Primero consideremos el problema de la base, las fuentes. Ver los hechos históricos con los ojos de los participantes nos ocasiona un severo problema al considerar cambios que suceden en diferentes épocas de la historia, ya que las experiencias e interpretaciones de los participantes son diferentes. Así, los participantes de los eventos en la escena internacional que sucedieron después de la Primera Guerra Mundial fueron influidos profundamente por esa experiencia y podrían haber actuado de manera diferente por esta causa. Esto significa que estos eventos son diferentes en un aspecto crucial a aquellos que los precedieron y esto puede ocasionar diferencias en cómo clasificamos las cosas. Igualmente, algunos eventos sociales parecen alcanzar importancia simbólica y afectar lo que sucede después. Munich es un caso clásico que afectó todos los intentos subsecuentes de negociación por años y que ocasionó que la "paz", anteriormente una noción perfectamente respetable, fuera algo que debía evitarse a cualquier precio. La pregunta es si éste es un problema que puede resolverse o que prohíbe fundamentalmente el uso de la generalización, con su dependencia en métodos estadísticos, en la historia o, por extensión, en cualquier otra ciencia social. Aquí llegamos a un verdadero paradigma. Mientras podamos argumentar una parte u otra del problema, no puede tomarse una decisión en el sentido de que es conceptualmente posible en algún momento decidir entre el realismo y el pluralismo por medio de la investigación teórica y empírica que todas las partes consideran apropiada.

Los más convencidos filósofos empiristas reconocen que hay diferencias entre las ciencias naturales y las sociales. Cuando un acto humano se repite, es común que los participantes sepan qué ha sucedido en ocasiones previas y que modifiquen su conducta debido a esto. Así, la repetición no es verdadera sino que tiene lugar bajo con-

diciones diferentes con diferente información. De manera muy simple, esto puede ser una observación del participante sobre lo que sucedió antes seguida por una simple modificación de comportamiento (lo que no necesariamente alcanza este objetivo). En su fase más sofisticada, esto puede presuponer la formación de una teoría de los procesos relevantes que ofrecen bases para un ajuste exitoso. No hay una presuposición necesaria de que la teoría induce el comportamiento para acoplarse a ella (haciéndola así auto-alcanzable o, cuando ocasiona un comportamiento divergente, auto-refutable). Esto provoca cuestiones diferentes en circunstancias diferentes. Es posible que una observación del comportamiento puede afectar al comportamiento tanto como puede hacerlo una teoría del comportamiento. No hay parangón con esto en las ciencias naturales. Aunque no significa que todo el comportamiento tiene lugar en diferentes circunstancias debido a la información generada. Si una acción se repite con frecuencia, el aprendizaje que tiene lugar es trivial o no existe y mucho del comportamiento humano es de este tipo. Sin embargo, puede suceder, y de hecho sucede, además de ser una característica del comportamiento social. Ésta es una versión más específica del problema que se trató en la última sección de este trabajo y que radica en las raíces de esta genuina diferencia paradigmática en las ciencias sociales.

Las crisis se suceden unas a otras en el tiempo. Tenemos la historia de una secuencia de ellas. Una en particular sucede en cierto momento de la historia y el participante de esa crisis tiene conocimientos de las precedentes. Debido a esto puede, y a veces lo hace, alterar su comportamiento. Los participantes de la siguiente crisis tienen conocimiento de lo que sucedió en la crisis previa y, aunque esto puede ser similar en muchos otros aspectos, tienen conocimientos relevantes diferentes. Esto es más que un punto hipotético. Sabemos, por la crisis de los misiles en Cuba, que un conocimiento de lo que sucedió en 1914 y un poco antes en la administración Kennedy con la Bahía de Cochinos sí afectó el comportamiento de los participantes en ese caso en particular. Así, si tenemos una secuencia de crisis C (1), C(2), ...C(n) no podemos asumir que el comportamiento en cualquiera de ellas es independiente de su posición en la secuencia, de hecho es lo contrario. Si C(2) hubiera ocurrido antes de C(1) hubiera seguido un camino

diferente debido a la falta de información acerca de C(1) que de hecho estaba disponible. Sin embargo, si tiramos balas de cañón de diferentes colores desde lo alto de la Torre de Pisa, no importaría si tiráramos la azul antes de la verde o antes de la roja, o esta última antes de la azul o antes de la verde. La secuencia es irrelevante porque las balas de cañón no aprenden de la experiencia de sus predecesoras.

Consideremos otro tipo de situación social más sencilla que una crisis. Supongamos que tres personas están probando un nuevo tipo de paracaídas y que los observadores tienen tres voluntarios cuyos paracaídas, como las balas de cañón, son rojo, azul y verde. Si asumimos que los que hacen las pruebas tienen permitido observar a sus predecesores, sí importaría que el verde se arrojara al principio o al final. El verde presumiblemente aprendería de los demás y modificaría su conducta debido a la experiencia previa. Así, si construimos una teoría de aprendizaje en el proceso podemos resolver el problema del cambio porque aunque cada miembro de esta secuencia difiere de su predecesor en términos de conocimiento disponible, esto puede incluirse dentro del sistema. La pregunta es de dónde viene esta teoría del aprendizaje histórico y si está sujeta a los mismos problemas en un nivel más elevado.

En el caso de procesos sociales simples que se repiten con frecuencia no hay mayor problema. Podemos llevar a cabo diferentes saltos en paracaídas y darnos cuenta de cómo los saltadores alteran su comportamiento como respuesta a las experiencias de sus predecesores. Con suficientes saltos podemos construir una teoría de tal cambio histórico. Usamos dicha teoría para acortar el proceso y hacer saber a saltadores inexpertos de dichas experiencias para ahorrarles los problemas (y peligros) del aprendizaje, ningún retroceso infinito está implicado en este argumento ya que aprender a aprender es el mismo tipo de actividad que aprender de cualquier otra forma de proceso psicológico o conductista.

No solamente requerimos de una teoría del aprendizaje en el sentido de cómo funciona y modifica la interpretación del pasado, en situaciones primigenias las personas tienden a buscar situaciones que parezcan similares para que les sirvan de guía. En situaciones rutinarias tienden a seguir procesos establecidos que no se tornen insatisfactorios. Algunos individuos prefieren buscar precedentes, como

ciertos grupos, y a partir de esto también se puede construir una teoría.

Otro serio problema de las generalizaciones es el asunto de la complejidad. Mientras que los eventos del salto en paracaídas pueden considerarse iguales, esto no es tan evidente en instancias de mayor complejidad como las crisis. Las revoluciones incluso son más complejas. Claramente hay algunas similitudes entre la Revolución Francesa y la Revolución Rusa, ¿pero hay las suficientes para considerarlas instancias del “mismo” tipo de hecho histórico? ¿Cuándo, si es que sucede, se vuelve crucial el problema de la complejidad y elimina la posibilidad de clasificación? Si las revoluciones son *sui generis* y los saltos en paracaídas no lo son, ¿dónde está la línea divisoria entre ellos?

El procedimiento que puede adoptarse es descomponer los eventos sociales complejos y hacer un grupo con los eventos simples. Para que esto funcione uno debe sostener que, en los procesos de análisis históricos, entre simples y complejos, hay algunos constitutivos básicos que sobresalen.

La posibilidad de analizar situaciones complejas en partes y reconstruirlas las hace analizables. El grado en el que esto es posible nuevamente resulta discutible.

Así, tenemos dos conceptos diferentes del comportamiento social. El primero sostiene que la generalización es posible. De ser así, podemos formular teorías deductivas del comportamiento social del modo científico tradicional e idear una ciencia social del comportamiento de esta manera. Esto es lo que muchos científicos sociales dicen hacer. El segundo paradigma sostiene que la generalización es imposible. Sus seguidores no pueden negar esto completamente, sino que discuten que se aplica sólo a un tipo restringido de eventos que son muy simples (como el salto en paracaídas) o que se repiten frecuentemente (como aprender una lengua) y que los procesos de aprendizaje entre una instancia y la siguiente son poco importantes, ya que las acciones pueden considerarse efectivamente iguales. Sin embargo, los eventos sociales de cualquier magnitud y complejidad, que significarían más o menos cualquier cosa que las hoy en día llamadas ciencias sociales pudieran estudiar, no caen en este rubro y, por lo tanto, se excluyen de los análisis llevados a cabo con mé-

todos científicos, como se entienden normalmente. Aunque éstas no son dicotomías estrictas, como en el caso de los paradigmas clásicos, la diferencia entre los seguidores de lo que podría llamarse extremos moderados las convierte, efectivamente, en dicotomías. Las estrategias de investigación en las que se toma una o la otra son completamente diferentes.

El paradigma de la historia cultural

Si el interés de un tema histórico pudiera ser mensurable a un mismo tiempo en las escalas cuantitativa y de intensidad, creo que en torno a las mentalidades, al inconsciente colectivo y al imaginario colectivo es mucho más lo que se ha producido en el orden teórico y metodológico, que en cuanto a la aplicación de esa clase de principios y procedimientos a la realidad histórica.

Varios historiadores, sociólogos, antropólogos y filósofos como Le Goff, Gurevitch, Lefebvre, Duby, Ariés, Godelier nos han brindado sus respectivas posiciones teóricas acerca del estado de las problemáticas relativas a la noción –nociones– de mentalidad e inconsciente colectivo a su breve historia y a la de sus precedentes, sus corporeizaciones y sus directrices actuales, posiciones que van desde la psico-historia a la antropología histórica.

Pero esas mismas presentaciones, en su aspecto bibliográfico, nos muestran que, en su manifestación positiva, es decir, en las efectivas elaboraciones confeccionadas por esta disciplina histórica, sus esfuerzos y sus logros responden más a objetivos parciales (“actitudes mentales” más o menos ocasionales en cuanto a lugar, sujeto y tiempo), que a actores propiamente considerados como portadores o encarnaciones de tales mentalidades.

Actitudes ante la muerte y los conflictos sociales son, por ejemplo especímenes del ejercicio de ésta ya relativamente nueva función historiadora, alineable, como una más de las “ciencias históricas”, a materias tales como la histórica política y la del pensamiento; ello, naturalmente, en el seno de Clío.

En cambio, quedan relativamente desguarecidos, o prácticamente no tratados –acaso por lo ingente y dificultoso de la empresa– estu-

dios configuradores, analíticos y descriptivos de sujetos tales como una clase, e incluso sólo un grupo social, una generación (enmarcada, por supuesto, entre determinadas coordenadas geográficas), y no decimos de un pueblo, por considerar tal enfoque radicalmente desacreditado, adhiriéndonos al enunciado del ensayo de Julio Caro Baroja: Pueblo igual a pobreza intelectual (*El mito del carácter nacional* Madrid, 1970).

Contenidos del tipo de los que deseáramos, suficientemente correspondientes a epígrafes como los incluidos en el libro de José Luis Romero, *La revolución burguesa en el mundo feudal* (Buenos Aires, 1967): *Las formas de la mentalidad señorial*, y entre ellas, *La mentalidad baronial, la mentalidad cortés, la mentalidad caballeresca...* –por ejemplo, extendidos a otros estratos sociales como el campesino, el intelectual, el monástico, el femenino dentro de cualquiera de los citados y referidos a tiempos y ámbitos concretos–, son los que deseáramos contemplar con mayor asiduidad dentro de la publicística histórico-mental.

Quiero apuntar aquí nuestra propia noción –más que concepto formulado– del inconsciente colectivo como una “categoría histórica”: tanto objetiva, existente en sí misma, cuanto como instrumento del conocimiento histórico, herramienta coadyuvante a la mejor comprensión y manejo de la realidad subjetiva a asediar.

Es decir, un contenido, ya suficientemente elaborado como “conciencia colectiva”, “genio”, “carácter”, “idiosincrasia”, “espíritu de cuerpo” –valgan todas estas expresiones como aproximativas a la identidad de nuestro objeto–; y un continente configurador y en cierto modo condicionante de la delimitación y comprensión de aquél: configuración y condicionamiento geográfico, temporal, social, de sexo, de edad, de formación, ideológico, de interés, de deseos.

Sólo con este aparato, cedazo o rejilla, clasificador de elementos componentes, puede llegarse, en efecto –estimamos–, a una verdadera caracterización mental de un sujeto histórico y no de un objeto histórico que, a su vez, quedará definido por su propia mentalidad.

El trabajo de investigación en las áreas históricas tiene características comunes con las de otras disciplinas humanísticas, pero también ofrece especificidades. Como en toda tarea de este tipo, se precisa una sólida base teórica que haga posible la interpretación de los datos. Sin embargo, creo que son los archivos, bibliotecas y hemerotecas los

instrumentos imprescindibles para la labor de cualquier historiador, sea del mundo antiguo, de la época contemporánea, de historia de América, de la ciencia o de la economía. Solamente los prehistoriadores o, quizás, con más propiedad, los historiadores de épocas primitivas sin cultura escrita, tienen que recurrir, como únicos instrumentos de trabajo, a los documentos meramente materiales.

A nadie escapa que en cualquier intento de racionalización que se haga en la labor de dotar a la comunidad de historiadores de una sólida estructura de investigación, se plantean, como una primera dificultad, la reticencia al cambio, así como otro tipo de barreras de carácter burocrático y de competencia.

Nuestra época está marcada por la desaparición de un "paradigma" dominante, por lo que se ha llamado "crisis de representación" en las ciencias sociales, por una crisis de la "teoría" como guía de la investigación y la aparición, como sustituto del paradigma, de una especie de intuicionismo descriptivista que personaliza la captación de la realidad por el investigador. Ello es de impronta antropológica. Las ciencias sociales, y en su seno la historiografía, se encuentran en estos años de fin de siglo en lo que la revista *Annales* llamó en 1989 un *tournant critique*.

La historia de la historiografía sigue siendo una disciplina en construcción, nuevamente en boga en el fin del siglo. Prueba de ello es la aparición, cada vez más frecuente, de libros, números monográficos de revistas y artículos referidos a esta especialidad.

La ausencia de la discusión teórica es un síntoma del crecimiento alcanzado por los estudios históricos en el último cuarto de siglo, habida cuenta de la necesidad de plantearnos paradigmas globales que no excluyan al sujeto.

Esto permite hacer un balance de la producción historiográfica de los últimos diez o quince años. Existe cierto consenso sobre algunos rasgos característicos: el notable desarrollo de la historiografía cultural anglosajona y la primacía en ella del contemporaneísmo, el *boom* de la historia local y regional de calidad muy desigual, la ampliación de la temática de estudio, la creciente autonomía y sofisticación de la historia económica, el surgimiento de una nueva historia social, la renovación de la historia política y de las relaciones internacionales, la potenciación de las investigaciones sobre el siglo xx.

La historiografía anglosajona vive un momento de encrucijada, de luces y sombras. Es indudable que se publican buenas obras de historia sobre temas, periodos o territorios concretos. Hay un claro pluralismo y eclecticismo metodológico que obedece a la crisis de los grandes paradigmas, pero también a la penuria teórica.

Desde hace, por lo menos, cincuenta años, han existido intentos de entrelazar al estudio de los procesos históricos elementos del psicoanálisis y la antropología. La escuela de Annales, por ejemplo, en su deseo de la historia total, recuperó entre otras disciplinas, a la etnología para explicar procesos que atañían a la colectividad en sus formas entendidas como cultura.

Por su parte, el psicoanálisis formuló la noción del inconsciente, y esta gran aportación del siglo XX empezó a ser trasladada en algunos intentos hacia el estudio de la cultura, pero referido sobre todo al campo analítico y antropológico, de esto último dan cuenta los esfuerzos de Carl G. Jung, Claude Levi-Strauss y Michael Foucault.

En el caso de la historia y el psicoanálisis, las posturas se han dividido entre los detractores de unir ambas disciplinas, argumentando que el psicoanálisis se refiere a una esfera de lo individual y la historia a lo colectivo, y una segunda postura desarrollada en la década de los sesenta- que convirtió a este intento en lo que se denominó psichistoria, ligada ésta, más que a procesos, a biografías, y que se planteaba problemas más psicológicos que psicoanalíticos y, por ello, a mi juicio, desde este planteamiento, irresolubles por poco profundos.

Sin embargo, a partir de la década de los setenta surgió, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, una nueva postura teórica, que, lejos de plantearse el problema de la interdisciplinariedad, estaba más preocupada por desentrañar las explicaciones a fenómenos tales como el rumor, las leyendas, los mitos, el humor, los cuentos, las tradiciones orales, entre otras.

Mientras en Francia se proponía la historia de las mentalidades, los anglosajones encontraban una forma de analizar el pasado a partir de lo que llamaron historia cultural (*cultural history*). De entrada, la propia traducción resulta problemática porque no se trata de hacer una historia de la cultura, sino una historia del pensamiento cotidiano dentro de una esfera social, a diferencia de la propuesta de la historia de las mentalidades de los terceros Annales.

El paradigma de la interdisciplina teórica que se sustenta en la cultura es un intento por revalorar la noción de inconsciente colectivo a partir de las aportaciones que la corriente de la historia cultural ha logrado, en sus más importantes exponentes, así como las posibilidades que sus planteamientos abren como líneas de investigación histórica en general, en un mismo eje: el inconsciente transindividual, ejercicio indiscutible de la historia cultural, el retorno al sujeto, la continuidad del paradigma.

Bibliografía

- Althusser, Louis *et al.* *La crisis del marxismo*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1979, 91 p. (Bibl. Francisco Javier Clavijero, Col. Filosófica Serie Mayor, 10).
- . *La filosofía como arma de la revolución*. Tr. Óscar del Barco y Enrique Román. Córdoba, Argentina, Pasado y Presente, 1972, 102 p. (Cuadernos de Pasado y Presente).
- . *La revolución teórica de Marx*. Tr. e intr. Marta Harnecker. México, Siglo XXI, 1967, 206 p. (Teoría y crítica).
- . *Lenin y la filosofía*. Tr. Felipe Saravia. México, Era, 1970, 81 p. (Serie Popular Era, 7); y Etienne Balibar. *Para leer "El capital"*. Tr. Martha Harnecker. México, Siglo XXI, 1969, 335 p. (Teoría y crítica).
- . *Para una crítica de la práctica teórica: respuesta a John Lewis*. Tr. Santiago Fuentes. México, Siglo XXI, 1974, 103 p.
- . *Por Marx*. La Habana, Edición Revolucionaria, 1966, 246 p.
- . *Sobre el trabajo teórico: dificultades y recursos*. Barcelona, Anagrama, 1970, 59 p. (Cuadernos Anagrama. Serie Filosofía, 6).
- Aron, Raymond. *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica completado con textos recientes*. Tr. Alfredo Llanos y Olga M. Menga. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1984, t.I y II.
- . *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*. Tr. Sergio René Madero, prol. de Soledad Loeza. México, FCE, 1996, 435 pp.
- Auge, Marc. *Símbolo, función e historia, Interrogantes de la antropología*, trad. Bertha Ruiz de la Concha, Ed. Grijalbo, México, 1987 (Col. Enlace).
- Ayer, A. J. *El concepto de persona*. Tr. Rafael Albisu. Barcelona, Seix Barral, 1966 (Col. Biblioteca Breve. Ciencias Humanas).
- Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. Tr. Tatiana Bubnova. México, Siglo XXI, 1982 (Col. Lingüística y Teoría Literaria).
- Barnes, Harry. *A History of Historical Writing*. Nueva York, Dover Publications, 1963, 450 p.
- Barnett, S. A. *et al.* *Un siglo después de Darwin*. Tr. Faustino Córdón. 2v., 4a. ed. Madrid, Alianza Editorial, 1979 (Col. Ciencia y Técnica, 24 y 25).
- Barroso Acosta, P. *et al.* (comps.) *El pensamiento histórico: ayer y hoy*. 2 v. México, UNAM, 1995 (Col. Lecturas Universitarias, 36-38).
- Berlin, Isaiah. "El concepto de historia científica", en: *Conceptos y categorías. Ensayos filosóficos*. Tr. Francisco González Aramburo. México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 179-236 (Sección Obras de Filosofía).
- . *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. Tr. Hero Rodríguez Toro. México, Fondo de Cultura Económica, 1983 (Col. Sección de Obras de Historia).
- . *Libertad y necesidad en la historia*. Tr. Julio Bayón. Madrid, Revista de Occidente, 1974 (Col. Biblioteca de Ciencias Históricas. Serie Teoría y Métodos).
- Bertalanffy, Ludwig von. *General system theory: foundations development applications*. Londres, Penguin Books, 1973.
- . *Problems of life. An evolution of modern biological thought*. Nueva York, Willey, London Watts, 1952.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. Tr. Pablo González Casanova, *et al.* México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Breviarios, 64).
- Boas, Franz. *Curso de antropología general* (conferencias 1 a 8), s/t. México, Universidad Nacional de México, Escuela de Altos Estudios, 1911.

- Boudon, Raymond y Paul Lazarsfeld. *Metodología de las ciencias sociales*. 3v., tr. Jaume Melendres y Josep Colomé. Barcelona, Editorial Laia, 1973.
- Bourdieu, Pierre. "Structuralism and the theory of sociological knowledge", en: *Social Research*, vol. XXXV, 1968, p. 681-706.
- Braudel, F. *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. Madrid, Tecnos, 1973 (Serie de historia).
- . *La historia y las ciencias sociales*. Tr. Josefina Gómez Mendoza, 7ed. Madrid, Alianza Editorial, 1984 (Col. Libro de Bolsillo. Sección Humanidades, 139).
- . *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Tr. Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Rocés y Vicente Simón, 1a. reimp. México, Fondo de Cultura Económica, 1981 (Col. Sección Obras de Historia).
- . *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. 3 v., versión española Isabel Pérez-Villanueva Tovar. Madrid, Alianza, 1984.
- Bromberger, Silvain. "An approach to explanation", en: *Analytical philosophy*. Butler R. J. ed. Gran Bretaña, Basil Blackwell, p. 72-105.
- Buber, Martin. *¿Qué es la Historia?* Tr. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1949 (Col. Breviario, 10).
- Buckle, Henry Th. "History and the operation of universal laws", en: *Theories of History*. Patrick Gardiner ed. p. 106-123.
- Bunge, Mario. *Causalidad*. Tr. Hernán Rodríguez. Buenos Aires, Eudeba, 1972.
- . *La investigación científica*. Tr. Manuel Sacristán, 3ed. Madrid, Ariel, 1973.
- Burckhardt, Jacob. *Reflexiones sobre historia universal*. Tr. Wenceslao Rocés. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Burke, Peter. *La cultura popular en la europa moderna*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- . *Sociología e historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- . *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona, Gedisa, 1993.
- . *The Italian Renaissance. Culture and society in Italy*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 1986.
- . *The Renaissance*. London, Macmillan, 1990.
- Cardoso, C. y Pérez Brignolli. *Los métodos de la Historia*. México, Grijalbo. 1979, 439 p. (Teoría y praxis, 35).
- . *et al. Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México, SEP, 1976 (SepSetentas, 180).
- . *et al. Tendencias actuales de la historia social y demográfica*. México, SEP 1976, 187 p. (SepSetentas, 178).
- Carr, Edward. *¿Qué es la Historia?* Tr. Joaquín Romero Maura. Barcelona México, Origen/Planeta, 1985 (Col. Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo, 15).
- Castoriadis, C. *L'institution imaginaire de la société*. París, Le Seuil, 1975.
- Cerroni, Umberto. *Introducción a la ciencia de la sociedad*. Barcelona, Crítica, 1978, 338 p. (Serie general, 26).
- Certeau, M. *La fábula mística*. México, Universidad Iberoamericana, 1994.
- Charbonnier, George. *Arte. lenguaje y etnología, entrevistas a Claude Lévi Strauss*. Tr. Francisco González Aramburu, 3ed. México, Siglo XXI, 1971 (Colección Mínima, 14).
- Childe, G. *Teoría de la historia*. Buenos Aires, La Pleyade, 1981.
- Chomsky, Noam. *Estructuras sintácticas*. Tr. de Carlos Peregrín Otero. México, Siglo XXI, 1974.
- Collingwood, R. G. *Idea de la Historia*. Tr. Edmundo O'Gorman y José Hernández Campos, 3ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1968 (Col. Sección Obras de Filosofía).
- Couzens Hoy, David (comp). *Foucault*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

- Croce, Benedetto. *La historia como bazaar de la libertad*. Tr. Enrique Díez Canedo, 2ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (Col. Popular, 18).
- . *Teoría e historia de la historiografía*. Tr. Eduardo J. Prieto. Buenos Aires, Editorial Escuela, 1965.
- Curtis, Jr. L.P. (ed.) *El taller del historiador*. Tr. Juan José Utrillo. México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Col. Sección Obras de Historia).
- Darnton, Robert. *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*. Nueva York, W. W. Norton, 1990.
- . *The Great Cat massacre and Other Episodes in French Cultural History*.
- Demerath, N y Peterson N. (eds.) *System, change and conflict*. Nueva York, The Macmillan Co., 1967.
- Devereux, George. *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Tr. Félix Blanco. México, Siglo XXI, 1977 (Teoría).
- Dilthey, Wilhelm. *Crítica de la razón histórica*. Hans-Ulrich Lessing ed. Barcelona, Ediciones Península, 1986 (Col. Historia, Ciencia, Sociedad, 200).
- . *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*. Tr. Julián Mariás. Madrid, Revista de Occidente, 1956.
- Dosse, François. *La historia en migajas. de "Annales" a la "nueva historia"*. Institución Valenciana d-Estudis i Investigación, 1988, 284 p.
- Dray, William H. "Explaining what in History", en: *Theories of History*. Gardiner (ed.), p. 403-408.
- . *Filosofía de la Historia*. Tr. Molly K. Brown. México, UTEHA, 1965.
- Droysen, J. G. *Histórica*. Buenos Aires, Alfa, 1980 (Col. Estudios Alemanes).
- Duby, Georges. *La historia continúa*. Tr. de Pilar Álvaro- Madrid, Editorial. Debate, 1992.
- Ducrot, Oswald y Todorov Tzvetan. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Tr. Enrique Pezzoni. Buenos Aires, Siglo XXI, Argentina, 1974.
- Durkheim, Émile. *Règles de la méthode sociologique* 11ed. París, PUF, 1950.
- Eliade, Mircea. "Fragmentos de un diario", presentación y tr. Juan Carvajal, en: *Sábado*, suplemento del *Uno más Uno*, núm. 489, 14 de febrero de 1987. México, p.1-4.
- . *Mito y realidad*. 2ed., tr. Luis Gil. Madrid, Guadarrama, 1973 (Col. Punto Omega, 25).
- Engels, F. "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en: *Obras escogidas*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955, t. II, p. 377-425.
- Febvre, Lucien. *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1970, 247 p. (Ariel Quincenal, 35)
- . *Erasmus. la contrarreforma y el espíritu moderno*. Tr. Carlos Piera. Barcelona, Martínez Roca, 1970, 158 p. (Novocurso, 17).
- . *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*. México, UTEHA, 1955, 1961, XXIV, 377 p. (La evolución de la humanidad, 4).
- . *Martín Lutero, un destino*. Tr. Tomás Segovia. México, FCE, 1956, 282 p. (Breviarios, 113).
- Ferrater Mora, J. *Cuatro visiones de la historia universal*. Buenos Aires, Sudamericana, 1971.
- Fontana, Josep. *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica, 1982, 341 p. (Estudios y ensayos, 88).
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, 1973 (Cuadernos Marginales, 36).
- . *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1981.
- . *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.
- . *Microfísica del poder*. Madrid. Ediciones de la Pigueta, 1978.
- . *Nietzsche, Freud, Marx*. Barcelona, Anagrama, 1965.
- . *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI, 1988.
- . *Historia de la sexualidad*. 3 vol. México, Siglo XXI, 1984.

- Gardiner, Patrick. *La naturaleza de la explicación histórica*. Tr. José Luis González. México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1961 (Col. Filosofía Contemporánea).
- Gay, Peter. *La edad de las luces*. México, Ediciones Culturales Internacionales, 1985, 192 p.
- . *The Enlightenment, an interpretation: the rise of modern paganism*. Nueva York, Knopf, 1966, 555 p.
- . *La experiencia burguesa de Victoria a Freud*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- . *Freud: Una vida de nuestro tiempo*. México, Paidós, 1989, 917 p.
- . *Freud: Jews and other Germans: masters and victims in modernist culture*. Nueva York, Oxford University, 1978, 289 p.
- . *Style in history*. Nueva York, W. W. Norton, 1974, 241 p.
- . *Tiernas Pasiones*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 448 p.
- González, J. "Temporalidad y libertad", en: *El malestar de la moral*. México, Joaquín Mortiz, 1986.
- Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. La Habana, Edición Revolucionaria, 1955, 258 p.
- . *Cuadernos de la cárcel, I*. Tr. Ana Ma. Palos. México, ERA, 1981 (Col. El Hombre y su Tiempo).
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. 2v. Madrid, Tecnos, 1967.
- . *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus, 1989.
- . *La reconstrucción del materialismo histórico*. Tr. Jaime Nicolás Muñoz y Ramón García Cotarelo. Madrid, Taurus, 1981 (Col. Ensayistas, 190).
- Hegel, G. W. *Filosofía de la Historia*. Tr. de T. Brunstad, Taurus, Barcelona, 1970 (Col. Podium. Obras Significativas).
- Heller, Agnes, *Teoría de la Historia*, Tr. Javier Honorato. México, Fontamara, 1986, 180 p.
- Hempel, Carl G. *Aspects of scientific explanation and other essays in the Philosophy of science*. New York, The Free Press, 1965.
- . *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*. Tr. M. Frassinetti de Gallo et al. Buenos Aires, Paidós, 1979 (Biblioteca de Filosofía. Serie Mayor, 13).
- Herodoto. *Historias*. Intro., versión y notas Arturo Ramírez Trejo. 3 v. México, UNAM, 1984 (Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- Hexter, J. H. "La retórica de la historia", en: *Enciclopedia Internacional de las ciencias sociales*. ed. en inglés 1968. Madrid, Aguilar, 1979.
- Hodges, H. A. *Wilhelm Dilthey. An introduction*,. Londres, Routledge and Reagan, 1969.
- Huizinga, Johan. *El concepto de la historia y otros ensayos*. Tr. Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Jaeger, W. *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Trad. Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Kant, I. *Crítica del juicio*. Tr. José Rovira Armengol. Buenos Aires, Losada, 1961 (Biblioteca Filosófica).
- . *Filosofía de la historia*. Pról. y tr. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (Colección Popular, 147).
- Kaufmann, Félix. *Metodología de las ciencias sociales*. Tr. Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 1946 (Col. Sección Obras de Sociología).
- Kosik, Karel. *Dialéctica de lo concreto (Estudios sobre los problemas del hombre y del mundo)*. Tr. y pról. Adolfo Sánchez Vázquez. México, Editorial Grijalbo, 1967.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista*. México, Siglo XXI, 1987.
- Le Goff, Jacques (ed.) *La nueva historia. Diccionarios del saber moderno*. Madrid, Ediciones Mensajero, 1994.

- Le Goff, Jacques *et al.* *Hacer la Historia*. 3 v. Laisa, Barcelona, 1979.
- Lefebvre, Henry. *Estructuralismo y marxismo*. México, Grijalbo, 1970 (Colección 70, 88).
- Leff, Gordon. *History and Social Theory*. Nueva York, Doubleday, 1971.
- Lévi-Strauss, Claude. *El pensamiento salvaje*. Tr. Francisco González Aramburo. México, FCE, 1964, 413 p. (Breviarios, 173).
- . *El Totemismo en la actualidad*. Tr. Francisco González Aramburo. México, FCE, 1965, 157 p. (Breviarios, 185).
- . *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires, Paidós, 1969.
- . *Mitológicas*. 4 v. Tr. Juan Almela. México, FCE y Siglo XXI, 1970-1976.
- . *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Tr. J. Almela. 4ed. México, Siglo XXI, 1984.
- Löwith, Karl. "Vico", en: *El sentido de la historia*. Madrid, Aguilar, 1956 (Cultura e historia).
- Marrou, H. *El conocimiento histórico*. Barcelona, Labor, 1968.
- Matute Aguirre, Álvaro. *Heurística e historia*. México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, 1999.
- Ortega y Gasset, J. "El tema de nuestro tiempo. El ocaso de las revoluciones, el sentido histórico de la teoría de Einstein, ni vitalismo ni racionalismo". 15ed. En: *Revista de Occidente*. Madrid, 1963.
- . "Historia como sistema", en: *Revista de Occidente*. Madrid, 1966.
- . "La filosofía de la historia de Hegel y la historiología", en: *Kant, Hegel, Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente, 1973.
- Ortega y Medina, J. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, UNAM, 1960.
- O'Gorman, E. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1943.
- Palazon, M. R. *Filosofía de la historia*. México, UNAM, 1990.
- Pereyra, C. "Dialéctica objetivista vs. dialéctica subjetivista", en: *Cuadernos de Filosofía y Letras*, núm. 1. México, UNAM, 1985.
- Poster, Mark. *Foucault, el marxismo y la historia*. Buenos Aires, Paidós Studio, 1987.
- Rama, C. *Teoría de la historia*. Madrid, Tecnos, 1974.
- Sanchez Vázquez, A. "Estructuralismo e historia", en: *Estructuralismo y marxismo*. México, Grijalbo, 1970.
- Sartre, J. P. *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires, Losada, 1963.
- Suárez, L. *Las grandes interpretaciones de la historia*. Bilbao, Ed. Moretón, 1972.
- Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1985.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. México, Siglo XXI.
- Todorov, Tzvetan y Georges Baudot. *Relatos aztecas de la conquista*. México, Conaculta Grijalbo, 1990 (Los noventa, 7).
- Todorov, Tzvetan. y Oswald Ducrot. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. México, Siglo XXI, 1980.
- Varios. *Estudios de historia de la filosofía en México*. México, UNAM, 1985.
- Vázquez, J. Z. *Historia de la historiografía*. México, SEP, 1973.
- Veyne, Paul. *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid, Alianza Universidad, 1984.
- Vico, Juan Bautista. *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones* (1744) 4 vols., tr., pról y notas de Manuel Fuentes. Benot, Aguilar, 1973.
- Vilar, Pierre. *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia*. Reflexiones sobre el caso español. Barcelona, Ariel, 1976, 423 p. (Ariel/Historia, 2).
- . *Hidalgos, amotinados y guerrilleros; pueblos y poderes en la Historia de España*. Tr. Ferrán Gallego. Barcelona, Crítica, 1982, 314 p. (Temas hispánicos, 94).

- . *Historia de España*. Tr. Manuel Tuñón de Lara y Jesús Suso Soria. Barcelona, Crítica, 1981, 180 p. (Temas Hispánicos, 25).
- . *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Tr. M. Dolores Folch. Barcelona, Crítica, 1980, 315 p. (Serie general, 61).
- . *Oro y moneda en la historia, 1450-1920*. Tr. Armando Sáez Buesa y Juana Sabater Borrell. Rev. Jorge Nadal. Barcelona, Ariel, 1969, 430 p. (Col. Demos. Biblioteca de Ciencia económica).
- . *Cataluña en la España Moderna, Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*. 3v. Barcelona, Joaquín Sempere, Crítica, 1978.
- Walch, W., *Introducción a la filosofía de la historia*. México, Siglo XXI, 1968.
- . *El sujeto de la historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- . *Filosofía de la praxis*. México, Grijalbo, 1967.
- White, Hayden V. *Metahistory: the Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*. Baltimore, John Hopkins University, 1975, 448 p.

LA DEMANDA DE LA HISTORIA AL PSICOANÁLISIS. UN PARADIGMA ENTRE DOS SIGLOS⁸³

Cuando pensaba en el privilegio de viajar a Europa una vez más, no pude olvidar el mítico diálogo que contó en una conferencia en Viena Jacques Lacan, quien afirmó haber oído de boca de Jung la siguiente anécdota: en 1909, al poner pie en el continente americano para dictar cinco conferencias en la Clark University de Worcester, Sigmund Freud había murmurado a la oreja de su discípulo “No saben que nosotros les traemos la peste”, haciendo alusión al psicoanálisis.⁸⁴

Quizá Freud se equivocó al creer que el psicoanálisis sería una revolución para los Estados Unidos de Norteamérica quienes en realidad lo devoraron quitándole el espíritu de subversión que sí adquirió en América Latina, donde la teoría freudiana ha sido considerada “subversiva” y asimilada a una “epidemia” semejante a las grandes revoluciones que han cambiado el mundo. Algunos autores ponen en duda la anécdota, lo cual me parece irrelevante, porque estoy seguro que Freud sabía que su interpretación de la conciencia dolía, y duele, como un bisturí en la piel sensible de la sociedad.

Hoy, tocado y atravesado por esa “peste” que bien se puede llamar pasión, traigo conmigo mis dos grandes pasiones epistemológicas, hoy son todavía una búsqueda, una aproximación a las nociones metodológicas y teóricas de la relación entre la historia y el psicoanálisis, creo que una de las grandes repreguntas que serán nuevos paradigmas en el próximo milenio es la aplicación del R.S.I. lacaniano (Real, Simbólico e Imaginario) en la interpretación histórica. Abramos, pues, hoy, un inicio de esta relación.

El psicoanálisis puede intervenir en el campo de la historia como un elemento explicativo que aporta una interpretación de los componentes subjetivos que participan en la trama histórica, en grupos o individuos que realizan una acción, un comportamiento, un sentir, un pensar. El interés, para un historiador, en el psicoanálisis, radica en

⁸³ Ponencia leída en el Segundo Congreso “Historia a Debate” en Santiago de Compostella, 1999.

⁸⁴ Peter Gay. *Freud: una vida de nuestro tiempo*, México, Paidós, 1989, p. 246.

las conjeturas que puede ofrecerle respecto de los deseos y resortes subjetivos que subyacen en los hombres del pasado que estudia.

Decir “del pasado” significa que el psicoanálisis, como petición de principio, deberá admitir, en esa colaboración, que los sentimientos, pasiones, pulsiones, también son históricos, aunque cambien en su expresión, de acuerdo al momento que se vive. La expresión sintomática de la estructura histérica en la época de Charcot y Freud no es la misma que la de nuestros días; aunque se esté ante el mismo dolor el sentido del lenguaje es otro; no es lo mismo el amor decimonónico que el amor en nuestros días; no es igual la conducta ante la muerte de un hombre del medioevo que en un hombre de hoy en América Latina, Europa o Estados Unidos. Esto hace que cuando un historiador, apoyado por el psicoanálisis, atribuye un tal deseo a su personaje, un movimiento de su humor, tendrá que buscar el inconsciente colectivo en el tiempo y el espacio a partir de la literatura, el arte, la iconografía y todas las fuentes posibles. Lo cierto es la interacción de las generaciones. El inconsciente intrasubjetivo traspasa la barrera de la teoría y se yergue autónomo como realidad cotidiana. Así, Althusser, al hablar de Freud y Lacan, se refiere a sí mismo: sujeto y objeto de esa ciencia en devenir constante.

El psicoanálisis revela a la historia la culpa, la vergüenza, el amor, la rivalidad, la piedad, la pasión, los lapsus, las denegaciones. No es posible entonces partir de un anacronismo psicológico que presta a los hombres del pasado los prejuicios y pasiones personales actuales.

Se ve, pues, que el tiempo es una noción clave y enigmática en este recorrido, ya que el inconsciente es atemporal y la historicidad de los sentimientos, la sensibilidad, los valores morales e incluso los caminos del razonamiento son atravesados por la transferencia del historiador.

La historia, el psicoanálisis y la antropología conciben como cambiante y como resistente al cambio a la “naturaleza humana” pero tienden a racionalizar, estructurar o delimitar sus cambios. En ello la noción lacaniana de tiempo lógico, también aporta luces o sombras. Dado que el tiempo lógico no es el tiempo cronológico.

Se trata entonces de buscar la causa profunda del discurso de los hombres del pasado, y en ese punto el psicoanálisis puede ser recurso teórico y metodológico en tanto va más allá o más acá de la “cons-

ciencia colectiva” y el “inconsciente intrasubjetivo” que han sido las nociones más avanzadas que al respecto ha aportado en este siglo el psicoanálisis a la historia. El psicoanálisis reconoce, además, otras causas inconscientes, esclarecidas a partir del paradigma indiciario que orienta tanto al historiador como al analista y les permite deducir resortes inconscientes inéditos hasta hoy en la interrogación de algunos personajes o acontecimientos históricos. Pero en ese más allá de la consciencia colectiva hay que señalar otro *impasse* metodológico en donde cabría plantearse que el discurso histórico como lenguaje se juega en otra escena: la de lo inconsciente.⁸⁵

El psicoanálisis, con ese aporte, puede igualmente señalar los prejuicios y paradigmas del historiador al estudiar su objeto y renovar la vieja dialéctica de buscar el método adecuado para estudiar la relación sujeto-objeto. Vale la pena dejar planteado al método científico si lo “objetivo” se deriva o hace referencia al objeto causa del deseo.

La manera de preguntar puede orientar inconscientemente las respuestas del testigo, o documento, sea por la situación que encuadra la entrevista o por la idea preconcebida que el investigador quiere demostrar, igual que el acto analítico donde el deseo del analista, similar a el “deseo del investigador social”, ha de estar claro en él para no crear una transferencia negativa que obstaculice su investigación, haciendo intervenir una sugestión o prejuicio en la fuente o privilegiando los datos que confirman su hipótesis a costa de disimular, o no ver que la niegan, en la interpretación de un documento. En este sentido, el psicoanálisis puede servir para interrogar tanto al historiador como a su objeto sobre los contenidos latentes que subyacen en la mirada del investigador y en el material que interpreta.

No obstante, ese aporte metodológico exige mucha prudencia, ya que no es lo mismo escuchar en la sesión analítica a un analizante que emite significantes y cuya interpretación tendrá consecuencias en su vida, de manera más o menos mediata, que interpretar un material del pasado cuyos sujetos anunciantes ya no están, han muerto. Sin olvidar que puede morir un hombre, pero no su palabra; sería una amputación imperdonable a la teoría psicoanalítica olvidar que el incons-

⁸⁵ Ver Boris Berenzon Gorn. *Historia es inconsciente (La historia cultural: Peter Gay y Robert Darnton)*, El Colegio de San Luis A. C., México, 1999, 150 pp.

ciente es atemporal, lo que nos llevaría a presuponer que el inconsciente colectivo es un lenguaje que permanece en el tiempo. La prueba de lo exacto o verdadero de la interpretación no es verificable en este caso con la transferencia; sino en la coherencia de la construcción histórica en relación con los datos. No se trata de hacer un psicoanálisis a ultranza de personajes muertos, sino de afinar la interpretación de los datos históricos, es decir, de su discurso.

El psicoanálisis, entonces, encuentra en la historia la observación de ritmos, relaciones entre sujetos, situaciones, grupos y la interrelación del sujeto con el Otro (Otro como tesoro de los significantes, como sede institucional, cultural y social, como lugar deseante donde el sujeto busca inscribirse, como realidad que el sujeto construye y hace existir). Éste sería uno de los nombres del Otro, una "prisión de pulsiones de larga duración", marcos que durante siglos determinan, generación tras generación, las actitudes profundas y las conductas de los individuos, herencia cultural, cosmovisiones y sus representaciones religiosas, modelos de comportamiento, virtudes o vicios tolerados, periodos de vida intelectual predominantes, periodos de la vida afectiva singularmente desarrollada, que dan en una civilización su tono particular.

Dado su respeto por las fuerzas de la sinrazón que pueblan el pasado, el historiador difícilmente puede escapar a la sensación de que su disciplina habita un territorio estrictamente ajeno a aquél del psicoanálisis. Los puntos en los que convergen, o así lo parece, son encuentros tirantes. El psicoanálisis se encuentra en la tierra de las violaciones ficticias y los asesinatos mentales, de las fantasías desbordadas y de los síntomas improbables, de los sueños, de las distorsiones y de las alucinaciones. Efectivamente, fue en el terreno de la fantasía donde se construyó el edificio del psicoanálisis.

Naturalmente, de esto deriva que la razón, compañera de una realidad imaginaria, no sea muy bien recibida en la situación psicoanalítica. Se le insiste al paciente en el diván para que siga el precepto cardinal que Freud estableció para el tratamiento: permitir a todas las asociaciones el libre acceso a su consciencia y comunicarlas con tan poca edición y tan pocas correcciones como le sea posible. La regla de oro parece un deliberado y provocativo insulto a la urbanidad. Se supone que el analizante debe decir no sólo todas las trivialidades y

obscenidades que cualquier ser humano en su juicio borraría de su vocabulario, y muchas veces de sus pensamientos, sino también sus menos importantes y más absurdos recovecos mentales. Éste no es el paisaje psíquico con que el historiador se siente más a gusto.

La incompatibilidad entre los mundos del psicoanalista y el historiador resulta tan patente que cualquier llamado a la reconciliación parecería utópico en principio. A diferencia del psicoanalista, el historiador maneja realidades evidentes: escasez de alimentos, aglomeraciones urbanas, innovaciones técnicas, territorios estratégicos, instituciones religiosas. Cuando estudia conflictos en los que la psique actúa —lucha de clases o intereses enfrentados— los encuentra tan palpables, tan materiales, que podrían resultar casi tangibles. El historiador marxista también vive en un mundo evidente y conciso. Es verdad, su esquema, en el que las clases o los individuos que tratan de servirse a sí mismos inconscientemente sirven a los racionalistas de la historia, le otorga poca oportunidad a la operación de fuerzas detrás de los actores. Sin embargo, tiene confianza de que puede descifrar estas fuerzas al especificar la situación histórica concreta en la que estos actores deben desenvolverse.

Quiero decir que los historiadores no han descuidado las irracionalidades potenciales en el pasado. Cuando se han visto obligados a lidiar con el tenebroso inframundo de emociones escondidas y contradictorias que son el deleite de los psicoanalistas, lo han hecho con aversión evidente y se han retirado después de alimentar a sus lectores con unas pocas observaciones tomadas de la psicología del sentido común. Es significativo que la importante escuela de historiadores franceses que se apiñan alrededor de su celebrada publicación profesional, los *Annales*, haya quedado satisfecha del todo al nombrar como su psicólogo favorito a Lucien Febvre, quien de ninguna manera era psicólogo, y que hayan catalogado estados mentales colectivos con el pomposo nombre de *mentalités*, sin haberse molestado en rastrear estos estados hasta sus raíces en la vida.⁸⁶ Los mundos del historiador y el psicoanalista se mantienen separados.

⁸⁶ Sigmund Freud. *Psicología de las masas y análisis del yo*, (1920), en *Obras Completas*, Amorrortu.

Existe una manera de unirlos con un trazo de la pluma de la filosofía: al señalar que la fantasía o la alucinación es una realidad para la propuesta de comprender y aprehender el prisma pulsional del pasado que rebasa el dato anecdótico insulso.

Pensemos, por ejemplo, en la interrelación de la literatura y el psicoanálisis. Es imposible psicoanalizar a Hamlet, porque el príncipe no es neurótico ni psicótico, histérico u obsesivo. *Hamlet*, como obra literaria, es la estructura misma del deseo. Así, de manera semejante, psicoanalizar el pasado sería quedarse en lo anecdótico del dato histórico sin profundizar las causas estructurales del fenómeno mismo que se estudia.

Abrir la historia al campo del psicoanálisis y valerse del aporte teórico-técnico y metodológico de esta disciplina es abrir una nueva veta para ambas disciplinas. Este panorama de apertura de la historia que indaga en el psicoanálisis para hallar una respuesta metodológica a su quehacer cotidiano en la búsqueda del análisis histórico es uno de los retos que afronta el historiador moderno. Por ejemplo: hoy en día las formas coloquiales que se manejan en el centro de México como el “Sí, señor, como usted mande”, o el uso de diminutivos como “ratito”, “manito”, “ahoritita”⁸⁷ son reminiscencias de un proceso de colonización que el inconsciente colectivo asume.

El mundo indígena y la guerrilla chiapaneca siguen nutriéndose de cosmovisiones que evocan la milenaria cultura maya a la par del sueño revolucionario de 1910 por recuperar la tierra, que no se entienden si no se comprende la relación particular hombre-naturaleza en estos pueblos.

La revolución mexicana planteó como un principio fundamental la repartición de la tierra, el humor vía regia al inconsciente colectivo⁸⁸ expresada en distintos corridos satíricos, escritos después de 1968, el fracaso de la reforma agraria y es más nítida la interpretación histórica que muchos sesudos estudios, uno de ellos titulado *Juan Sin Tierra* dice en una de sus estrofas:

⁸⁷ Ver Juan M. Lope-Blanch. “Sobre la fisonomía del español de América” en *Vetas... Cultura y conocimiento social*, no. 1, abril, 1999, San Luis Potosí, México, El Colegio de San Luis A. C., pp. 9-20.

⁸⁸ Sigmund Freud. *El chiste y su relación con el inconsciente*, en *Obras Completas*, Amorrortu.

“Mi abuelo fue peón de hacienda, yo fui revolucionario, mis hijos pusieron tienda y mi nieto es funcionario. Si me vienen a invitar pa’otra revolución les digo estoy ocupado sembrando para el patrón”.

La historia progresa cuando se enriquece con los aportes que otras disciplinas le aportan, estableciendo en esa colaboración un debate.

Freud, ocupado en pensar la frontera entre psicología individual y psicología social, postula que desde el psicoanálisis es inconcebible el sujeto aislado y reconoce la importancia del Otro, del semejante, para la constitución del ser humano. Un otro como auxiliar, como modelo, como objeto o como enemigo. Esto es, que en el análisis histórico de un sujeto es imposible pensarlo sin su medio social, sin los grupos en que participa: familia, escuela, ejército, correligionarios, pandilla, partido político, grupo literario o científico, etcétera. El psicoanálisis demuestra que la psicología individual es, en el fondo, psicología social y viceversa.

Para Lacan el inconsciente es el discurso del Otro, lo que quiere decir que un sujeto estructura su inconsciente a partir de los significantes que recibe de los otros que lo rodean. Por tanto, una historia que incorpora al psicoanálisis es el análisis de las formas discursivas del Otro en una época determinada y las maneras como esto configura los sujetos que estudia.

Aporte del psicoanálisis a la historia, desde el punto de vista metodológico, es un aparataje conceptual y de herramientas de interpretación de los testimonios, en lo que ellos revelan de inconsciente. La manera como un sujeto se comunica con otros, pero también como se construyen las “leyendas” o “mitos” familiares en forma individual en los sujetos, a partir de la constelación social donde se hallan insertos y cómo se transmiten de generación en generación, los significantes privilegiados de un grupo social, configurando de manera particular el pensar, actuar y sentir de sus integrantes.⁸⁹

La interpretación de la lógica del rito, del mito, de la creencia, de la ceremonia, puede ser ampliada en esta colaboración entre psicoanálisis e historia, aportando filones escondidos para la investigación histórica. A condición, claro está, de ir más allá de la llamada “consciencia

⁸⁹ Cfr. Peter Gay. *Freud for historians*, Oxford, Oxford University Press, 1985.

colectiva", no hasta el "inconsciente colectivo" que en rigor no existe, pero sí hasta la elucidación de la determinación de actos inconscientes en los sujetos que estudia, a partir de la psicopatología de la vida cotidiana, de la que los sujetos dejaron algún sutil rastro.

El análisis de la decisiva influencia en la formación de un sujeto de un grupo social con el que inter-actúa se complementa con el análisis de las respuestas singulares del sujeto frente al grupo social. Esto dialectiza el determinismo social, discursivo, de una época, con la elección del sujeto para acomodarse en ella o combatirla, innovarla, ponerla en duda, inventarla de nuevo y modificar su medio cultural.

El psicoanálisis dispone de puntos de vista sobre la estructura de una masa espontánea, artificial, los lazos libidinales que en ella se anudan al líder, a sus semejantes, el lugar del líder como ideal del yo de un sujeto, "modelo" y amo de sus comportamientos, así mismo de las formas de alienación y separación posibles de un sujeto respecto a ellos y, en última instancia, de la relación entre las civilizaciones y los destinos individuales.

El psicoanálisis, entonces, encuentra un abanico de ritmos, relaciones entre sujetos, situaciones, grupos y la inter-relación del sujeto con el Otro, a partir de abordar, entretener, el real, el simbólico y el imaginario lacaniano, cuya comprensión es, a mi juicio, una piedra angular del aporte paradigmático con el que se construirá el quehacer del historiador en los años por venir.

La historia y el imaginario muestran la historia de los imaginarios colectivos o sociales. Para algunos historiadores, el dominio del imaginario como objeto de la historia lo constituye un conjunto de representaciones que desbordan el límite planteado por las constataciones de la experiencia y los encadenamientos deductivos que éstas autorizan. Se trata, entonces, de una visión que se ocupa de objetos no pensables desde procedimientos aristotélicos, tales como la deducción o la inducción. En todo caso, nacen como una dimensión de umbral, de agotamiento de una lógica y de los procedimientos de constatación de la experiencia que llevan consigo; exige, en consecuencia, otra construcción de la realidad, de sus experiencias, de la lógica de su reflexión y de los procedimientos de verificación de sus experiencias. Lo imaginario como objeto de la historia pide un método científico diferente al cartesiano (Descartes: "Pienso, luego existo"; Lacan: "Donde

pienso no existo”). En psicoanálisis se permite pensar aquello que desborda los límites, por ejemplo, de lo simbólico, del lenguaje, y allí se encuentra una categoría a desarrollar más adelante: lo real. ¿Es lo imaginario histórico equivalente a lo real psicoanalítico?

Desde la definición inicial el psicoanálisis puede aportar a la historia de los imaginarios algunos puntos de reflexión, pues la expresión “conjunto de representaciones” exige primero acordar aquello que se entiende por *representación*, concepto que Freud toma del asociacionismo y replantea al hablar de representaciones de cosas y representaciones de palabras⁹⁰ y que, en una época de su enseñanza, Lacan aproxima a “significante”, elaborando psicoanalíticamente un concepto proveniente de la lingüística estructural. Pero también para nombrar el conjunto de representaciones culturales.

Ahora bien, ¿de qué realidad se trata en el terreno de los imaginarios si no es la realidad llamada objetiva y verificable? Freud señala como el más importante de sus errores iniciales —en la teoría de la etiología de las neurosis—, el desconocimiento de otra realidad diferente a la realidad de los acontecimientos. Descubre entonces la *realidad psíquica*, que sólo posee el deseo y la fantasía o fantasma y que tiene para el sujeto tanta veracidad, espesor y creencia como la realidad exterior. Se trata de una realidad que aparece en los sueños, las fantasías diurnas, el juego, la alucinación, el delirio y en los fantasmas inconscientes. ¿Por qué no pensar que es de esta realidad de la que se trata en los imaginarios colectivos? Al hablar de ella no se la opone a la realidad “objetiva”, exterior. Es otra, otra escena que tiene su eficacia, podría hablarse de una eficacia de lo imaginario que posee realidad psíquica, al igual que Lévi Strauss constataba la eficacia de lo simbólico.

Ahora bien, la definición inicial de imaginario en historia se complementa diciendo que cada cultura, cada sociedad, e incluso cada nivel de una sociedad compleja, posee su imaginario. En este sentido, el límite entre lo real y lo imaginario se revela variable, mientras que el territorio atravesado por él permanece al contrario, siempre y en todo lugar idéntico ya que no es otro que el campo entero de la experiencia humana, de lo más colectivamente social a lo más íntimamente personal.

⁹⁰ Cfr. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1985.

La historia de los imaginarios reclama, entonces, la construcción de un método científico que tenga en cuenta esa realidad psíquica. Una realidad que se independiza del dato constatable y sólo puede validarse a partir de la coherencia de su construcción con el conjunto del discurso en el que está inscrito. En ese sentido habrá que recorrer el camino inverso a la definición e ir, por ejemplo, del sujeto al grupo, del grupo al sector social y de éste a la cultura, para reconocer formaciones imaginarias en cada paso.

La definición de imaginario para estos historiadores la hace funcionar de lo más colectivo a lo más íntimamente personal y atraviesa las concepciones de los orígenes del hombre y de las naciones, del tiempo, del cuerpo, de los movimientos involuntarios del alma, de los sueños, de la muerte, del deseo y su represión, de las dificultades sociales y la evasión o rechazo que genera, de las narraciones utópicas y de la utopía misma, de la iconografía, el juego, las artes, la fiesta y el espectáculo. Temas a partir de los cuales el historiador quiere conocer los imaginarios que subyacen en ellos, incluso de sociedades alejadas de nosotros en tiempo y en espacio. Está en cuestión el límite entre un imaginario reducido a una imaginería sin consecuencias y una realidad verificable que existe con independencia del sujeto.

Entre los hombres y sus instituciones económicas, políticas, jurídicas, religiosas, ideativas, de conducta cotidiana, familia, escuela, ejército, iglesia, cofradía, entre otras, reinará un imaginario a dilucidar, interrogar e historizar. Ello explica la oscilación de los límites de lo real y lo imaginario de la definición de la cual se ha partido. Pues en la relación con el Otro se encontrará siempre la preocupación por la imagen, los semblantes, la imagen que del otro se tiene o se quiere y aquella que el otro tiene del sujeto, quien se esfuerza por descifrarla o acomodarse a ella, o dar otro semblante para engañar al otro, en la rivalidad, en el cortejo, etcétera; pero, además, los fantasmas inconscientes, las formas del goce en el horizonte de una época, que se esconden tras esos imaginarios y que constituyen lo que se llama en psicoanálisis *el real*.

El real es lo que se tiene de idéntico en todos los hombres, ya que es el territorio de la experiencia humana que no tuvo que esperar al psicoanálisis para ser eficaz.

Un concepto próximo a imaginario en psicoanálisis, y en cierto sentido su predecesor, es el término “imago”, el cual sirve para pensar los anudamientos entre imaginario y simbólico, bien al ser pensado como imagen fija o como igual a simbólico, al Otro, al lenguaje.

Las imagos simbolizan la permanencia del yo, su estabilidad, su personalidad, en ese sentido prefigura su destino de enajenación.

Pero la imago no es la imagen especular del cuerpo propio, esta última es, en cierto sentido, el umbral visible de la imago, y en ello se instaaura una dimensión de engaño, “lo que creo que soy”, “lo que veo de mí”, es algo visible y modificable por efectos de lenguaje. Cuando un personaje es investido socialmente por un título o una insignia social, algo se transforma en él haciendo que su imagen cambie, no es ya el mismo.

Es imposible asumir una imagen para un sujeto sin la intervención del lenguaje que le preexiste. En ese sentido, no se entenderá la historia de los imaginarios si al mismo tiempo no hacemos una historia de lo simbólico, historia de los discursos que se articulan con ese imaginario y lo determinan.

La historia y lo simbólico establecen con claridad la idea según la cual una lengua podría, por su vocabulario y estructura, reflejar las formas del pensar de los sujetos hablantes de dicha lengua.⁹¹ Desde entonces aparece el imaginario de que existe un “genio” propio de las lenguas, genio como pequeño demiurgo que aunque no se crea en él como espíritu designa un algo no conocido, inconsciente, que actúa en las lenguas. En todo caso, un genio a través del que se intenta poner en correlación la lengua con la mentalidad de sus hablantes.

Sin embargo, es a comienzos del siglo XIX cuando en los pensadores alemanes esta tesis se desarrolla, desafortunadamente en relación con el nacionalismo, desembocando en la idea de que las lenguas superiores son la prueba de razas superiores.

Es en Guillermo de Humboldt en quien esta tendencia encuentra su cima. Según Humboldt, la lengua refleja no sólo los modos de pensar

⁹¹ Michael de Certeau. “Ce que Freud fait de l’histoire. Une névrose démoniaque au XVII^e siècle” pp.291-311; “La Fiction de l’histoire. L’Écriture de Moïse et le Monoteisme” pp.312-358, in *L’Écriture de l’Histoire*, París.

del pueblo que la habla, sino que predetermina y condiciona la manera en que ese pueblo ve el mundo y analiza la realidad: “pensamos sólo lo que nuestra lengua nos deja pensar”.

Debido a que estas tesis sirvieron de base a un pangermanismo, anterior al nazismo, fueron combatidas con virulencia. Y por su tendenciosa utilización política e ideológica los lingüistas, durante un siglo, fueron prudentes cada vez que la idea de una correlación entre lengua y pensamiento era expresada, relación que, por su origen, fue siempre mirada con sospecha.

La lengua constituye una prisión epistemológica de la cual es imposible salir, pero de nuevo estas ideas fueron sepultadas justo en el momento en que surgía en Francia la posibilidad científica de la historia. No obstante, fueron aportadas pruebas lingüísticas de la existencia de maneras de pensar diferentes en relación con la lengua.

Las relaciones entre lengua y pensamiento que exigen romper con la tradición que desde Aristóteles a Port-Royal hace de la lengua, sencillamente, la expresión directa del pensamiento.

Ferdinand de Saussure, el fundador de la lingüística estructural, explica que un signo lingüístico se compone de dos elementos: un significante y un significado. El significante es lo material de la voz, las corrientes de aire moduladas en la garganta, que hacen vibrar las cuerdas vocales y que a través de ondas llegan al oído del oyente. El significado es la idea, la imagen mental, el concepto que el oyente liga a ese significante.

En este punto se refuerza la estructura del lenguaje como remitiéndose a entidades que no son las cosas, significantes remiten a significados. Bien que a Saussure las cosas como entidad tercera se le filtran cuando pretende que el significado se remite a ellas.

Pero, al representar el significado con un dibujo, Lacan introduce una nueva toma de conciencia, la de que dicho pictograma también es un significante y que la hoja pudiera haber sido una hoja de papel, una hoja de metal, una hoja de un árbol, o una hoja de una planta submarina, una hoja de un árbol genealógico, entonces no se puede, en rigor, decir que un significante remita a un significado, sino que un significante remite a otro significante, alto a bajo, o cualquiera que se les ocurra. Entonces, el significado emerge de la remisión de un significante a otro significante, el significado se haya encerrado, contenido,

en la remisión de los significantes y es la suma de los significantes lo que constituye el Otro, Otro como lugar del código, como el tesoro de los significantes que aporta al mensaje el significado de lo que el sujeto enuncia: quiere decir fuera.

En consecuencia, ¿qué es lo que representa un significante para otro significante?, ¿acaso las cosas? Tampoco, ya que se está sumergido en el lenguaje no es posible salirse de él, e impide acceder directamente a las cosas, hay un divorcio entre las palabras y las cosas, de las cosas que se saben a través del lenguaje, por eso no se necesita de las cosas para hablar de ellas.

Un significante representa al sujeto que lo enuncia, a un hombre. El nombre propio, por ejemplo, es un significante que distingue entre todos los significantes a un sujeto de otros, y cuando se trata de varios que se nombran del mismo modo, entonces se recurre a otro significante, al apellido o al apodo, o a la ciudad donde nació, etcétera, es decir, que siguen siendo los significantes los que representan los sujetos, pero ante otros significantes.

Lo simbólico se hace parte de la realidad, se soporta de una materialidad, pero se ve también como es, una realidad esencialmente humana. Las señales de tránsito, los símbolos patrios, las palabras, son asuntos humanos, bien que están puestos en la "realidad". Esto hace que, como lo imaginario, lo simbólico también haya invadido al sujeto, que la delimitación entre una realidad exterior y un aparato psíquico sea cada vez más frágil. El sujeto se nos ha reducido a un *yo* lingüístico, opuesto a un otro, nombrado como *tú*, pero son lugares móviles.

Lacan anuda lo imaginario, lo simbólico y lo real,⁹² esta última, una noción inédita en ciencias humanas, en una topología llamada nudo borromeo; queda también por ensayar esa estructura para el análisis de los fenómenos de la historia.

⁹² Jean Allouch. *et al. Lacan-Freud ¿Qué relación?*, Ed. Villicaña, México, 1987, 88 pp.

Bibliografía

- Aron, Raymond. *Introducción a la filosofía de la historia*. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica completado con textos recientes. Tr. Alfredo Llanos y Olga M. Menga. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1984, t. I y II.
- Berenzon Gorn, Boris. *Espejismos históricos: La otra mirada de la historia* (Historiografía cultural). México, UNAM, 1997, 285 p.
- . *Historia es inconsciente (La historia cultural: Peter Gay y Robert Darnton)*, México, El Colegio de San Luis A. C., 1999, 150 p.
- Beristain, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 1985.
- Burke, Peter. "Varieties of cultural history", en: *Historia a debate*. Carlos Barros (ed.), t. 2. España, Coruña, 1995.
- Certeau, Michael de. *La fábula mística*. México, Universidad Iberoamericana, 1994.
- . *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México. Universidad Iberoamericana, 1995.
- . *Historia y psicoanálisis*. México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Tr. Elsa Cecilia Frost, 16ed. México, Siglo XXI, 1985 (Col. Teoría).
- . *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI, 1984.
- . *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1988.
- Freud, Sigmund. "El malestar de la cultura", en: *Obras completas*, t. XXI. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "La negación", en: *Obras Completas*, tomo XIX. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "Más allá del principio del placer", en: *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia", en: *Obras Completas*, tomo XII. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "Psicología de las masas y análisis del yo", en: *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "Psicopatía de la vida cotidiana", en: *Obras Completas*, tomo VI. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "El chiste y su relación con el inconsciente", en: *Obras Completas*, tomo VIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "La interpretación de los sueños", en: *Obras Completas*, tomo IV. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- . "Totem y Tabú", en: *Obras Completas*, tomo XIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.
- Gay, Peter. *Freud for historians*. Oxford, Oxford University Press, 1985.
- . *Freud: Una vida de nuestro tiempo*. México, Paidós, 1989.
- Geertz, Clifford. "Religion as a Cultural System", en: *Interpretation of Cultures*.
- Huizinga, Johan. *El concepto de la historia y otros ensayos*. Tr. Wenceslao Roces. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Kristeva, Julia. *Los samuráis*. Barcelona, Plaza & Janes Editores, 1990.
- . *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona, Plaza & Janes Editores, 1991.
- Lacan, Jacques. *Seminario: Yo en la teoría y la técnica psicoanalíticas* (versión estenográfica). París, 1959-1955.
- . *Seminario: La transferencia* (versión de Stecriture, París y versión en español). París, 1960-1961.
- . *Seminario: R. S. I.* (versión estenográfica). París, 1972-1974.

———. “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en: *Escritos*. México, Siglo XXI, 1984.

———. “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en: *Op. cit.* Levi-strauss, Claude. *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Tr. J. Almela, 4ed. México, Siglo XXI, 1984.

Marrou, H. I. *El conocimiento histórico*. Tr. J. M. García de la Mora. Barcelona, Labor, 1968.

Matute Aguirre, Álvaro. *Heurística e historia*. México, UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Coordinación de Humanidades, 1999. (Serie Heurística, Col. Aprender a Aprender).

O’Gorman, E. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1943.

Roudinesco, Elizabeth y Michel Plon. *Diccionario de psicoanálisis*. Argentina, Paidós, 1998, 1213 p.

White, Hayden. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore y Londres, The John Hopkins University, 1973.

Presentación	7
La difusión de la historia en México: la identidad imaginaria	9
La difusión de la historia y la experiencia formativa	13
Algunas alternativas dirigidas a los historiadores, para enriquecer la difusión de la historia en el México actual	32
Resumen histórico de los principales trabajos de divulgación histórica en la segunda mitad del siglo XX.....	33
Balance final	40
Bibliografía	41
Los libros de texto gratuito: la ausencia del discurso	43
Introducción	43
Historia e interpretación	45
Narración <i>versus</i> historia oficial.....	48
La historia oficial: <i>Ducit amor patiare</i>	50
Brevísimo repaso de la historia de los libros de texto	52
Los conflictos	54
Bibliografía	60

¿Qué es la filosofía de la historia?

Preguntas y respuestas ante el nuevo siglo	61
Introducción	61
Un poco de historia	63
Las filosofías de la historia	69
Problemas en la filosofía de la historia	73
Preguntas y respuestas ante el nuevo paradigma histórico en el siglo XXI.....	75
Para la discusión	77
Bibliografía	79

¿Un nuevo paradigma histórico?

Una lectura desde la historia cultural	85
Introducción	85
Paradigmas históricos e inconmensurabilidad	87
Paradigma histórico, pensamiento y sociedad	95
¿Es éste un esquema metafísico que no se puede demostrar?	101
El regreso al debate interparadigmático en la historia	102
Posibles paradigmas	104
El problema de la legitimidad de las generalizaciones en la historia	108
El paradigma de la historia cultural	113
Bibliografía	118

La demanda de la historia al psicoanálisis.

Un paradigma entre dos siglos	125
Bibliografía	138

Esta primera edición de Sutilezas de la memoria estuvo a cargo de fomento Editorial de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria de la Universidad Pedagógica Nacional, y se terminó de imprimir en Diciembre de 2001, en los talleres de Graficos del D.F., S.A. de C.V. Puente Moralillo No. 49 Col. Puente Colorado. El tiraje fue de 2000 ejemplares más sobrantes para reposición.